

Abril 2014.

© Pedro Salmerón Sanginés.

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez. y Salvador Vázquez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

**Cien preguntas sobre
la Revolución Mexicana**

Pedro Salmerón Sanginés

Una revolución es un hecho fascinante. Quien vive la experiencia de una revolución no habla de otra cosa, quienes las estudian o las miran en retrospectiva no pueden sustraerse a esa mezcla de entusiasmo y horror que las caracterizan. Las revoluciones trastocan drásticamente la vida de los pueblos que las sufren y alteran la realidad y la vida cotidiana de las personas. Suscitan pasiones y sacan a la superficie las tensiones, los rencores, los conflictos lentamente acumulados. Son explosiones en las que aparecen, como en una erupción volcánica, lo peor y lo mejor de los individuos y las colectividades.

Para ser llamado revolución, un movimiento social debe transformar las estructuras políticas de un Estado. Para ser una revolución social, necesita además transformar también las estructuras económicas y sociales del Estado. Además, las revoluciones transforman las actitudes de las personas, su forma de entender el mundo y de situarse en él.

Y, sin embargo, en las últimas décadas, la mayoría de los estudiosos de las revoluciones en general y de la mexicana en particular, parecen negar lo que de revolucionario tiene la revolución, poniendo el énfasis en lo que no cambia, para afirmar que se revolucionó todo para no cambiar nada; asegurando que los cambios económicos y sociales significativos se habían producido antes de la revolución o que se habrían producido sin la revolución; o afirmando que la revolución solamente obstaculizó y llenó de sangre un proceso que ya estaba en curso.

En este pequeño libro nos preguntaremos cuánta verdad tienen esas novedosas interpretaciones, y cuántas la tradición que hace de la mexicana una revolución. Nos preguntaremos también por las peculiaridades específicas de la Revolución Mexicana, sus eventos más significativos y sus personajes clave, como aquellos caudillos campesinos, únicos jefes de una revolución social del siglo XX de origen humilde.

¿Qué fue la Revolución Mexicana?, ¿cuáles fueron sus momentos más significativos?, ¿quiénes sus protagonistas individuales y colectivos?

1. ¿Qué fue la Revolución Mexicana?

La Revolución Mexicana fue un movimiento social de enorme magnitud, del que resultó la Constitución de 1917, y la construcción del Estado mexicano moderno. No es exagerado, por lo tanto, definirla como el hecho fundador y definidor del México contemporáneo.

Este movimiento tuvo su antecedente inmediato en la lucha de amplios sectores del pueblo mexicano contra el gobierno del general Porfirio Díaz, que a lo largo de más de tres décadas en el poder había devenido en dictadura, bajo la cual se había dado un innegable crecimiento económico, aunque a costa del aniquilamiento de las libertades públicas, del crecimiento de los abismos sociales y los niveles de pobreza y basado en la creación de un régimen de privilegio para algunos sectores de la sociedad.

Lo que inició como un movimiento político para restaurar el espíritu de la Constitución Liberal de 1857, devino rápidamente en una gigantesca movilización de masas, que exigían la solución de las profundas injusticias sociales y el reparo de los agravios que les habían causado durante décadas el gobierno y los poderosos.

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Iniciada el 20 de noviembre de 1910, la revolución política culminó el 13 de agosto de 1914, cuando formalmente desaparecieron las instituciones políticas y de gobierno construidas por el régimen de Díaz. Inició entonces una guerra civil entre aquellos que deseaban limitar la revolución a la construcción de un nuevo orden político, y quienes querían hacer de ella una revolución social, es decir, quienes exigían transformaciones rápidas y fundamentales de la situación de una sociedad y de sus estructuras económicas. Aunque en la violenta guerra civil resultó vencedor el primer bando, no lo hizo sin incorporar parte del programa social de los vencidos, al que tuvo que darle un lugar muy importante en su proyecto, plasmado en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, promulgada el 5 de febrero de 1917. La resistencia armada de los vencidos se prolongó tres años más, hasta que, finalmente, entre mayo y diciembre de 1920 se pudieron alcanzar los acuerdos fundamentales para recuperar la paz e iniciar la reconstrucción nacional.

Los historiadores aún discuten si la Revolución Mexicana fue un momento de ruptura y recomienzo respecto a la etapa anterior, o si transformó las estructuras sociales o el funcionamiento del Estado; pero parece haber un consenso sobre un tema: sin duda, cambió la relación de los individuos con la sociedad y la manera de entenderla y ubicarse en ella. Después de haber participado o sido testigos de una revolución, los mexicanos se descubrieron como tales, apreciaron a su país y consideraron que las decisiones fundamentales de la vida nacional eran asuntos que les concernían.

2. ¿Contra qué se hizo la revolución?

Inicialmente contra el porfiriato, que es el nombre que damos al régimen de Porfirio Díaz, iniciado en 1877 y terminado en mayo de 1911. En general nos referimos al porfiriato como una dictadura, aunque en estricto sentido la definición correcta de su régimen sería “autoritario”. En efecto, el general Porfirio Díaz era un partidario extremoso del principio de autoridad, y buena parte del funcionamiento del régimen descansaba en ese principio y en la capacidad de Díaz para aplicarlo. Esto se debía, en buena medida, a que en 1877 la nación estaba harta de dirimir sus conflictos mediante las armas, y anhelaba la paz y el orden que Díaz prometía.

El porfiriato fue el primer gobierno en México con una estrategia dirigida a lograr el desarrollo económico y superar el atraso. El rasgo característico del porfiriato es una filosofía política en la que priva como meta principal, acaso única, el crecimiento económico, con las dos fallas que trae aparejadas un pensamiento así: por una parte el descuido o sacrificio de las libertades públicas, lo que acaba por producir descontento, irritación y, finalmente, rebelión; y por otra, la desigual repartición de la riqueza creada por el progreso económico.

De 1877 a 1910 se avanza en materia económica de un modo tangible, espectacular incluso: la población se duplicó, se rompió el secular aislamiento de México y se combatió la dureza de su geografía, se abrieron minas y campos agrícolas, se fortaleció la industria textil y nació

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

la siderúrgica, se fundaron escuelas y fábricas; pero desde 1900 —o un par de años antes— comenzó a abrirse paso la idea de que la libertad no puede ni debe sacrificarse en aras del desarrollo económico, idea que cobró fuerza a partir de 1908, cuando se abrió la sucesión presidencial de 1910. Abonó este descontento el camino elegido por el régimen para este desarrollo económico, consistente en el fortalecimiento de la clase dominante, cuyo sector hegemónico era el de los terratenientes; y en la apertura del país a la inversión extranjera. Los grandes hacendados y los operadores de las empresas transnacionales, junto con una clase política que compartía negocios e intereses con aquellos, se convirtieron en el sustento de la dictadura, y poco a poco los trabajadores fueron borrados como sujetos políticos de un sistema cuyo fin, cada vez más explícito, era la política del privilegio. El porfiriato fue, pues, un régimen de privilegio cuyas injusticias y contradicciones se fueron haciendo cada vez más palpables.

3. ¿Por qué hubo una revolución en México, pero no en otros países de América Latina?

Las cuantiosas inversiones extranjeras en México durante el porfiriato no lo convirtieron en un país industrializado, sino que consolidaron la dependencia tecnológica y económica del frente a las grandes potencias imperialistas, principalmente Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia. Un proceso similar se vivió en el resto de América Latina durante los mismos años.

La exportación de materias primas baratas y la importación de bienes de producción y consumo caros; el control por compañías extranjeras de los renglones fundamentales de la economía; los brutales abismos económicos entre los pobres y los ricos; la concentración de la tierra y la riqueza en pocas manos; un ingreso *per capita* muy inferior al de las potencias desarrolladas y un evidente rezago educativo con elevados porcentajes de analfabetismo, eran rasgos comunes en todos los países de América Latina. También era común a principios del siglo XX la centralización del poder del Estado, sobre todo en aquellos países en que hubo dictadores liberales, el más notable de los cuales, pero no el único, fue Porfirio Díaz.

Aunque la falta de democracia y los problemas económicos generaban un amplio malestar en toda América Latina, la de Díaz fue la única dictadura de aquella época que cayó víctima de una rebelión popular en gran escala. Sería un error basar la explicación de este hecho en las condiciones de un subdesarrollo extremo. De hecho, México era el país latinoamericano menos dependiente; tampoco era Díaz el más odiado de los gobernantes: por el contrario, en 1910 seguía teniendo una elevada tasa de popularidad incluso al final de su gobierno, mayor que muchos otros gobiernos.

¿Cómo puede explicarse entonces la singular experiencia histórica de México?

Primero, porque en México se estaba dando, más rápidamente que en América Latina, el desarrollo de la clase media y de una pequeña y mediana burguesía vinculada a la naciente industrialización del país, y estos grupos

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

buscaban mayor poder político y económico. En Argentina y Brasil la transición del poder de la vieja oligarquía terrateniente a estas clases emergentes se dio sin necesidad de transformaciones violentas, sólo en México hizo falta una revolución, lo que se debió tanto a la tradición nacional de violencia política como a la eficacia y solidez del régimen, que no abrió espacios graduales de participación a esos sectores.

Pero la revuelta iniciada por las clases medias y la nueva burguesía condujo a una gigantesca movilización de masas, cuya explicación puede encontrarse en otros tres procesos que ocurrieron durante el porfiriato: a) La expropiación de tierras comunales en el centro y sur de México; b) la transformación de la frontera con los indios nómadas en una frontera con los Estados Unidos y su consiguiente integración política y económica al resto del país y a la esfera de influencia estadounidense; y c) el surgimiento de México como principal escenario latinoamericano de la rivalidad económica entre los Estados Unidos y las potencias europeas. Los dos primeros de estos factores explican la revolución agraria del sur y la revolución popular en el norte, que al confluir temporalmente con la revolución política de las clases medias y la nueva burguesía, le dieron a la Revolución Mexicana su enorme potencia social.

4. ¿Cómo nació la oposición al porfiriato?

En contra de lo que generalmente se cree, el régimen de Díaz no fue particularmente represivo ni se sostenía por la fuerza, sino mediante el consenso y la propaganda. Los

ideólogos del porfiriato y el propio general Díaz convencieron a importantes sectores de la población de que el régimen era, a la vez, deseado por los hombres y dictado por las leyes de la historia. Sin embargo, aunque se quiso desterrar la política de la escena pública, el régimen siempre enfrentó conflictos y revueltas que tuvieron tintes políticos.

Los primeros rebeldes, como Trinidad García de la Cadena, y opositores como Vicente Riva Palacio, provenían de la tradición del liberalismo juarista, a la que pertenecieron, y veían en el inicio de la dictadura una traición a los principios políticos de la Constitución de 1857. Luego vinieron los conflictos sociales causados por las expropiaciones de tierras de las comunidades y la destrucción de la autonomía de los pueblos del norte. Algunas de estas revueltas alcanzaron resonancia nacional, como la de Tomóchic, Chihuahua, o la de Catarino Garza, en Coahuila, sin convertirse en amenazas para la estabilidad del régimen. Finalmente, hay rebeliones endémicas que el porfiriato heredó de épocas anteriores y que enfrentó con singular dureza, como la de los mayas en Yucatán, llamada “guerra de castas”, y la de los yaquis de Sonora.

Sin embargo, es un nuevo tipo de oposición la que nace en el porfiriato y es propia de este régimen: la que inicia con el resurgimiento del liberalismo político, que cuaja en 1900 con la fundación en San Luis Potosí del Club Liberal Ponciano Arriaga, del que surgió el Partido Liberal Mexicano (PLM). La crítica política, la organización obrera y el periodismo de combate serían las armas más significativas de los militantes de ese partido y de otros liberales enemigos del régimen.

5. ¿Qué fueron *Regeneración* y el Partido Liberal Mexicano?

En 1901 se reunió en San Luis Potosí el primer Congreso del PLM, con la presencia de delegados de todo el país. Lo convocaron los intelectuales potosinos Camilo Arriaga, Juan Sarabia, Librado Rivera y Antonio Díaz Soto y Gama, dirigentes del Club Liberal Ponciano Arriaga, y pronto destacaron al lado de ellos los hermanos Ricardo, Enrique y Jesús Flores Magón, que dirigían desde el año anterior *Regeneración. Periódico jurídico independiente*, un periódico dedicado a la denuncia de la venalidad y corrupción de la administración de justicia, sometiendo a una aguda crítica al gobierno.

El Congreso del PLM resolvió hacer de *Regeneración* el órgano del partido. A partir de ahí, el periódico se fue radicalizando hasta convertirse en el órgano del grupo más coherente de la oposición política a la dictadura, razón por la cual fue cerrado por la policía más de una vez, y sus editores obligados a huir del país luego de varias visitas forzadas a las cárceles porfirianas.

En el exilio empezó, desde fines de 1903, una lucha sorda entre Ricardo Flores Magón y Camilo Arriaga por la dirección del movimiento, pues Arriaga proponía una lucha meramente política cuyo objetivo debía ser la restauración del orden constitucional, mientras Ricardo empezaba a señalar que los caminos de la oposición pacífica estaban cerrados, a la vez que empezaba a señalar los problemas sociales. Finalmente se divide el grupo y

Flores Magón se instala en San Luis Missouri, bastión del sindicalismo y movimientos anarquista y socialista de los EEUU. En 1905 nace ahí la Junta Organizadora del PLM y se publican las “Bases para la unificación del Partido Liberal Mexicano”, firmadas por Ricardo y Enrique, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera, Manuel Sarabia y Rosalío Bustamante. Empezaba claramente la organización de la revolución.

En julio del año siguiente publicaron el Programa del PLM, cuya novedad estriba en que no se limitaba a definiciones políticas ni a hablar de la democracia en abstracto, sino que se abordan los problemas específicos del pueblo y la manera de resolverlos. El igualitarismo que se proclama no es la igualdad ante la ley del liberalismo clásico, sino la igualdad de oportunidades en el terreno económico, es decir, la igualdad social de los individuos concretos en circunstancias concretas.

Desde ese momento, *Regeneración* habría de denunciar sistemáticamente las iniquidades de la dictadura, haciendo un permanente llamado a la rebelión. Las semillas que el periódico sembró germinaron en la Revolución Mexicana, aunque sus radicales e incorruptibles editores no fueran tomados en cuenta por los jefes de la revolución de 1910. Los hombres de *Regeneración* encabezaban la corriente más radical y de mayor claridad ideológica de la revolución. El *magonismo*, como se llamó a esa corriente en virtud del apellido materno de Ricardo y Enrique, sirvió de elemento catalizador de la oposición a la dictadura, inspiró decenas de periódicos de oposición y de organizaciones clandestinas en todo el país, organizó levantamientos

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

armados en 1906, 1908, 1910 y 1912, y dirigió las épicas luchas obreras de Cananea y Río Blanco.

A partir de 1910, los magonistas, a través de *Regeneración*, siguieron oponiéndose a los diversos gobiernos revolucionarios o contrarrevolucionarios, y alentando las acciones de los rebeldes campesinos y populares, como Emiliano Zapata. La participación del magonismo, siempre mediante su periódico, fue fundamental para la creación de condiciones sociales y para la formación de una conciencia revolucionaria sin la cual no hubiese sido posible la gran movilización de masas que fue la revolución de 1910.

6. ¿Quiénes fueron los hermanos Flores Magón?

Jesús, Ricardo y Enrique Flores Magón nacieron en Teotitlán, Oaxaca, en 1871, 1873 y 1877. Eran hijos de un caudillo mixteco, veterano de las guerras de reforma e intervención, y crecieron entre la ideología liberal de su padre y las tradiciones comunitarias de su pueblo. Los tres se matricularon en la Escuela Nacional Preparatoria y posteriormente en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, aunque sólo Jesús se recibió de abogado.

Siendo estudiantes se involucraron en los grupos intelectuales de oposición, y Ricardo empezó a destacar como un vigoroso periodista de combate. Luego de colaborar en varios periódicos, en 1900 Ricardo fundó *Regeneración. Periódico jurídico independiente*, contra la mala administración de justicia, lo que le permitió convertirse en uno de los opositores más conocidos a nivel nacional cuando se fundó, en 1901 el PLM.

Tras pasar por varias cárceles, Jesús se retiró de la política, mientras Ricardo y Enrique se exiliaron en los Estados Unidos, donde en 1905 se convirtieron en los principales dirigentes del ala revolucionaria del PLM. A partir de la publicación del Programa del PLM, en 1906, Ricardo y Enrique empezaron a transitar del liberalismo radical al anarco-sindicalismo, proponiendo como solución de los problemas de la humanidad la eliminación del gobierno y de la propiedad privada de los medios de producción y, como vías para alcanzar esos objetivos, la organización sindical de los trabajadores y la revolución violenta.

Bajo estos principios, Ricardo, Enrique y sus compañeros exigían los mínimos derechos laborales y sociales, la reforma agraria y otras medidas que resolvieran los problemas concretos del pueblo mexicano. Enarblando ese programa, el mismo año de 1906 iniciaron una ola de huelgas y revueltas políticas que prepararon el camino de la revolución que pondría fin a la dictadura porfiriana; y aunque los magonistas fueron derrotados, su pensamiento influyó en el resto de los grupos revolucionarios. Por su parte, Jesús fue colaborador de Madero y de Carranza.

Enemigos de todos los gobiernos y de todo sistema de opresión, contrarios a las fronteras entre las naciones, Ricardo y Enrique, además de impulsar la revolución en México, colaboraban estrechamente con la organización obrera en los Estados Unidos, a donde la persecución porfirista los había arrojado. Fueron encarcelados varias veces en Estados Unidos por breves periodos, y en 1918 Ricardo fue condenado a 21 años de cárcel junto con Librado Rivera, por difundir las ideas anarquistas. Enrique se había retirado temporalmente de la política el año anterior.

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Al cabo de cuatro años de cárcel, Ricardo estaba casi ciego y sus amigos buscaron su libertad, pero él se negó a pedir perdón. El gobierno mexicano intercedió por él, aunque Ricardo no aceptaba tal intermediación y, por fin, se ordenó su liberación, pero la víspera fue ahorcado misteriosamente. Enrique acompañó los restos mortales de su hermano a territorio nacional. El resto de su vida, hasta su muerte en 1954, se mantuvo alejado de la política, fiel a sus principios anarcosindicalistas y participando en las organizaciones obreras independientes.

7. ¿Qué fue la huelga de Cananea?

Hasta 1906, los conflictos laborales que llegaron a la huelga fueron arbitrados por el presidente Díaz, casi siempre en favor de los trabajadores. Las condiciones laborales en la gran industria correspondían a las del inicio de la era industrial y la organización de los trabajadores en general no pasaba de las mutualidades, las aspiraciones utópicas y un incipiente catolicismo social, por lo que las huelgas solían ser meras reacciones contra accidentes o situaciones particularmente abusivas. Pero a partir de julio de ese año, muchas organizaciones obreras hicieron suyo el Programa del PLM y sus demandas y métodos cambiaron drásticamente, aunque esta transformación estaba ya en curso cuando los magonistas le dieron forma.

De hecho, el estallido de la huelga en el mineral de Cananea precedió en un mes a la publicación del Programa. Cananea tenía una centenaria tradición minera cuando en 1899 se estableció The Cananea Consolidated Co-

per Company, que compró muchas de las viejas minas, abrió otras nuevas, construyó una planta de concentración y fundición de cobre y extendió el ferrocarril a los puertos fronterizos de Naco y Nogales, vinculando a Cananea con la pujante economía del suroeste estadounidense, atrayendo a miles de trabajadores de otras regiones del país.

Buscando alternativas a esa situación, algunos mineros y otros vecinos del mineral se afiliaron en 1905 al PLM. Los dirigentes de la organización magonista clandestina en Cananea eran Manuel M. Diéguez, Esteban Baca Calderón y Lázaro Gutiérrez de Lara, quienes convencieron a sus compañeros de la necesidad de organizarse para luchar por condiciones de trabajo dignas y para hacer valer las leyes mexicanas en una población donde todo era dictado por la compañía y donde eran palpables y lastimosos los abusos de los funcionarios y capataces extranjeros.

En esa situación de efervescencia social, el 31 de mayo de 1906 los trabajadores de una de las minas recibieron el aviso de que se reduciría el personal aumentándose la carga de trabajo, pero no los salarios, de los operarios que no fueran despedidos. Esa misma noche, los mineros decidieron suspender sus labores, y en la madrugada del 1º de junio empezó la huelga, que poco a poco fue extendiéndose a otras minas.

Esa misma tarde iniciaron los enfrentamientos entre la policía y los capataces de las minas, y los huelguistas, y un grupo de *rangers* de Arizona cruzó la frontera, luego de combatir contra aduaneros mexicanos, para colaborar en la represión de la huelga. El gobernador de Sonora, Rafael Izábal, autorizó que los *rangers* fueran empleados por

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

la compañía para resguardar sus instalaciones. Posteriormente llegó un destacamento del ejército mexicano que aprehendió a los dirigentes de la huelga, siendo enviados Diéguez y Baca Calderón a San Juan de Ulúa, donde estuvieron presos hasta 1911. Los demás huelguistas fueron obligados a regresar al trabajo, y el 5 de junio terminó la huelga. Pero la arbitrariedad de la compañía extranjera y la soberbia de su actuación, fortalecieron el espíritu nacionalista de muchos sonorenses, que llevarían ese impulso y las preocupaciones a él inherentes a la revolución de 1910 y a la Carta Magna de 1917.

8. ¿Qué fue la masacre de Río Blanco?

Si la huelga de Cananea fue el anuncio de un cambio en la política obrera del gobierno, así como en las formas de organización de los trabajadores, el movimiento de los hileros de las fábricas textiles de los valles de Apizaco, Puebla, Tlaxcala y Orizaba, demostró que la lucha obrera, como la política, encontraría cerrados los cauces del cambio pacífico.

Desde 1905 algunos trabajadores de las fábricas de la región empezaron a interesarse en la propaganda magonista, que explicaba los derechos mínimos de los trabajadores. Fue así como surgió, en la fábrica de Río Blanco, vecina a Orizaba, una filial del Gran Círculo de Obreros Libres, incipiente organización sindical que propugnaba por la defensa de los trabajadores. El 3 de diciembre de 1906, cuando los obreros organizados se consideraron suficientemente fuertes, hicieron estallar, simultáneamente en va-

rias fábricas de Puebla, Tlaxcala y Orizaba, una huelga por la cual exigían la reducción de las jornadas de trabajo (que llegaban a las 16 horas diarias en algunas fábricas) y aumento de los jornales, así como reglamentación del trabajo infantil. El presidente Díaz intervino como árbitro y recibió comisiones de empresarios y trabajadores, pero falló a favor de las empresas y exigió a los huelguistas volver al trabajo, amenazándolos veladamente con el empleo de la fuerza si no lo hacían.

En casi todas las fábricas los obreros acataron el fallo, cediendo a la amenaza, pero en Río Blanco se negaron a hacerlo en una asamblea realizada el 6 de enero. Al sonar el silbato de la fábrica, en la madrugada del 7 de enero, la mayoría de los obreros, entre los que había numerosas mujeres, se presentaron frente a ella pero no entraron a trabajar. Un dependiente de la tienda de raya de la fábrica disparó contra un trabajador, desatando así la ira de la multitud que se amotinó y saqueó la tienda, matando a sus dependientes para luego liberar a los presos. El motín se extendió a otras fábricas vecinas y los trabajadores se encaminaron hacia la vecina ciudad de Nogales, donde los esperaba un piquete del ejército que los recibió a balazos.

Nunca se contabilizó a los muertos y la inconformidad obrera fue ahogada en sangre, pero tres años después la región de Orizaba se convertiría en un importante foco revolucionario, y la experiencia de los trabajadores de Río Blanco fue recogida por los diputados del congreso constituyente durante la redacción del artículo 123, que llevaba a nuestra Carta Magna los derechos elementales de los trabajadores.

9. ¿Cómo se gestó la crisis política del porfiriato?

A pesar de todos los problemas que empezaron a aparecer en la primera década del siglo XX, el régimen porfirista logró mantener el control político, sorteando incluso los conflictos que dividieron al grupo en el poder entre 1903 y 1904, cuando se creó la figura de vicepresidente de la República, pues la avanzada edad del dictador hacía previsible su muerte. Sin embargo, cuando a principios de 1908 empezó a prepararse la sucesión de 1910, la discusión política apareció en escena.

Paradójicamente, fue el propio Díaz quien inició esta discusión al conceder a James Creelman, periodista de la *Pearson's Magazine*, una entrevista publicada en México por *El Imparcial*, el 3 de marzo de 1908, en la que el presidente anunciaba que México estaba listo para la democracia, que no se presentaría como candidato a las elecciones de 1910 y que saludaría con gusto la organización de partidos políticos.

Para muchos analistas, la entrevista Díaz-Creelman causó una verdadera sensación y provocó la organización de los opositores. Sin embargo, la agitación política de 1908 fue incluso menor que la que precedió a las elecciones de 1904 y, como entonces, el tema principal de la discusión versó en torno a la selección del candidato a la vicepresidencia de la República, dándose por hecho la permanencia de Díaz en el poder. Los partidarios del gobierno hicieron muy poco caso de la parte verdadera-

mente sensacional de la entrevista (que Díaz rechazaba una nueva reelección y, por lo tanto, estaba dispuesto a abandonar el poder el 30 de noviembre de 1910), para dedicarse —una vez más— a la construcción de la mercancía ideológica que hacía del dictador el “hombre indispensable” al que la nación entera quería.

Este acuerdo aparentemente unánime y sin fricciones tenía una falla: se aseguraba la reelección de Díaz pero no se hablaba del vicepresidente y, si en 1904 la elección de Ramón Corral se había hecho con grandes dificultades, estas arreciaban en 1910, pues parecía obvio que Díaz no viviría hasta 1916 y que el vicepresidente sería el encargado de garantizar la continuidad del régimen o su transición pacífica hacia formas políticas más modernas. Y fue esta falta de acuerdo la que provocó el conflicto político: como seis años antes, pero con mayor decisión, se organizaron los partidarios del gobernador de Nuevo León, general Bernardo Reyes, que en enero de 1909 constituyeron el Partido Democrático. Casi al mismo tiempo, empezaban los trabajos de organización de los primeros clubes antirreleccionistas.

Es decir, que con el desarrollo de una oposición política combativa, en medio de una situación social cuyos elementos explosivos se habían venido acumulando, y con una economía en crisis —la depresión mundial del capitalismo de 1907 afectó seriamente a la economía mexicana—, el agotamiento físico de la pieza clave del sistema político —la vigorosa y hasta entonces respetada personalidad de Porfirio Díaz— abrió las puertas de una insurgencia política que no tardaría en devenir en rebelión armada.

10. ¿Qué fue el *reyismo*?

El 4 de enero de 1909 apareció una circular impresa firmada por Benito Juárez Maza, Heriberto Barrón y Juan Sánchez Azcona, llamando a constituir el Partido Democrático, que trataría de dar una estructura orgánica a las simpatías que despertaba la figura de Bernardo Reyes, a quien trataban de impulsar a la vicepresidencia de la República en lugar del candidato oficialista, don Ramón Corral.

Bernardo Reyes fue gobernador de Nuevo León de 1886 a 1887, de 1889 a 1900 y de 1903 a 1909 y, además fue secretario de Guerra y Marina de 1900 a 1903.

Como gobernador de Nuevo León, Reyes puso fin al bandidaje y las asonadas políticas, e instrumentó una serie de políticas cuyo objetivo era fomentar la inversión de capital en Monterrey, convirtiéndose en el prototipo del lema porfiriano “poca política y mucha administración”. Aprovechando las ventajas geográficas y los recursos de la región, hizo de Monterrey una metrópoli industrial y comercial que impulsó notablemente el desarrollo regional, haciendo del noreste muestra de las mayores virtudes y los peores defectos del porfiriato.

Quienes se organizaron en 1903 y 1909 para promover la candidatura de Bernardo Reyes a la vicepresidencia de la República no eran enemigos ni críticos del régimen, sino integrantes y beneficiarios del mismo, que sentían que estaba retrasándose excesivamente el relevo generacional del grupo gobernante, lo que ponía en riesgo la estabilidad del régimen y sus propias posibilidades de ascenso personal.

Algunos *reyistas* pensaban que el tránsito generacional debería implicar también un tránsito gradual hacia formas políticas más modernas, quizá no estrictamente democráticas en el sentido de un hombre un voto, pero sí que permitieran la discusión política y la incorporación de las clases medias ilustradas y los modernos empresarios a la vida pública. No pocos *reyistas* se daban cuenta que el modelo de desarrollo fundado en los privilegios y concesiones dadas a las compañías extranjeras no sólo ponía en riesgo la soberanía nacional y vinculaba desventajosamente a México con el mercado mundial, sino que se había convertido en un freno para un desarrollo menos desigual, menos contradictorio.

A partir del 2 de abril de 1909, cuando se formalizó la fórmula oficial Porfirio Díaz-Ramón Corral para la presidencia y la vicepresidencia en las elecciones de 1910, los *reyistas* entraron abiertamente en la senda de la oposición, organizando clubes y actos políticos anticorralistas desde abril y hasta julio, cuando el entusiasmo *reyista* y la persecución gubernamental alcanzaron su máximo nivel. Don Bernardo, que se debatía entre la creciente fuerza de sus partidarios y su lealtad a Díaz, declaró, el 25 de julio, que renunciaba a la lucha política, llamando a sus partidarios a votar por Ramón Corral. Esta declaración no atenuó la represión contra el *reyismo* hasta que el general fue obligado a renunciar al gobierno de Nuevo León, el 23 de octubre de 1909. Un mes después aceptó un destierro diplomático en Europa. Lógicamente, sin Reyes, se esfumó el *reyismo*, aunque muchos de sus simpatizantes buscaron nuevos cauces para sus inquietudes políticas, encontrándoles en el Partido Nacional Antirreleccionista.

11. ¿Quién fue Francisco I. Madero?

El 30 de octubre de 1873, en Parras de la Fuente, Coahuila, nació Francisco Ignacio Madero González. Su padre era un importante empresario agrícola del sur de Coahuila y su abuelo, don Evaristo, era el jefe de uno de los clanes familiares más ricos de México, con dilatados intereses en casi todo el norte del país, por sí mismo o a través de sus numerosos hijos, hijas, yernos, nueras y nietos: la madre de Pancho Madero, Mercedes González Treviño, pertenecía a una poderosa familia empresarial de Monterrey.

Pancho estudió en colegios religiosos de Coahuila y Monterrey y luego en Francia y los Estados Unidos. Cuando regresó a México se involucró en la administración de los negocios familiares, con gran visión empresarial, introduciendo nuevas técnicas agroindustriales y en 1903 su fortuna personal rondaba el cuarto de millón de dólares. Ese año, sus intereses empezaron a transitar de los negocios a la política, cuando los métodos dictatoriales del régimen y la sangrienta represión de un mitin opositor en Monterrey, que contrastaban marcadamente con los modelos democráticos europeos que admiraba profundamente, lo llevaron a involucrarse en las elecciones locales de 1904, impulsando candidaturas de oposición a las principales presidencias municipales del sur de Coahuila, pero la policía conculcó el derecho al sufragio y los candidatos oficiales fueron impuestos mediante las más diversas artimañas. Al año siguiente se opuso a la reelección del gobernador Miguel Cárdenas y colaboró brevemente con el

Partido Liberal Mexicano antes de que se hiciera evidente la radicalización del grupo de Ricardo Flores Magón.

En 1908 decidió tomarle a Díaz la palabra dada en la entrevista Creelman, a partir de la cual mantuvo una nutrida correspondencia con personalidades de todo el país y estudió con fruición, pero sin sistema, la ciencia política y la realidad nacional; afanes que habrían de cuajar en *La sucesión presidencial en 1910*, donde Madero adoptó el liberalismo de las clases medias, en particular los intelectuales urbanos y los pequeños propietarios rurales, entre los cuales se articuló un movimiento opositor de dimensiones nacionales, que encontró en Madero su vocero y líder. Madero enarboló como banderas la democratización del régimen, la defensa de la Constitución y de la legalidad, y la reivindicación del principio de propiedad privada y, en particular, del pequeño propietario emprendedor, provisto de medios suficientes para ejercer su espíritu de empresa. Estas demandas satisfacían plenamente las aspiraciones de los sectores medios, y Madero, apasionado idealista político, los fascinó, lo mismo que a amplios sectores de las masas populares, opuestos unos y otros a un gobierno autoritario que había entrado en un proceso de crisis irreversible.

12. ¿De qué trata *La sucesión presidencial en 1910*, de Francisco I. Madero?

La idea de crear un partido democrático para oponerse a la reelección indefinida de Porfirio Díaz o, al menos, para buscar alternativas frente a la continuidad del grupo más cer-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

cano al presidente ante la necesidad del relevo que imponía su avanzada edad, no nace con *La sucesión presidencial en 1910* de Francisco I. Madero, pero sí fue ese libro y la actividad que, tras publicarlo, acometió su autor, la que dio el impulso definitivo para el nacimiento de dicho partido y para las formas que éste asumió.

En el libro, Madero recogió la tradición liberal que se cifraba en la Constitución de 1857, cuyos pilares fundamentales son: el Estado democrático, representativo y federal; la primacía de la ley sobre la arbitrariedad y el despotismo; los derechos del hombre que consagran las libertades públicas; y el sufragio libre y universal. Madero quería un cambio político, convencido de que todas las transformaciones que el país necesitaba vendrían como ineludible consecuencia. No es cierto que haya sido ciego ante los problemas sociales que empujaron a miles de mexicanos a la lucha armada, sino que veía en la transformación política, en la democracia y la legalidad, el más sólido punto de apoyo para la solución de tales problemas. No era un revolucionario, no buscaba nuevas relaciones sociales ni una nueva forma de Estado, sino la aplicación del marco legal vigente, dentro del cual podrían instrumentarse las reformas necesarias.

Estas ideas están plasmadas en las dos primeras partes del libro: la que podríamos llamar “histórica” y la que define el “poder absoluto” y crítica al gobierno de Díaz. Para analistas posteriores esta crítica era demasiado “suave” y “prudente”, pero escribir de la represión de Tomóchic y de las huelgas de Cananea y Río Blanco; de la guerra contra los mayas de Yucatán y contra los yaquis de So-

nora; señalar los vicios de la administración pública como lo hizo Madero, exigía en 1908 una considerable dosis de valor civil.

La tercera parte del libro surge de la pregunta fundamental: “¿Estamos aptos para la democracia?” y aunque la respuesta se demora, es definitiva: “Como conclusión de las razones que hemos expuesto, podemos afirmar enfáticamente que *sí estamos aptos* para la democracia”. Pero para que esta aptitud deviniera en posibilidad, hacía falta “un vigoroso esfuerzo” de los mexicanos patriotas. Dicho esfuerzo debía iniciar por la organización de un partido democrático entre todos aquellos dispuestos a exigir el fin del poder absoluto, el respeto a la Constitución y la libertad del sufragio. Ese partido debía tener un programa de gobierno lo más conciso posible a partir de la defensa de los principios de la libertad de sufragio y la no reelección.

Y ese partido debía organizarse de inmediato y no, como muchos opinaban, a la muerte de Díaz, porque su sucesor impuesto, más joven y ambicioso, tendría mayores razones para conservar en sus manos el poder absoluto construido por Díaz. Organizado el partido para las elecciones de 1910 tendría, además, la ventaja de estar formado por “demócratas verdaderos, partidarios sinceros de la no-reelección, elementos completamente sanos, hombres de gran energía, de verdadero valor civil y de ideales bien definidos”.

Finalmente, Madero explicaba la manera en que debía organizarse un partido capaz de luchar frontalmente en la arena política y difundir esas ideas, aunque en las elecciones de 1910 fuese derrotado, aunque se creyera

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

segura esa derrota, pues sólo así podrían establecerse los principios y la organización democrática que empezarían a derruir el poder absoluto. Pero si el gobierno “recurre a medidas demasiado violentas para obtener su triunfo”, en el caso de que falte por completo la libertad para ejercer el sufragio, “bien puede darse el caso de que la Nación indignada por las violencias y por las persecuciones de que son víctimas sus buenos hijos, tan sólo porque quieren hacer uso de sus derechos, se levante en masa y presenciemos otra revolución popular como la de Ayutla”. Y esta clara advertencia se convierte en la verdadera conclusión del libro.

13. ¿Cómo se organizó el antirreleccionismo?

Tras la publicación de *La sucesión presidencial en 1910*, Madero envió ejemplares del libro a numerosos amigos y conocidos, así como a todas las figuras públicas del país, y a principios de 1909 viajó a la Ciudad de México para entrevistarse con varias personalidades que pensaba que podían ayudarlo a fundar el partido, sobre todo con Emilio Vázquez Gómez, abogado tamaulipeco que desde 1890 venía sosteniendo la tesis de que la reelección indefinida conculcaba en la práctica las libertades constitucionales y abolía la democracia.

Madero y Vázquez Gómez convocaron públicamente a la fundación del Centro Antirreleccionista de México, lo que se verificó el 22 de mayo de 1909, con la presencia de unas ochenta personas que eligieron para su mesa directiva a un próspero hacendado, cuatro abogados de prestigio, tres conocidos periodistas y otros cuatro representantes

de las clases medias emergentes. El 15 de junio el Centro anunció su existencia llamando a los mexicanos a resolver un grave problema que se presentaba justo el año del Centenario de la Independencia: el de acabar con la reelección indefinida y el poder absoluto. Para ello, se llamaba a los ciudadanos “que quieran estar gobernados por la ley y no por un hombre”, a formar clubes antirreleccionistas en todo el país.

Apenas publicado ese manifiesto, Madero inició una serie de giras por buena parte del país, fomentando la fundación de clubes antirreleccionistas en muchas poblaciones. Nunca en el país se había hecho política de esa forma. Madero, Félix Palavicini, Roque Estrada y los dirigentes antirreleccionistas locales hablaron ante miles de personas, expresando su oposición a la reelección del presidente, del vicepresidente y de todos los cargos de elección popular, al tiempo que convocaban a una lucha cívico-electoral. Madero estaba convencido que las giras eran el medio más eficaz para la propaganda y la única manera en que un partido independiente podía darse a conocer a nivel nacional. Su apasionada oratoria, la convicción absoluta de la necesidad de acabar con el poder absoluto y su gran capacidad de trabajo, lo convirtieron en un dirigente nacional. El resultado fue que a mediados de 1910 el Centro Antirreleccionista de México tenía registrados más de cien clubes en 65 ciudades de 22 estados y otros veinte en el Distrito Federal, pero había más grupos, no contados por el centro nacional. Estas actividades dieron pie a una organización nacional independiente, principalmente urbana, decidida a enfrentarse al poder.

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Los clubes antirreleccionistas de todo el país se erigieron en partido político en la Convención Nacional celebrada en la Ciudad de México los días 15 al 17 de abril de 1910, con la presencia de 120 delegados. De la Convención surgieron las candidaturas de Francisco I. Madero a la presidencia de la República y Francisco Vázquez Gómez a la vicepresidencia. Esta candidatura fue un puente tendido a los *reyistas* en dispersión que quisieran sumar sus esfuerzos al antirreleccionismo. Y efectivamente, los restos del Partido Nacionalista Democrático estuvieron presentes en la Convención, unificando así a la oposición democrática.

14. ¿Se cometió fraude electoral en 1910?

Conforme se acercaba la fecha de las elecciones, el gobierno empezó a preocuparse por la actividad de los antirreleccionistas y encarceló a Madero y a otros dirigentes del partido. Con Madero en la cárcel y muchos de los más connotados dirigentes antirreleccionistas en prisión o en el exilio, el 21 de junio se realizó la primera ronda electoral en medio, según versiones de los antirreleccionistas, de “omisiones, comisiones y abusos de toda especie”. La segunda ronda, el 10 de julio, fue de mero trámite, pues ya los porfiristas se habían asegurado los votos de casi todos los electores. Para los maderistas se había tratado de un fraude electoral con todos los agravantes, donde si bien en general no se usó la fuerza, sí se pusieron todos los recursos del gobierno al servicio de la reelección.

Los antirreleccionistas, siguiendo al pie de la letra las leyes electorales, fundamentaron sus acusaciones y pi-

dieron a la Cámara de Diputados que declarara la nulidad de los comicios, en un extenso memorial redactado por Federico González Garza, en el que aportaron numerosas pruebas de la manipulación de las elecciones en la jornada del 21 de junio, así como de la persecución sufrida por los antirreleccionistas antes de la jornada electoral. La Cámara rechazó el recurso respondiendo “no ha lugar a lo que objetan”, y extendió sus constancias de mayoría a Porfirio Díaz, Ramón Corral, y a los demás candidatos oficiales.

15. ¿Qué fue el Plan de San Luis?

Tan pronto como el Congreso de la Unión cerró las vías legales, Madero escapó de San Luis Potosí, donde estaba en libertad bajo palabra y del otro lado de la frontera redactó, con media docena de compañeros, un plan insurreccional, fechado en San Luis Potosí el 5 de octubre.

En él se declaraba burlada la soberanía nacional, cuya representación asumía Madero, se desconocían todos los poderes electos en junio y julio y se llamaba a la rebelión contra el gobierno a partir del 20 de noviembre. En el artículo 3º se agregaba un párrafo de imprevisibles consecuencias:

“Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos por acuerdo de la Secretaría de Fomento o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

fallos y se les exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos.”

El Plan terminaba con una nota que instruía a los conjurados a no difundirlo fuera de los círculos más seguros, sino hasta después del 15 de noviembre, pero la verdad fue que circuló con mayor profusión de la prevista y las redes antirreleccionistas fueron transformándose parcialmente en redes de la conspiración, que fueron preparando la lucha armada.

16. ¿Qué ocurrió el 20 de noviembre de 1910?

Francisco I. Madero creía que su llamado a las armas tendría una respuesta masiva y espectacular. Pensaba que más que una guerra civil, una especie de huelga armada derribaría en pocos días a la dictadura, pero estos planes fallaron por completo: el 20 de noviembre apenas una ciudad de mediana importancia cayó en manos de los maderistas, que fueron inmediatamente dispersados, y sólo remotas poblaciones en diversos lugares fueron controladas por grupos de hombres que se pronunciaron contra el gobierno.

La medida del fracaso pudo medirse en los planes para apoderarse de Ciudad Porfirio Díaz (Piedras Negras), en los que había participado directamente Francisco I. Madero. La ciudad fronteriza debía convertirse en la sede del gobierno provisional anunciado en el Plan de San Luis, e incluso se había pensado en el manifiesto que se dirigiría a la nación y en los miembros del gabinete. Conforme avan-

zaba noviembre, el optimismo crecía entre el círculo cercano a Madero, en San Antonio, Texas, aunque pronto la policía porfirista mostró su eficacia y detuvo a varios miembros clave de las conspiraciones maderistas. Estos golpes en general se dieron sin sangre, salvo en Puebla, donde Aquiles Serdán y sus compañeros resistieron a la policía.

En esas condiciones, la noche del 19 de noviembre sólo se reunieron con Madero medio centenar de los más de quinientos hombres comprometidos, además de que la guarnición de la ciudad había sido alertada y estaba lista para rechazar el ataque, que Madero decidió cancelar, regresando a San Antonio, donde muchos de sus partidarios le propusieron que desistiera de sus proyectos revolucionarios, pero aunque vacilante, el líder se mantuvo a la expectativa.

Aunque fallaron las optimistas previsiones de Madero, el 20 de noviembre sí fue una campanada cuyo tañido de mayor significación, pero no único, se dio en Gómez Palacio, Durango, donde los maderistas se apoderaron por unas horas de la ciudad. Los conspiradores se habían propuesto atacar Torreón, pero como la policía detuvo a muchos de los jefes, los que quedaron prefirieron atacar la ciudad industrial del lado duranguense del río, tras elegir nuevos jefes: Jesús Agustín Castro y Orestes Pereyra.

En las cercanías de Matamoros, San Pedro de las Colonias y Cuatro Ciénegas, Coahuila, sendos grupos se pronunciaron contra el gobierno, lo mismo que en San Pablo, Tlax.; Río Blanco —cuyo palacio municipal fue atacado— y Paso del Macho, Ver.; San Pedro, S.L.P.; y Canelas, Dgo. En esas acciones salieron a la luz nombres que se ha-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

rían famosos, como los de Benjamín Argumedo, Cándido Aguilar, Cesáreo Castro, Rafael Cepeda, Domingo Arrieta, Pedro Antonio de los Santos y Gabriel Gavira. Pero, por lo pronto, todos fueron batidos y dispersados por las fuerzas del gobierno. Pero hubo una región del país en la que las cosas fueron distintas.

En el occidente de Chihuahua, el 20 de noviembre los maderistas se apoderaron de doce cabeceras municipales y de una ciudad, atacaron otras dos ciudades y se levantaron en armas tantos hombres como los que respondieron al Plan de San Luis en el resto del país.

17. ¿Cómo fue la rebelión maderista en Chihuahua?

Fue en el estado de Chihuahua donde se produjeron los más significativos de los pronunciamientos del 20 de noviembre y donde, en menos de una semana, los rebeldes obtuvieron resonantes victorias en escaramuzas todavía poco importantes, pero que preocuparon al gobierno por el incremento notable de la revuelta. Antes de que terminara el mes, fuertes contingentes de soldados federales empezaron a llegar al estado grande. El ruido que los chihuahuenses hicieron y la entrada de Madero al país para ponerse al frente de su revuelta, fueron poderosas inyecciones al ánimo de los maderistas de todo el país, lo que alentó la multiplicación de las partidas rebeldes a partir de febrero de 1911, hasta llegar a un punto, en mayo, en que los sueños maderistas del levantamiento masivo de la ciudadanía parecían acercarse a la realidad.

Fue pues el éxito o la persistencia de los guerrilleros de Chihuahua, lo que permitió el levantamiento nacional

que entre febrero y mayo de 1911 rebasó la capacidad de respuesta de las fuerzas del gobierno y precipitó su caída. Aunque la victoria de la revuelta sólo puede atribuirse a la multiplicación nacional de las guerrillas, fue un grupo en particular el que mayor ruido hizo, el que obligó al gobierno a concentrar sus fuerzas en el norte desguarneciendo otros territorios y alentando así el surgimiento de nuevos rebeldes. Este grupo combatió principalmente en los distritos Guerrero y Galeana de Chihuahua y tuvo por jefe a Pascual Orozco Vázquez.

En esas comarcas, el 20 de noviembre se pronunciaron contra el gobierno apoderándose de esas poblaciones, los maderistas de Santo Tomás, Bachíniva, Moris, Carichic, Batopilas, San Isidro, Miñaca, Pedernales, Pachera, Ranchos de Santiago, Namiquipa, Cruces, Guazapares, Témoris, Matáchic, Temósachic, Urúachic, Ciudad Guerrero y otras poblaciones. Además, desde el 14 de noviembre Toribio Ortega estaba en armas en el desierto de Chihuahua; los magonistas de Galeana se levantaron en aquella región; los maderistas de Parral atacaron a la guarnición de esa ciudad; y Pancho Villa reunió bajo su mando a los conjurados de San Andrés, Santa Isabel, Satevó, Huejotitán y otros pueblos del centro y sur del estado.

Los rancheros de Chihuahua, que estaban armados y tenían una añeja tradición de organización militar, aprovecharon el llamado a las armas hecho por Madero para cobrarle al régimen sus agravios, entre los que destacaban el despojo de tierras y aguas hecho por los hacendados (que eran también los gobernadores del estado) y la supresión de sus libertades públicas y de la autonomía

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

municipal. Pronto mostraron su eficacia: el 28 de noviembre derrotaron en combate a un batallón del Ejército Federal y el 5 de diciembre tomaron Ciudad Guerrero, cabecera política y económica de la región.

18. ¿Quién fue Pascual Orozco?

Al convertirse en el jefe militar de la revolución en Chihuahua, Pascual Orozco tenía 28 años y un pequeño capital. Su padre era un arriero y comerciante del pueblo de San Isidro, donde estaba la estación a la que llegaban las conductas de oro y plata de las minas de la sierra. Estudió la primaria en un internado militarizado de Ciudad Guerrero y luego trabajó como jefe de conductas para su padre y su suegro, don Albino Frías, un importante comerciante de San Isidro. Acostumbrado al uso de las armas y al duro trabajo de la escolta de metales preciosos desde la Sierra hasta la estación de San Isidro, era un jinete incansable, diestro en el manejo de las armas, de sereno valor y probadas dotes de mando. Era conocido en toda la región por su valor y su habilidad y la gente lo apreciaba a pesar de su carácter callado y taciturno. Se le tenía, y así era, por hombre que hacía mucho más de lo que decía. Simpatizaba con los postulados de los magonistas, y era suscriptor y distribuidor de *Regeneración* desde 1906. En 1909 se le acusó de contrabandear armas en complicidad con el magonista José Inés Salazar.

Ni Madero ni don Abraham González, jefe de la conspiración en Chihuahua, pensaron nunca que el joven Pascual sería el jefe militar del movimiento: fueron sus do-

tes de mando, y su prestigio y la capacidad demostrada en los primeros días, los que lo hicieron el jefe efectivo de los rebeldes de toda la región desde el 28 de noviembre, cargo que formalmente le otorgaron los demás jefes de partida el 10 de diciembre y que Madero reconoció a regañadientes.

Y es que Pascual Orozco encarnaba un liderazgo distinto del imaginado por Madero, integrado por empresarios y profesionales cultos y educados. Un tipo de liderazgo que desde noviembre empezó a desplazar a aquél y que quedó claramente expresado luego de la victoria de Orozco sobre los federales en el cañón de Malpaso, el 12 de diciembre. Después del combate Orozco ordenó embalar los uniformes recogidos a los enemigos muertos, heridos y prisioneros, y se los envió a Porfirio Díaz con una nota sangrienta: “Ahí te van las hojas, mándame más tamales”.

19. ¿Cómo fue la toma de Ciudad Juárez?

Pancho Madero entró a territorio nacional en la noche del 13 al 14 de febrero de 1911 para ponerse al frente de las fuerzas que mandaban Pascual Orozco, José Inés Salazar, José de la Luz Blanco, Pancho Villa y los demás jefes rancharos de Chihuahua. El 6 de marzo atacó Casas Grandes y aunque fracasó, demostró tal valor personal que infundió respeto a los revolucionarios. Luego reunió en la hacienda de Bustillos al mayor número posible de hombres, al frente de los cuales se presentó frente a Ciudad Juárez el 16 de abril, poniendo sitio a la ciudad el día 19.

Lo que pasó después parece una verdadera comedia de equivocaciones. Los federales eran cerca de 900,

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

mandados por el general Juan J. Navarro, que había combatido ferozmente a los revolucionarios. Estos sumaban unos 2000 hombres y estaban nominalmente a las órdenes de Madero, aunque, en realidad sólo obedecían a sus jefes rancheros y, sobre todos los demás, a Orozco y Villa, cuya autoridad sobre los otros jefes terminó de imponerse durante las casi cuatro semanas que estuvieron acampando frente a Ciudad Juárez. Sólo tres días combatieron los rebeldes contra las fuerzas federales encerradas en Ciudad Juárez cuando el 23 de abril Madero aceptó el armisticio propuesto por los representantes del gobierno. Hasta el 8 de mayo los revolucionarios acamparon frente a Ciudad Juárez sin combatir, mientras las negociaciones de paz se empantanaban.

La larga inactividad frente a Ciudad Juárez hizo aparecer en las filas revolucionarias una creciente impaciencia. La inseguridad y las vacilaciones, las pequeñas rencillas pueblerinas, las murmuraciones y las peleas que empezaban a aflorar, fueron advertidas por Orozco y Villa, quienes decidieron poner fin a esa situación. El 7 de mayo, en una larga reunión que sostuvieron con sus capitanes, diseñaron un plan para romper el armisticio y forzar la batalla. De acuerdo con ese plan, en la tarde del día 8, dos soldados vestidos con camisas de colores muy chillantes, se acercaron a las líneas federales provocando el fuego de sus defensores. Cuando éste se desató avanzaron otros quince hombres, haciéndose las cosas de tal modo que al anochecer había tiroteos en diversos puntos de la línea. Durante todo ese tiempo, Orozco, Villa y algunos de sus capitanes estaban tomándose un helado en El Paso, Texas, ante nu-

merosos testigos, y ahí los encontraron los enviados de Madero, quien los mandó llamar con urgencia.

Orozco y Villa se presentaron ante Madero hacia las ocho de la noche, recibiendo la orden de parar el combate. Ambos caudillos dijeron que así sería, pero hicieron todo lo contrario, aunque de modo que siguiera pareciendo cosa de los soldados. Dos veces más los llamó Madero, y la última, los dos caudillos le dijeron que la retirada ya era imposible y, ante el hecho consumado, Madero autorizó la batalla. Orozco y Villa se abrazaron y volaron a sus campamentos a dictar las órdenes pertinentes. La batalla duró dos días más, y pasado el mediodía del 10, el general Navarro se rindió con las últimas tropas que le quedaban. Los federales combatieron con valor y los revolucionarios con enorme entusiasmo, aprendiendo sobre la marcha el arte de la lucha callejera.

La caída de Ciudad Juárez en manos de los revolucionarios ha sido vista como la batalla decisiva de la rebelión maderista. Esta versión es complementada con el argumento de que la revuelta se concentró en el occidente de Chihuahua y que el presidente Díaz renunció obligado más por la opinión pública (y por su dolor de muelas) que por la fuerza de las armas. Los rebeldes apenas presentaron unas cuantas batallas, entre las cuales la decisiva fue la toma de Ciudad Juárez. Sin embargo, estudios recientes han mostrado que la rebelión tuvo una importancia militar mucho mayor de lo que se ha creído, al grado de poder hablar de una derrota armada del porfirismo: para mayo de 1911 estaba a un paso de colapsarse el Ejército Federal, ampliamente rebasado por las guerrillas rebeldes que des-

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

de febrero empezaron a multiplicarse en todo el país. Para evitar ese colapso el gobierno ofreció la transacción política plasmada en los Acuerdos de Ciudad Juárez.

20. ¿Cómo cayó la dictadura porfirista?

El 21 de mayo de 1911, en Ciudad Juárez, el negociador designado por el gobierno federal (Lic. Francisco S. Carbajal) y los “representantes de la Revolución” (Francisco Vázquez Gómez, José María Pino Suárez y Francisco Madero Hernández, padre del jefe de la Revolución), firmaron un “Convenio” que daba por terminadas las hostilidades “entre las fuerzas del gobierno del general Díaz y las de la Revolución, debiendo éstas ser licenciadas” conforme se restableciera el orden público. Este convenio, por el que “la Revolución” (sujeto activo) daba por terminada la lucha contra el gobierno de Porfirio Díaz, estaba precedido por los considerandos de rigor, según los cuales el presidente Porfirio Díaz y el vicepresidente Ramón Corral renunciarían a sus cargos, asumiendo la primera magistratura del país, por ministerio de ley, el licenciado Francisco León de la Barra, secretario de Relaciones Exteriores, quien se comprometía a atender “dentro del orden constitucional” los problemas causantes de la Revolución. No se escribió en el convenio, pero quedó sobrentendido, y así se hizo, que León de la Barra formaría un “gobierno de transición” en que estuvieran significativamente representados los revolucionarios. Con este acto formal se dio por terminada la rebelión maderista.

Para Madero estos acuerdos eran valiosísimos, al mantener intacto el aparato del Estado, poner un dique

a los caudillos plebeyos, con los que había tenido varias y significativas fricciones en las semanas precedentes, y garantizar el primer paso (el fin de la dictadura) del cambio político que buscaba; pero muchos de quienes habían participado en la lucha armada los reprobaron: dejar la transición en manos del aparato porfirista y desarmar al ejército revolucionario evitando la destrucción militar del enemigo les parecía, como mínimo, un acto de ingenuidad, aunque para otros era claramente una torpeza política y no faltaron quienes desde los primeros días lo señalaron como una traición.

21. ¿Por qué falló la transición a la democracia?

Tras la firma de los Acuerdos de Ciudad Juárez empezó a instrumentarse lo que Madero pensaba que sería una tersa transición a la democracia que, tras las elecciones de rigor, le permitiera llegar a la Presidencia en noviembre de 1911 en un ambiente de cordialidad que le permitiera llevar a México por el rumbo de la gobernabilidad democrática. El primer problema a resolver era el de la formación de los gobiernos de transición previstos por los Acuerdos. Si se daban las renunciaciones del presidente y el vicepresidente de la República, el Ejecutivo Federal recaería, por ministerio de ley, en el secretario de Relaciones Exteriores, con lo que Madero y su grupo estaban conformes, pues el hombre que detentaba el cargo, licenciado Francisco León de la Barra, tenía larga experiencia diplomática y pocos contactos con la política interior, salvo con los intelectuales-políticos llamados “científicos” (con quienes Madero simpatizaba más

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

que con los otros grupos de poder del viejo régimen), era un político conciliador y prudente, cualidades necesarias para presidir un gobierno que debía estar formado por elementos revolucionarios y porfiristas. Este gobierno debía “pacificar” al país y organizar cuanto antes el proceso electoral federal: por eso debía ser un gobierno de transición.

El 25 de mayo el Congreso de la Unión aceptó las renunciaciones de Díaz y Corral y le tomó la protesta como presidente interino a León de la Barra, quien dio a conocer el gabinete que se había negociado: el presidente seguiría encargándose personalmente de la cancillería, quedando como encargado del despacho el licenciado Bartolomé Carbajal, hombre suyo. En Gobernación se nombró al licenciado Emilio Vázquez Gómez. En Guerra, el general Rascón fue rápidamente sustituido por el general González Salas, hombre plenamente identificado con su institución pero emparentado con Pancho Madero. A cargo de la Secretaría de Hacienda quedó don Ernesto Madero Farías, tío del jefe de la Revolución y experimentado hombre de negocios cercano a Limantour, secretario de Hacienda del porfiriato y jefe visible de los *científicos*. Don Rafael L. Hernández Madero, primo de Pancho y antirreeleccionista desde el principio, aunque de ideas económicas igualmente cercanas a las de los *científicos*, fue designado secretario de Fomento. En Comunicaciones quedó el ingeniero Manuel Bonilla, quien había sido el jefe visible del antirreeleccionismo en Sinaloa y era un conocido revolucionario moderado. Otro científico, el licenciado Manuel Calero, quedó en la Secretaría de Justicia. Finalmente, la cartera de Educación quedó en manos del doctor Francisco Vázquez Gómez.

Parecía, pues, que los *científicos* habían ganado la Revolución, pues pertenecían al grupo el presidente De la Barra, el subsecretario de Relaciones y el secretario de Justicia; y eran claramente cercanos a Limantour los secretarios Madero y Hernández. Por su parte, Bonilla y los hermanos Vázquez debían representar a los antirreleccionistas urbanos y moderados. Pero los Vázquez, que en muchas ocasiones habían sido más moderados que Madero, se habían radicalizado durante la lucha armada y en las negociaciones de Ciudad Juárez, Francisco Vázquez había sido el portavoz de quienes se oponían a la firma de una paz antes de ganar la guerra.

En los estados de la federación se dieron transiciones pactadas de similar alcance: en los gobiernos locales quedaron representantes de las clases medias y la nueva burguesía, muchas veces miembros de las élites políticas regionales o, por lo menos, directamente vinculados a estas, y sólo en Sonora, Chihuahua, Coahuila, San Luis Potosí, Sinaloa, Yucatán y el Distrito Federal fueron designados gobernadores hombres que si bien pertenecían a esos sectores, eran también connotados maderistas: respectivamente José María Maytorena, Abraham González, Venustiano Carranza, Rafael Cepeda, José María Pino Suárez y Federico González Garza.

Al mismo tiempo, los dirigentes nacionales de la Revolución, de acuerdo con el gobierno provisional, buscaron los mecanismos que permitieran desarmar a los rebeldes al menor costo posible, político y económico. Pero si los revolucionarios populares estaban cada vez más disgustados con el cariz de los Acuerdos y de los gobiernos de

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

transición, se opusieron frontalmente a ser desarmados y sólo pudieron ser desmovilizados la mayoría de los rebeldes tras largas y tensas negociaciones, que dejaron sobre las armas importantes núcleos bajo la figura de rurales de la federación, irregulares o gendarmes estatales. Eran firmes partidarios de la creación de estos cuerpos irregulares el secretario de Gobernación, Emilio Vázquez y los gobernadores Maytorena, González, Carranza y Cepeda.

Pero además, el 24 de mayo, Ricardo Flores Magón y los jefes del PLM publicaron un manifiesto llamando a los soldados revolucionarios a volver sus armas contra los jefes que los habían traicionado, y algunos grupos rebeldes de los distritos serranos y fronterizos de Chihuahua atendieron su llamado. En los meses por seguir, antes de que Madero llegara a la Presidencia, nuevas revueltas agrarias y numerosas huelgas llamarían la atención sobre la realidad sacada a la superficie por la exitosa rebelión maderista: la Revolución no podía limitarse a la transición democrática a la que Madero aspiraba.

22. ¿Cómo apareció el agrarismo en la Revolución Mexicana?

Desde el momento mismo de los Acuerdos de Ciudad Juárez los jefes campesinos encumbrados durante la lucha, expresaron con claridad que no se habían levantado contra un fraude electoral, sino contra los opresores del pueblo. Habían peleado por la tierra y se negaban a entregar las armas, tal como Madero exigía, que para ellos eran la única garantía del cumplimiento de “los postulados de la Revolución”, entre los que descollaba el agrario.

Aunque la mayoría de los rebeldes fueron enviados a sus casas, ya no fue posible contener la reivindicación agraria. Los soldados desmovilizados empezaron a recuperar por la fuerza las tierras que antes usurparon las haciendas, tal como denunciaron las autoridades de diversos lugares de Chihuahua y Durango. Los problemas causados por la desmovilización de los soldados revolucionarios causaron un enfrentamiento armado en Puebla, donde el jefe Abraham Martínez arrestó a varios oficiales y diputados porfiristas a principios de julio de 1911. Desalojado de la ciudad por federales, se refugió en las montañas hasta diciembre, cuando reanudó la lucha, secundando el Plan de Ayala, promulgado por los rebeldes campesinos de Morelos.

En ese estado, cuando se firmaron los acuerdos de Ciudad Juárez, el jefe revolucionario de mayor prestigio en el Estado sureño era Emiliano Zapata, que empezó la revolución en marzo de 1911 como un oficial subalterno, pero pronto fue reconocido como jefe por la mayoría de los rebeldes de la zona, al frente de los cuales tomó Cuautla, el 19 de mayo. Zapata se negó a desarmar a su gente y consiguió una entrevista con Madero, a quien le expuso la urgencia de resolver el problema agrario en Morelos, so pena de la desaparición de las comunidades. Los argumentos de Zapata fueron claros y convincentes y Madero aceptó estudiar el problema sobre el terreno. En las semanas siguientes Madero y Zapata hicieron esfuerzos de buena voluntad, pero los hacendados de Morelos, junto con los federales, fueron logrando reducir el poder de Zapata, hasta que el jefe se refugió en las montañas entre Morelos y Puebla, para esperar ahí la

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

toma de posesión de Madero, en noviembre de ese 1911, luego de la cual promulgaron el Plan de Ayala.

Pero mientras los campesinos rebeldes de Morelos y Puebla todavía estaban dispuestos a esperar a Madero, otros ya no lo estaban: en julio, Andrés Molina Enríquez, el autor de *Los grandes problemas nacionales*, una obra fundamental publicada en 1909 en que señalaba como el más grave problema de México el de la concentración de la tierra en pocas manos, promulgó el Plan de Texcoco, que llamaba a continuar la Revolución, nombrando jefe de la misma a Emilio Vázquez Gómez. Un decreto anexo declaraba de utilidad pública “la expropiación parcial de todas las fincas rurales cuya extensión superficial exceda de 2,000 hectáreas”. A fines de octubre, el veterano periodista opositor Paulino Martínez, que no tardaría en unirse a Zapata, publicó el Plan de Tacubaya, también *vazquista*, que ponía énfasis particular en el problema de la tierra: “El problema agrario en sus diversas modalidades es, en el fondo, la causa fundamental de la que derivan todos los males del país y de sus habitantes”, por lo cual se debía iniciar su solución “en el momento mismo en que el triunfo se verifique, sin esperar más ni dilatar por motivo alguno la ejecución de las soluciones del problema agrario”. Este documento fue prohijado rápidamente por varios de los rebeldes norteros. Pero no habían pasado tres semanas de su promulgación, cuando empezó a conocerse el documento más importante de esta serie: el Plan de Ayala, promulgado por los seguidores de Zapata.

De ese modo, cuando Pancho Madero tomó posesión de la Presidencia de la República, el 6 de noviembre de

1911, ya estaba claro que había gente que exigía continuar la Revolución. Sólo faltaban un jefe y un plan.

23. ¿Quién fue Emiliano Zapata?

Emiliano Zapata Salazar nació el 8 de agosto de 1879, en Anenecuilco, municipio de Villa de Ayala, Morelos. Era hijo de campesinos indígenas que poseían sus propias tierras en esa comunidad, y desde niño se dedicó a las labores del campo, aunque también recibió una instrucción elemental. De joven se convirtió en un domador de caballos conocido en los pueblos y haciendas de su región natal, y fue un charro y tirador afamado. Su valor y su carisma hicieron que en 1909 sus vecinos lo eligieran presidente de la Junta de Defensa de las tierras de Anenecuilco, y representó a su comunidad en la larga disputa legal con una hacienda vecina que había arrebatado parte de sus tierras.

En 1911, habiendo fracasado los recursos legales, Emiliano Zapata, al frente de numerosos campesinos del pueblo, se levantó en armas contra el gobierno, respondiendo el llamado a la rebelión que hizo Madero, en particular, el artículo 3° del Plan de San Luis, que decía que era “de toda justicia” restituir las tierras arrebatadas a los pueblos por los hacendados. Zapata inició su carrera revolucionaria como un jefe subalterno, pero rápidamente se convirtió en el principal caudillo morelense.

Al triunfo de la rebelión maderista se negó a desarmar a sus hombres hasta no ver cumplidas sus demandas de restitución de las tierras injustamente usurpadas a los campesinos. Mientras negociaba con los representantes de

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Madero, sus fuerzas fueron atacadas por las tropas federales, obligando a los campesinos rebeldes a refugiarse en las montañas, donde el 29 de noviembre de 1911 Zapata proclamó el Plan de Ayala, en el que exigía la devolución de las tierras de los pueblos y la dotación de ejidos a las poblaciones que carecieran de tierras. Este programa se convirtió desde entonces en la bandera del agrarismo mexicano y en una de las demandas más importantes de la Revolución.

Como dice el corrido, luego de luchar contra la dictadura de Díaz, “combatió al señor Madero, contra Huerta y a Carranza/porque no querían cumplir su plan que era el Plan de Ayala”. Al frente de los campesinos despojados resistió durante ocho años contra ejércitos superiores, sin claudicar nunca. En la segunda mitad de 1914 y a lo largo de 1915 Morelos vivió en relativa paz, mientras los aliados de Zapata, los ejércitos villistas, combatían furiosamente contra los carrancistas. Durante esos meses de paz instrumentó su utopía agraria en Morelos, repartiendo la tierra e imponiendo un régimen de justicia elemental que durante décadas los campesinos siguieron extrañando.

Tras la derrota de los villistas, nuevos ejércitos invadieron el campo de Morelos, arrasándolo a sangre y fuego, sin lograr doblegar la resistencia guerrillera de Zapata y sus leales. Sólo mediante la traición lograron vencerlo, asesinandolo el 10 de abril de 1919 en la hacienda de Chinameca.

24. ¿Qué es el Plan de Ayala?

El “Plan libertador de los hijos del estado de Morelos, afiliados al Ejército insurgente que defiende el cumplimiento

del Plan de San Luis Potosí con las reformas que ha creído conveniente aumentar en beneficio de la patria mexicana”, fue redactado por Emiliano Zapata y Otilio Montaña en las montañas del sur de Puebla, aunque fue fechado el 28 de noviembre en Villa de Ayala. Lo firmaron casi un centenar de jefes y oficiales ahí presentes, empezando por Zapata.

El Plan de Ayala, que declara a Madero traidor al Plan de San Luis y llama a continuar la Revolución, constituye la continuación de la historia de los campesinos de Morelos a la vez que es fruto de una inspiración exclusivamente popular y rural, y representa la reacción de los pueblos que veían amenazada su existencia. Los artículos 6° y 7° del Plan contienen la esencia de la nueva revuelta. El 6° señalaba que los pueblos o ciudadanos que tuvieran los títulos correspondientes a “los terrenos, bosques y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la tiranía y justicia venal”, entrarían en posesión inmediata de dichos bienes, manteniendo la posesión “a todo trance, con las armas en la mano”. El 7° decía que siendo una realidad que “la inmensa mayoría” de los pueblos y ciudadanos carecían de medios de vida y sufrían “los horrores de la miseria, por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas, por esta causa se expropiarán, previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellas, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor”. Es decir: restitución de las tierras usurpadas, como decía el Plan de San Luis, pero también, expropiación de las no usurpadas para dotación de “pueblos y ciudadanos”.

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

De esa manera, los zapatistas empezaban su propia revolución, cuyas resonancias siguen escuchándose con enorme fuerza.

25. ¿Cómo gobernó Pancho Madero?

El 6 de noviembre de 1911 Madero tomó posesión de la Presidencia de la República, integrando su gabinete con revolucionarios urbanos moderados, como Abraham González, Miguel Díaz Lombardo y Manuel Bonilla; sus parientes Ernesto Madero Farías y Rafael L. Hernández, cercanos a los *científicos*, en el gabinete económico; y porfiristas como Manuel Vázquez de Tagle y José González Salas.

Acorde con sus ideas democráticas, de inmediato se notaron cambios importantes en la tolerancia a las libertades públicas, permitiendo que los periódicos criticaran con gran aspereza su gobierno, y tolerando y alentando la organización de los trabajadores, que se traduciría en una significativa insurgencia obrera a lo largo de 1912. Madero no era ciego a los problemas sociales, pero estaba convencido de que debían resolverse por las vías constitucionales, lo que complicó su solución, pues apenas en 1912 fue reemplazada parcialmente la legislatura porfirista electa en 1910, por la XXVI Legislatura, en la que había una precaria mayoría maderista en la Cámara de Diputados, frente a un Senado claramente porfirista. Por todo eso, a penas a finales de 1912 se presentaron al Congreso iniciativas de ley que tomaban en cuenta las demandas sociales de los campesinos rebeldes y los obreros huelguistas, la más importante de las cuales fue un proyecto redactado por el

diputado Luis Cabrera, que planteaba restituir las tierras de los pueblos usurpadas por los hacendados, y preveía la posibilidad de expropiar tierras de las haciendas.

Madero intentaba canalizar las protestas y demandas sociales por las vías legales, mientras combatía a los rebeldes campesinos, sobre todo a los zapatistas, con la mayor tolerancia posible, lo mismo que a los golpistas de derecha, a los que no fusiló aunque las leyes así lo dictaban. Creía que su gobierno debía ser una escuela en la que los mexicanos aprendieran a ejercitar sus libertades. Pero asediado por todos lados, en febrero de 1913 terminó de manera sangrienta su intento conciliador. El presidente que intentaba iniciar una era democrática en México y que había hecho desesperados esfuerzos por contener a la vez la revolución popular y la restauración de la dictadura, fue derribado y asesinado por militares porfiristas.

26. ¿Qué rebeliones enfrentó el gobierno de Madero?

Cuando Madero tomó posesión de la Presidencia, el 6 de noviembre de 1911, ya estaban en marcha varias revueltas de campesinos que prohijaban los planes de Texcoco o de Tacubaya, además de numerosos magonistas. Sin embargo, fue durante su gobierno que la revuelta agraria se convirtió en rebelión, cuando apareció el Plan de Ayala y cuando las dispersas guerrillas norteñas se unificaron en torno a la vigorosa figura de Pascual Orozco.

A partir de la promulgación del Plan de Ayala, el núcleo duro del zapatismo, formado por hombres del oriente de Morelos, recibió el respaldo de otros contingentes revo-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

lucionarios, primero de los vecinos estados de Puebla, Tlaxcala y Guerrero, y en el occidente de Morelos, pero también en regiones tan distantes como la sierra de Sinaloa, la Comarca Lagunera y el altiplano potosino-tamaulipeco. En aquellas regiones, jefes como Juan Banderas, Benjamín Argumedo, Magdalena Cedillo y Alberto Carrera Torres le dieron dimensión nacional a la rebelión zapatista.

La rebelión zapatista fue tomando fuerza a lo largo de 1912 hasta convertirse en la rebelión campesina de mayor peso político, pero antes de eso, el régimen de Madero tuvo que enfrentar un desafío mucho más peligroso cuando Pascual Orozco decidió aceptar las recurrentes invitaciones que, para tomar el mando de la revuelta, le hacían los jefes magonistas, zapatistas y vazquistas. La rebelión de Orozco empezó el 2 de marzo de 1912. Los rebeldes controlaron rápidamente el estado de Chihuahua y derrotaron en Estación Rellano a una columna federal. Entonces definieron las razones de su lucha mediante el “Manifiesto del 25 de Marzo”, en el que luego de llenar de improperios a Madero, se entra en las demandas agrarias de los norteros, basadas en la vieja aspiración utilitaria de la República de pequeños propietarios libres e independientes, correspondiente a la experiencia agraria de Chihuahua donde, salvo entre los tarahumaras, la tierra de cultivo no solía poseerse colectivamente. El gobierno concentró fuertes contingentes militares para destruir la rebelión, lo que se logró tras una breve y sangrienta campaña conducida por el general Victoriano Huerta.

Pero además de toda esta inconformidad popular, Madero tuvo que enfrentar dos intentos golpistas contra-

rrevolucionarios, uno encabezado por Félix Díaz, militar mediocre y enriquecido que no tenía más mérito que ser sobrino de don Porfirio, lo que le permitió sublevar a la guarnición de Veracruz sólo para rendirse poco después; y el otro por Bernardo Reyes, que creía que su nombre seguía teniendo la popularidad de 1908 y entró al país en son de guerra, en una asonada ridícula. Cuando las fuerzas del gobierno los aprehendieron, Madero les perdonó la vida generosamente, encerrándolos en prisión. Un tercer cuartelazo, encabezado por los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz, empezó en la madrugada del 9 de febrero de 1913.

27. ¿Qué fue la Decena Trágica?

El 9 de febrero de 1913 una parte de la guarnición de la capital de la República, encabezada por los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz, liberó a los ex-rebeldes Bernardo Reyes y Félix Díaz, como primer paso de lo que pensaban sería un rápido e incruento golpe de mano mediante el cual se apoderarían de Palacio Nacional y de las oficinas de la Secretaría de Guerra, así como del presidente de la República y sus más inmediatos colaboradores. La lealtad del general Lauro Villar, comandante de la guarnición de la plaza, hizo fracasar la intentona, que costó la vida a Ruiz y a Reyes. Los amotinados se refugiaron en la Ciudadela y las fuerzas leales al gobierno parecieron retomar el control de la situación.

Durante los diez días siguientes, el jefe de las fuerzas del gobierno, Victoriano Huerta, fingía combatir a los

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

militares golpistas encerrados en la Ciudadela, cuyo jefe era Félix Díaz, mientras, en realidad, negociaba con ellos. Durante esos días, la Ciudad de México vivió bajo el fuego de la artillería rebelde, muchos maderistas leales fueron enviados a la muerte por Huerta, y numerosos amigos del presidente —sobre todo su hermano Gustavo Adolfo, político agudo y sagaz— le avisaron de la traición que se estaba fraguando, sin que Madero les hiciera caso. Finalmente, Victoriano Huerta y Félix Díaz llegaron a un acuerdo, y el 18 de febrero el presidente Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez fueron aprehendidos por el general Aureliano Blanquet. Ese mismo día, Huerta expidió tres documentos: un manifiesto a la nación firmado por él y por Félix Díaz en que anunciaban que el Ejército había asumido la autoridad y se encargaba de garantizar la salvación de la patria; un telegrama a los gobernadores de los estados, los jefes políticos de los territorios federales y los jefes de las zonas militares en que les decía que autorizado por el Senado (lo que era falso, pues las Cámaras no se habían reunido) “he asumido el Poder Ejecutivo, estando presos el presidente Madero y todo su gabinete”; y una nota oficial al presidente de la Cámara de Diputados, en que le informaba lo mismo que a los gobernadores, pidiéndole además que se sirviera convocar al Congreso de la Unión para que analizara “tan interesante estado de cosas”. En este documento estaba claro de qué se había tratado: un segundo cuartelazo, encabezado por Huerta, había derribado al gobierno constituido.

El 19 de febrero, Madero y Pino Suárez, bajo amenaza de muerte, renunciaron a sus cargos. El 20 de febrero

las Cámaras aceptaron la renuncia de Madero, tomando posesión, por ministerio de ley, el secretario de Relaciones, Lic. Pedro Lascuráin, quien duró en el cargo el tiempo mínimo necesario (¡45 minutos!) para protestar como presidente, designar a Victoriano Huerta secretario de Gobernación y renunciar a su vez para que Huerta fuera nombrado presidente. La Cámara de Diputados, luego de un acre debate, sancionó esa misma tarde los hechos consumados.

Hasta ahí todo parecía ir sobre ruedas para Huerta. El 19 de febrero la mayor parte de los gobernadores y de los jefes militares le enviaron telegramas aceptando el nuevo gobierno federal, pero hubo tres silencios harto significativos: el de los mandatarios de Sonora, Chihuahua y Coahuila, José María Maytorena, Abraham González y Venustiano Carranza, que tenían a sus órdenes fuertes núcleos armados. No sólo eran silencios: pronto supo Huerta que en el norte se acumulaban nubes de tormenta. Finalmente, en vez de enviar a Madero y Pino Suárez al exilio, ordenó su muerte para evitar que el jefe indiscutible de la Revolución volviera a encabezarla. El 22 de febrero, Madero y Pino Suárez fueron asesinados, terminándose así el terrible episodio. A Huerta le falló el cálculo, pues en lugar de descabezar a la nueva rebelión, le dio una enorme fuerza moral.

28. ¿Cuál fue el papel del embajador de los Estados Unidos en la caída de Madero?

Desde antes de la Decena Trágica y sobre todo en esos días, la embajada de los Estados Unidos fue, como informó el embajador cubano, Manuel Márquez Sterling, “el cen-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

tro de una verdadera conjura en contra del gobierno y su política”. No se podía denunciar más claramente la inconcebible actitud de ese diplomático devenido en jefe de conspiración, pues es ése el papel del embajador Henry Lane Wilson, el gestor de lo que don Manuel llama “la conjura de la embajada”, que inicia con la abierta injerencia que exige la renuncia del presidente legítimo y que desemboca en la complicidad con los militares levantados en armas contra el gobierno al que debían sostener.

Fue el embajador Wilson quien puso en contacto a los senadores enemigos de Madero, a los antiguos *reyistas* encabezados por Rodolfo Reyes, hijo mayor del general muerto trágicamente el 9 de febrero y a los jefes insurrectos sitiados en la Ciudadela, con el general Victoriano Huerta y sus lugartenientes, Aureliano Blanquet y Juvencio Robles. Finalmente, en la noche del 18 de febrero se reunieron en la embajada Félix Díaz, Victoriano Huerta, y otros personajes de la conspiración. Tras una breve deliberación en la que tomó parte el embajador Wilson, se leyó al resto de los embajadores, reunidos ahí a convocatoria de Wilson, lo acordado por Huerta, Díaz y el propio Wilson: el ascenso de Huerta a la Presidencia, el famoso “Pacto de la Embajada”.

Márquez Sterling, testigo presencial de los hechos que en los días siguientes trató por todos los medios de salvar la vida de Madero, cuenta cómo los miembros del cuerpo diplomático fueron citados por su decano, Wilson, en la Embajada de los Estados Unidos, quien les informó los hechos de ese día y terminó diciendo: “Ésta es la salvación de México. En adelante habrá paz, progreso y riqueza. La prisión de Madero la sabía yo desde hace tres días. Debió

ocurrir hoy de madrugada.” Como señaló don Manuel, “no cabía de gozo y se le escapaban las confidencias”.

29. ¿Quién fue Victoriano Huerta?

Victoriano Huerta nació en Colotlán, Jalisco, en 1845. Creció en un medio humilde hasta que accidentalmente fue reclutado por el general Donato Guerra, quien descubrió la despierta inteligencia y las claras aptitudes militares del joven Victoriano y gestionó para él una beca en el Heroico Colegio Militar, donde fue un alumno destacado.

Como militar del porfiriato, una época relativamente pacífica, Victoriano Huerta fue ascendiendo lentamente por el escalafón del Ejército. En 1903 participó en la última fase de la guerra de castas contra los mayas rebeldes de Yucatán, donde se distinguió por su eficacia y su crueldad, obteniendo su ascenso a general por méritos en campaña, y un alto prestigio en las filas del ejército. En 1910 combatió a la rebelión maderista y en 1911 fue comisionado para reprimir a los partidarios de Emiliano Zapata, a quien acorraló hasta obligarlo a refugiarse en las montañas, en las que desconoció al régimen de Madero a través del Plan de Ayala. Su carrera militar llegó a su cúspide en 1912, cuando derrotó a la rebelión orozquista en Chihuahua, conduciendo una difícil campaña con habilidad y prudencia.

En 9 de febrero de 1913, ante la herida del general Lauro Villar, Huerta fue nombrado jefe de las fuerzas leales al presidente Madero, encargadas de someter a los militares insurrectos encerrados en la Ciudadela. En lugar de hacerlo, el militar jalisciense traicionó la confianza del

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

presidente negociando a sus espaldas con los jefes rebeldes y llegando con ellos a un acuerdo que lo llevó, mediante un cuartelazo, a la presidencia de la república. Días después, ordenó el asesinato de Madero y Pino Suárez.

La reacción contra los actos perpetrados por Huerta no se hizo esperar y pronto debió hacer frente a una formidable insurrección popular que hizo palidecer a la rebelión maderista. Huerta la enfrentó con una sangrienta represión en las ciudades y con el aumento de los efectivos del Ejército, debido a lo cual la lucha contra sus enemigos se prolongó durante casi un año y medio de terrible guerra civil.

En agosto de 1914 la situación del gobierno militar presidido por Huerta se hizo insostenible, pues los revolucionarios controlaban casi todo el país y avanzaban incontenibles sobre la Ciudad de México, luego de haber derrotado al Ejército Federal en sangrientas batallas. Por ello, Huerta renunció a la Presidencia y huyó del país.

Exiliado, Huerta encabezó diversas conspiraciones contrarrevolucionarias por las que pasó varios meses de prisión en los Estados Unidos, hasta que murió en enero de 1916 de una afección hepática, debida muy probablemente a su acendrado alcoholismo. Pasó a la historia como el prototipo del militar desleal, inescrupuloso y sanguinario.

30. ¿Cómo empezó la Revolución Constitucionalista?

Al anochecer del 18 de febrero de 1913, don Venustiano Carranza Garza, gobernador constitucional de Coahuila,

recibió el telegrama que el general de división Victoriano Huerta había girado desde la Ciudad de México a todos los gobernadores y comandantes militares: “Autorizado por el senado, he asumido el Poder Ejecutivo, estando presos el presidente y su gabinete. V. Huerta”.

Carranza había previsto una situación parecida, que era uno de los desenlaces posibles de los eventos iniciados diez días atrás en la capital de la República, y reaccionó de inmediato convocando a su casa a varios de los miembros del Congreso Local y a algunos de sus más cercanos colaboradores, con los que llegó al acuerdo de que era una obligación ineludible del gobierno coahuilense desconocer y reprobado inmediatamente semejantes actos.

La decisión ahí tomada fue irrevocable. El 19 de febrero el Congreso Local desconoció al gobierno de Huerta y concedió “facultades extraordinarias” al gobernador. También llamó al resto de los gobernadores y a los jefes militares “federales, rurales y auxiliares” a secundar la actitud del Gobierno de Coahuila. Los días siguientes fueron de aparentes vacilaciones, pero no se trataba de otra cosa que de ganar tiempo y esperar la respuesta de otros gobernadores, mientras conseguía recursos en metálico y concentraba en la región de Monclova a los contingentes irregulares formados por antiguos rebeldes maderistas.

El 3 de marzo Carranza abandonó Saltillo, ya en pie de guerra contra Huerta. Los primeros combates se libraron en San Pedro de las Colonias y Anhele, los días 5 y 6 de marzo, a los que sucedió un pequeño periodo de calma, empleado por los rebeldes de Coahuila en preparar el Plan de Guadalupe, que daría consistencia y nombre a la nueva revolución: Constitucionalista.

31. ¿Quién fue Venustiano Carranza?

Venustiano Carranza Garza nació en Cuatro Ciénegas, Coahuila, el 29 de diciembre de 1859. Descendía de los primeros colonizadores españoles de aquellas regiones, era nieto de uno de los fundadores de Cuatro Ciénegas e hijo de un coronel juarista que acumuló tierras e influencia política durante las guerras contra los conservadores y los franceses.

Venustiano estudió en Saltillo y la Ciudad de México y luego se dedicó a los negocios y la política local. En 1893 tomó parte en la rebelión de Catarino Garza contra el gobernador José María Garza Galán, lo que le permitió conocer al general Bernardo Reyes. Esa misma rebelión permitió que llegara al gobierno de Coahuila el licenciado Miguel Cárdenas, cuyo largo gobierno coincide con la ascendente carrera política de su amigo y condiscípulo, Venustiano Carranza.

Desde entonces, además de adquirir tierras y consolidar su dominio político sobre Cuatro Ciénegas, Carranza fue vinculándose estrechamente con el reyismo tanto en la operación política como en la preparación de grupos de choque para las reelecciones de Reyes y Cárdenas. De 1903 a 1908 ocupó una curul en el Senado de la República, prácticamente sin abrir la boca y aprovechando cualquier pretexto para ausentarse de la capital de la República. En 1908, durante dos meses, fue gobernador sustituto y en 1909 fue postulado, por el propio Miguel Cárdenas, como candidato al gobierno del estado. Sin embargo, su

postulación coincidió con la ofensiva del régimen contra el *reyismo*, y en una campaña plagada de malas artes e irregularidades, perdió las elecciones frente al corralista Jesús de Valle.

No es posible comprender a Carranza sin sus antecedentes *reyistas* y sin el significado de la campaña electoral de 1909. Vinculado por más de quince años al ilustrado y autoritario procónsul porfirista del noreste, estaba como él convencido de la urgencia de modernizar económicamente al país y de la necesidad de la dictadura que, garantizando la paz y el orden, permitiera esa modernización. Pero también, desde 1908 advertía la imperiosa necesidad de una transición generacional y de la flexibilización del sistema político.

Destruído el *reyismo*, don Venustiano se pasó al antirreleccionismo en 1910, fue cercano colaborador de Madero durante su exilio en San Antonio y llegó finalmente al gobierno de su estado natal, primero como interino y luego como gobernador constitucional, cargo desde el cual desconoció el régimen militar de Victoriano Huerta.

Convertido en el Primer Jefe de la Revolución, Carranza inventó un nuevo estilo de liderazgo y de gobierno, que le permitieron destruir al antiguo régimen, derrotar a los revolucionarios populares y sentar las bases jurídicas e institucionales del nuevo Estado. Sin embargo, este hombre, que legó a la nación la constitución vigente y la idea de que la ley es la herramienta fundamental de la organización social, murió asesinado en la madrugada del 21 de mayo de 1920.

32. ¿Cómo se firmó el Plan de Guadalupe?

Al atardecer del 25 de marzo de 1913, la columna rebelde mandada por Venustiano Carranza llegó a la hacienda de Guadalupe, situada en mitad de los desérticos llanos entre Saltillo y Monclova. Los fracasos sucesivos, el aparente aislamiento, las ganas de muchos jefes de operar por su cuenta lejos de la vista de don Venustiano, amenazaban con ahogar en su cuna a la Revolución. Tras baño, cena y sueño reparadores, tranquilos los nervios por la seguridad momentánea que el lugar ofrecía, mientras los jefes y soldados reposaban, caminaban, especulaban sobre el futuro inmediato, don Venustiano se encerró en la oficina de raya con su secretario Alfredo Breceda. El encierro fue largo y terminó con un imperativo llamado de trompeta a jefes y oficiales.

Los convocados fueron entrando al pequeño cuarto en que horas antes se encerrara Carranza con Breceda, quien puso en sus manos un pliego, diciéndoles que ése era el plan que debían firmar, el que se necesitaba para dar coherencia a la lucha. Se leyó el documento que, según uno de los presentes (el capitán Francisco J. Múgica), “Era conciso, breve e iletrado como su autor. En todo él sólo campeaba la idea legalista, motivo y principio de aquella campaña”. Tras un breve silencio, los oficiales expresaron a gritos su inconformidad y “empezaron las propuestas para agregar al proyecto lineamientos agrarios, garantías obreras, reivindicaciones y fraccionamientos de latifundios, abolición de deudas y abolición de tiendas de raya. La alga-

rabía era confusa en el pequeño ambiente de aquel cuarto histórico; las ideas se perdían en el espacio por el desorden con que eran emitidas, y entonces se propuso orden, método, serenidad y el nombramiento de una directiva que encauzara la discusión (...) La asamblea organizada tuvo un movimiento tumultuoso de acomodación dentro del estrecho recinto y empezó serena, reflexiva y patriota a dictar los principios y los fundamentos filosóficos que habían de explicar a la opinión de aquel entonces y a las generaciones futuras el fundamento de la lucha y las aspiraciones de los iniciadores”.

Pero Breceda, que conocía los pensamientos e intenciones de Carranza, salió del cuarto a avisar al gobernador, que se expresó de esta manera:

“¿Quieren ustedes que la guerra dure dos años, o cinco años? La guerra será más breve mientras menos resistencias haya que vencer. Los terratenientes, el clero y los industriales son más fuertes y vigorosos que el gobierno usurpador; hay que acabar primero con éste y atacar después los problemas que con justicia entusiasman a todos ustedes, pero a cuya juventud no le es permitido escoger los medios de eliminar fuerzas que se opondrían tenazmente al triunfo de la causa.”

Tras nuevas discusiones, prevaleció la opinión del hombre al que ese plan declaraba Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo, y con la promesa de formular el programa social al triunfo de la lucha, se aceptó aquel documento, que firmaron todos los presentes, oficiales de las fuerzas irregulares, entre los que destacaban Lucio Blanco, Cesáreo Castro, Jacinto B. Tre-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

viño, Andrés Saucedo, Agustín Millán, Francisco J. Múgica y otros que habrían de alcanzar poder y prestigio, o que morirían en los campos de batalla durante los meses siguientes.

33. ¿Quiénes secundaron en el noreste el llamado de Carranza?

Los firmantes del Plan de Guadalupe y otros oficiales irregulares que estaban en Monclova o en camino de esa ciudad, habrían de constituir el núcleo del Ejército del Noreste en la Revolución Constitucionalista y serían, salvo algunas excepciones, los más firmes y eficaces seguidores de don Venustiano. Destacan entre ellos, por su importancia, los generales Pablo González Garza, Antonio I. Villarreal, Francisco Murguía, Teodoro Elizondo, Cesáreo Castro, Luis Caballero, Francisco Coss, Jesús Agustín Castro, Jesús Carranza Garza, Lucio Blanco, Jesús Dávila Sánchez, Eulalio Gutiérrez, Cándido Aguilar y Jacinto B. Treviño.

Seis de esos catorce hombres nacieron en Coahuila, cuatro en Nuevo León (aunque dos de ellos vivieron años en Coahuila, igual que el nacido en Zacatecas), uno en Durango, uno en Tamaulipas y uno más en Veracruz (J. A. Castro, Caballero y Aguilar son los tres que no vivieron en Coahuila y Nuevo León). Además del común origen regional de once de ellos, salvo dos excepciones (J. A. Castro y Coss), todos habían sido empresarios o propietarios agrícolas antes de la Revolución, y estaban vinculados con las élites económicas regionales. Todos habían sido maderistas, menos Caballero y Treviño, y al menos la mitad se involucraron de diversas maneras con el PLM antes de 1906.

Si además de estos catorce hombres contamos a los cien jefes inmediatamente inferiores a ellos encontraremos esas mismas coincidencias y alguna otra igualmente interesante: la mitad eran coahuilenses o avencidados en ese estado y otros veinte de Nuevo León y Tamaulipas. Si se añaden media docena de maderistas capitalinos y casi diez zacatecanos y potosinos, quedan menos de quince de fuera del ámbito regional.

También encontramos entre ellos un buen número de empresarios agrícolas o hijos de familias importantes y acaudaladas, como Ernesto Santos Coy, Emilio Salinas, Juan Barragán, Francisco L. Urquizo, Andrés Saucedo, César y Anacársis López de Lara, Francisco González Villarreal, Fortunato Zuazua, los sobrinos de don Venustiano y muchos otros. Súmense los médicos, los abogados y los ingenieros, como Rafael Cepeda, Alberto Fuentes Dávila, Pablo A. de la Garza, David Berlanga, Jesús Garza Siller, Eleuterio Ávila, Daniel Ríos Zertuche o Vicente Dávila Aguirre. La dirección civil del constitucionalismo coahuilense tiene el mismo origen de clase: las biografías, la formación, las familias de Jesús Acuña, Gustavo Espinosa Mireles, José García Rodríguez o Eliseo Arredondo pertenecen también a los grupos dominantes de sus regiones. Por el contrario, apenas un par tenían militancia en las mutualidades obreras, Alfredo Breceda y Benecio López Padilla, a quienes podríamos sumar un dirigente que no brilló en el campo de batalla pero sí formó en el grupo: Jorge von Versen. No hay un solo peón de campo ni un solo pequeño propietario agrícola y, apenas media docena de trabajadores manuales asalariados, en su mayoría en los talleres del ferrocarril.

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Como hombres de la frontera, quien más, quien menos, todos tenían un arma larga —preferentemente un winchester 30-30 de repetición— y tenían a orgullo montar a caballo y también, heredaron casi todos apretadas redes de parentescos, compadrazgos y clientelismos forjadas durante el largo periodo de las guerras contra los indios nómadas: de alguna u otra manera, casi todos los jefes oriundos de Coahuila y Nuevo León estaban vinculados entre sí por esos lazos. Están plenamente identificados aquellos unidos directamente a Carranza: sería timbre de orgullo demostrar que uno era primo, consuegro, sobrino segundo, compadre, amigo de la hermana o cuate del sobrino de un señor al que los diccionarios e historias coahuilenses definen como uno de los hombres clave de la vida nacional; pero las redes son mucho más extendidas. Así, uno encuentra que el coronel José V. Elizondo era pariente cercano del general Teodoro Elizondo que, a su vez, era amigo y compadre de don Venustiano; que el general Antonio I. Villarreal era primo hermano del general Pablo González que, a su vez, era primo tercero de don Venustiano; o que el coronel Emilio Salinas era tío del coronel Alberto Salinas Carranza que, a su vez, era sobrino de don Venustiano.

34. ¿Quién fue Pablo González?

El hombre al que Venustiano Carranza dio el mando militar supremo en el nordeste, había nacido en Lampazos, N.L., en 1879. Era hijo de un próspero comerciante oriundo de Higuera, N. L. y como casi todos los jefes carrancistas del nordeste, descendía de las viejas familias criollas de

la región y tenía una amplia y extendida parentela entre las clases medias y las élites regionales. Huérfano a los tres años (padre y madre murieron en el lapso de pocos meses), Pablo quedó al cuidado de sus hermanos mayores, que costearon sus estudios elementales.

A los catorce años, Pablo se mudó con sus hermanos a la villa de Nadadores, Coahuila, donde empezó a trabajar en el molino del Puerto del Carmen, a diez kilómetros rumbo a Cuatro Ciénegas, propiedad del alemán Federico Miller. Luego de cuatro años de trabajar para don Federico, Pablo emigró a los Estados Unidos, donde trabajó como técnico y, a través de su primo hermano Antonio I. Villarreal, empezó a hacer propaganda magonista entre los braceros mexicanos y a apoyar económicamente al grupo de Flores Magón al menos hasta 1907, cuando regresó a México para casarse con la hija de su antiguo patrón y volverse el administrador, virtualmente dueño, del floreciente Molino del Carmen (de medio centenar de obreros), convirtiéndose en un hombre conocido en la región, cuando en 1909 dos parientes suyos, don Jesús Carranza Garza y don Cesáreo Castro Villarreal, vecinos de Cuatro Ciénegas, acomodados y de mediana edad, lo atrajeron a la campaña electoral de Venustiano Carranza, de la que, junto con ellos, transitó al antirreleccionismo. En 1911 se lanzó a la lucha armada en el Molino del Carmen con 60 hombres, muchos de los cuales, como Carlos Osuna, eran empleados suyos.

Debido a muchas de sus más señaladas acciones públicas, sobre todo el asesinato de Emiliano Zapata, del que fue autor intelectual, don Pablo siempre ha tenido mala prensa. Cobarde, torpe, banal, incompetente, men-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

tiroso, oportunista, desleal y otros adjetivos similares son comunes en las descripciones de don Pablo en los libros de historia. Sin embargo, la verdad es que sin tener la capacidad de convocatoria popular y organización o el arrojo de Francisco Villa, ni la intuición táctica y estratégica de Álvaro Obregón, Pablo González obtuvo muchos y muy importantes triunfos para el constitucionalismo. Sus derrotas en Coahuila en 1913 se debieron a situaciones que impedían casi cualquier posibilidad de triunfo ante las cuales, sin embargo, cumplió sobradamente con las instrucciones de Carranza, atrayendo al centro de Coahuila gruesos contingentes militares, permitiendo así el crecimiento de la Revolución en otras regiones. Lo que está fuera de toda duda es que cuando Carranza puso a sus órdenes miles de hombres para acabar con la rebelión zapatista, en Morelos era casi unánimemente aborrecido.

35 ¿Qué fue la “larga marcha” de Carranza?

Carranza y los coahuilenses empezaron la revolución prácticamente solos, pero pronto supieron que numerosos maderistas en todo el país (sobre todo en Chihuahua y Durango) declaraban la guerra a Huerta. En abril quedó claro que los poderes de Sonora, que dominaban militarmente casi todo ese estado, secundarían la actitud de don Venustiano y, como los sonorenses estaban divididos entre sí por pugnas irreconciliables, obsequiaron a Carranza con la representación federal y el manejo de la mayoría de los recursos del estado. Más aún, el reconocimiento de la Legislatura, la única que, conforme al Plan de Guadalupe,

seguía funcionando legítimamente, sentaba un precedente esencial para las aspiraciones del Primer Jefe. Carranza, quizá el único que entendió todos los alcances políticos de ambas medidas, decidió abandonar Coahuila, donde cada vez tenía menos espacio y recursos, asediado como estaba por poderosos contingentes huertistas, y pasar a Sonora.

Al decidir la marcha a Sonora, don Venustiano pudo haber cruzado de incógnito la frontera en Piedras Negras, para viajar en ferrocarril hasta Nogales, Arizona y, cruzando nuevamente la frontera, presentarse en Hermosillo uno o dos días después. Pero negándose terminantemente a salir del país, declarando que el jefe de la Revolución no podía ni debía abandonar el territorio nacional, decidió emprender el viaje por tierra. Para ello, decidió aceptar la invitación que le hicieron algunos enviados de los rebeldes de La Laguna para que los mandara personalmente en el asalto a la plaza de Torreón. A mediados de julio de 1913 don Venustiano abandonó su región natal, dando a don Pablo González su nombramiento como jefe de la Revolución en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas (olvidando en sus prisas que ya había extendido un despacho semejante, como jefe de la Revolución en Nuevo León y Tamaulipas, a favor de Lucio Blanco); le ordenó que resistiera el mayor tiempo posible sobre la vía de Monclova a Piedras Negras, para seguir atrayendo al centro de Coahuila al mayor número posible de federales; y él, con una pequeña escolta, salió hacia Torreón.

Al frente de los rebeldes laguneros y los guerrilleros de Durango, Don Venustiano atacó Torreón los días 22 al 30 de julio cuando hubo que suspender el ataque, porque

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

habían fallado todas las instrucciones de Carranza y el enemigo seguía en sus fuertes posiciones. Los jefes duranguenses, de origen eminentemente popular, muy distintos de los hombres a los que Carranza estaba acostumbrado a mandar, con trayectorias y aspiraciones que los hacían aceptar muy a regañadientes el remoto liderazgo nacional de Carranza, a quien consideraban que no le debían nada, no estaban satisfechos con el tipo de disciplina que el Primer Jefe quiso imponerles de un día para otro, ni con sus disposiciones, que consideraron desacertadas. De hecho, según un testigo altamente confiable, para el ataque general, pensado como definitivo, del 30 de julio, Carranza tuvo que regresar el mando efectivo del ataque al general Tomás Urbina. Finalmente, el 31 de julio las fuerzas atacantes se retiraron: Contreras y Pereyra a Pedriceña, sobre el ferrocarril a Durango; Urbina a Mapimí y los laguneros a San Pedro de las Colonias y Matamoros, Coahuila. El Primer Jefe se embarcó en ferrocarril a Durango.

Durango era la primera capital estatal conquistada por los revolucionarios (los jefes campesinos o populares Tomás Urbina, Calixto Contreras, Orestes Pereyra y Domingo Arrieta), pues Hermosillo siempre estuvo en manos de los enemigos de Huerta (de hecho, de momento eran las dos únicas capitales en manos de la Revolución). El 4 de agosto, don Venustiano llegó a Durango, donde lo recibió el gobernador Pastor Rouaix, impuesto por los rebeldes populares, y lo reconoció formalmente como Primer Jefe. De ahí partió a Canatlán, donde el 10 de agosto dictó un par de disposiciones por las que se reprendía indirectamente a Urbina y los otros jefes populares por el saqueo de Du-

rango, en junio anterior. Camino a Parral, pasó por Nieves, Durango, donde pidió ayuda a Urbina para su viaje y éste, que tenía más de 2,000 hombres bien armados y montados, le dio una mala yegua y sesenta pesos. En Parral lo recibieron los generales Maclovio Herrera y Manuel Chao, que dominaban la zona desde varios meses atrás, quienes le dieron elementos para la travesía por la sierra Tarahumara. Con una escolta de 120 hombres, Carranza partió de Parral, pasando por Santiago Papasquiario, Durango, y Guadalupe y Calvo, Chihuahua, para llegar (“en harapos y hambrientos”, dice un testigo) a Chinibampo, Sinaloa, el 12 de septiembre, dos meses después de su partida de Cuatro Ciénegas.

Ahí lo recibió el general Álvaro Obregón con quien, de camino a Hermosillo, tejió una alianza política que habría de resultar fundamental.

36. ¿Quiénes y cómo repartieron la hacienda de Los Borregos?

En el verano de 1913 no había caudillo militar de la Revolución que pudiera competir en presencia, prestigio y poder con el general Lucio Blanco. Álvaro Obregón tenía a sus órdenes contingentes más numerosos y acababa de ganar las célebres batallas de Santa Rosa y Santa María, pero su mando aún era discutido y estaba sometido a los directores políticos de la Revolución en Sonora. Emiliano Zapata se había ganado el respeto de numerosos militantes agraristas, pero había sido desalojado de su base de operaciones, el estado de Morelos, y pugnaba por hacerse un nuevo es-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

pacio en Guerrero. Pancho Villa, en fin, no era entonces otra cosa que un afortunado jefe de banda, con menos de mil hombres a sus órdenes.

En cambio, Lucio Blanco tenía varios miles de hombres a sus órdenes, una aureola de prestigio y carisma incomparables, y una zona liberada sobre la que ejercía un control casi absoluto, con poca o ninguna injerencia de don Venustiano Carranza o cualquier otro jefe civil de la Revolución. Algunas de sus acciones en la zona bajo su mando lo harían famoso en todo el país, pero todo el poder y el prestigio que acumuló se desvanecieron como por encanto y tuvo que reiniciar su carrera militar a mil kilómetros de distancia, donde nadie lo conocía.

Lucio tomó Matamoros en julio de 1913, luego de una larga marcha que lo llevó ahí desde Guadalupe, Coahuila, donde fue uno de los formantes del Plan de ese nombre. Y luego, dueño del floreciente puerto, Blanco se encerró en él sin combatir durante largos meses, dormido en el prestigio de sus laureles y gozando de una vida regada. Celebró su ascenso a general con una orgía que dio inicio a una serie de borracheras y fiestas casi interminables en las que se gastaban recursos que otros jefes exigían para continuar la lucha. Además desobedeció órdenes expresas de Venustiano Carranza para colaborar en la campaña con Pablo González y Jesús Carranza.

Pero no se dedicaba sólo a holgar: junto con el mayor Francisco J. Múgica planeaba un acto político espectacular: el reparto parcial de la hacienda La Sauteña, que con sus anexos, abarcaba el 10% del territorio de Tamaulipas de cuyos dueños se decía que eran prestanombres de Por-

firio Díaz y de su sobrino Félix, propietario de un anexo de la hacienda llamado Los Borregos, que fue la porción que finalmente se repartió.

Al repartir esas tierras, Lucio causó un profundo disgusto a Carranza, ya resentido por la inmovilidad de los contingentes concentrados en Matamoros. Don Venustiano consideró que con ese acto, Lucio violaba los términos del Plan de Guadalupe y, lo que era más grave, pasaba por encima de su autoridad. Pero, por otro lado, se ganó el respeto y la simpatía de muchos revolucionarios jóvenes, tanto los reunidos en Matamoros como, sobre todo, los que separados por grandes distancias de ese puerto, vieron agigantarse por el rumor y sus propios deseos el acto efectivo que, en sí, consistió en el reparto de 151 hectáreas a doce campesinos. Sin embargo, la importancia estribó no en lo repartido, sino en el precedente sentado y en las modalidades del reparto que creaba una especie de propiedad protegida por la figura de “patrimonio familiar”.

También fue importante por el sentido político que se le dio al acto, pues en la ceremonia de entrega de los títulos de propiedad, el 30 de agosto, Lucio leyó un manifiesto en el que decía que, por fin, luego de tres años de lucha, “la Revolución comienza a orientarse en la manera de resolver uno de los grandes problemas. La repartición equitativa de la tierra”. Expuso que la tierra había sido acumulada por unos cuantos terratenientes porque la dictadura de Díaz así lo había permitido, “otorgando concesiones monstruosas a favoritos y especuladores”, mermando la riqueza de la patria y “matando el impulso de los humildes”.

“Arrancada la tierra por la fuerza de las armas a los despojadores de ella, a los que, bajo un gobierno tiránico

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

como el del general Porfirio Díaz, usurparon derechos y violaron prerrogativas sagradas, va a volver de nuevo a nuestro pueblo: a los humildes, a los desheredados, para que bajo la influencia de una legislación apropiada y liberal, que dictará el gobierno emanado de la Revolución, puedan transformar, con el empeño noble de su trabajo constante, los campos incultos del país, en centros de activa producción y de riqueza.”

37. ¿Cómo empezó la Revolución Constitucionalista en Sonora?

El 5 de marzo de 1913 los poderes del estado libre y soberano de Sonora, a la cabeza de los cuales estaba el gobernador constitucional interino, Ignacio L. Pesqueira, desconocieron al gobierno federal presidido por Victoriano Huerta, considerado por los sonorenses como usurpador por haber llegado al poder mediante un golpe militar, pasando luego sobre la vida de los que habían sido los jefes de la nación hasta su forzada renuncia, el 19 de febrero de ese año: don Francisco I. Madero y don José María Pino Suárez.

Al enterarse del cuartelazo que derribó a Madero y del inmediato asesinato del presidente depuesto, el gobierno sonorenses, emanado de la misma revolución que había llevado a Madero a Palacio Nacional, empezó a prepararse para responder con las armas en la mano a la usurpación, pero la ruptura formal con los poderes federales se retrasó debido a una serie de circunstancias adversas, entre las que hay que destacar la solicitud de licencia del gobernador José María Maytorena y el hecho de que todos los go-

biernos estatales, con excepción del de Coahuila, fueran reconociendo el nuevo orden de cosas.

Finalmente, el 4 de marzo el gobernador Pesqueira sometió al Congreso Local una iniciativa de ley para desconocer al gobierno de Huerta. Según ese documento, la necesidad de tan peligroso paso, “además de responder a un sentimiento honrado y patriótico, se apoya legalmente en los textos de la carta fundamental de la República”, es decir, en la Constitución de 1857. Los diputados sonorenses aprobaron esta iniciativa, dándole fuerza de ley, el día siguiente, 5 de marzo.

Inmediatamente, las fuerzas revolucionarias de Sonora empezaron su campaña contra las tropas federales que resguardaban las ciudades de la frontera con los Estados Unidos, empezando así una victoriosa campaña que haría famosos los nombres de los jefes de las fuerzas sonorenses, como Salvador Alvarado, Manuel M. Diéguez, Benjamín Hill, y muchos otros, siendo el primero de todos, el futuro presidente de la República, Álvaro Obregón Salido.

38. ¿Qué fue el “Grupo Sonora”?

Llamamos “Grupo Sonora” a los políticos y militares que durante los años revolucionarios se agruparon en torno de cuatro políticos oriundos de aquel estado, y que gobernaron al país entre 1920 y 1935: los cuatro jefes del grupo eran los generales Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Benjamín Hill, y el político civil Adolfo de la Huerta; y formaron parte del mismo otros hombres nacidos o radicados en Sonora, como Manuel M. Diéguez, Salvador Alvarado,

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Francisco Serrano, Francisco R. Manzo, Arnulfo Gómez, Juan de Dios Bojórquez, Roberto Pesqueira, Roberto Cruz, Abelardo L. Rodríguez y otros, así como otros que no nacieron ni se formaron en el noroeste del país, como Aarón Sáenz, Alberto J. Pani, Joaquín Amaro o Amado Aguirre.

Durante la Revolución, estos hombres se distinguieron por sus dotes militares pero también por su pragmatismo político y su capacidad de adaptación. Ciertas tradiciones de Sonora y la forma en que libraron la guerra contra Huerta parecen dar las claves de su victoria: a fin de cuentas, los sonorenses fueron los verdaderos vencedores de la Revolución Mexicana y cuatro de ellos llegarían a la Presidencia de la República.

39. ¿Quién fue Álvaro Obregón?

Álvaro Obregón Salido, el invicto caudillo militar de la Revolución Mexicana, nació en la hacienda de Siquisiva, municipio de Huatabampo, Sonora, en 1880. Creció en la cuenca del río Mayo, donde adquirió el amor a la tierra bien trabajada que en sus años de gloria lo llevó a impulsar el desarrollo agroindustrial del sur de Sonora. En su juventud fue mecánico, operario de maquinaria agrícola y agricultor, hasta involucrarse con el maderismo en 1910 aunque no con las armas en la mano. No obstante, el destacado papel que su pariente y amigo Benjamín Hill jugó en la Revolución, le permitió ser electo presidente municipal de Huatabampo, lo que en 1912 le llevó a levantar un batallón de voluntarios para combatir a los rebeldes antimaderistas.

Así empezó su fulgurante carrera militar: tomó parte en la campaña contra el *orozquismo* en Sonora y Chi-

huahua, en la que fue distinguido por sus jefes y llamó la atención por sus innatas cualidades militares. Gracias a eso, cuando en 1913 los poderes de Sonora se negaron a reconocer al gobierno de Victoriano Huerta, Obregón fue puesto al frente de la Sección de Guerra de Sonora.

De marzo de 1913 a agosto de 1914 las fuerzas de Sonora mandadas por Obregón, que unidas a las de otros estados se convirtieron en el Cuerpo de Ejército del Noroeste, avanzaron victoriosamente desde la frontera norte hasta la Ciudad de México, contribuyendo notablemente a la caída del régimen de Huerta.

Tras la escisión revolucionaria, Obregón siguió siendo leal al constitucionalismo, cuyo Primer Jefe, don Venustiano Carranza, le dio el mando militar supremo. Al frente del Ejército de Operaciones, Álvaro Obregón avanzó desde el puerto de Veracruz hasta el Bajío, donde derrotó a la poderosa División del Norte en las dos batallas de Celaya, la de Trinidad y la de Aguascalientes. En el transcurso de la tercera de esas batallas perdió su brazo derecho, no en Celaya, como comúnmente se cree, sino en Santa Ana del Conde.

Luego de la derrota del villismo, Obregón fue por un tiempo secretario de Guerra, y apoyó a los jóvenes revolucionarios que en el Congreso Constituyente impulsaron los artículos de mayor contenido social de nuestra Carta Magna. En 1919 lanzó su candidatura a la Presidencia y recorrió el país en una exhaustiva campaña electoral, en medio de la cual numerosos jefes militares se levantaron en armas contra el gobierno de Venustiano Carranza, rebelión que terminó con el asesinato del presidente y el ascen-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

so al poder de Adolfo de la Huerta, partidario de Obregón y jefe de la rebelión.

En 1920 Obregón tomó posesión de la Presidencia, y su mandato se señaló por el inicio de la reconstrucción nacional y la puesta en vigor de algunas importantes reformas sociales emanadas de la Revolución, así como la capacidad de sus colaboradores, pero este ímpetu se frenó en diciembre de 1923, cuando una parte importante del Ejército se levantó en armas para frenar la candidatura presidencial de Plutarco Elías Calles, a quien Obregón apoyaba.

Vencida la revuelta luego de una campaña militar en que brilló otra vez su genio militar, Obregón aparentó retirarse de la política, pero sus partidarios impulsaron una reforma constitucional que le permitió contender una vez más por la suprema magistratura y ganar las elecciones de 1928, aunque no volver a la Presidencia, pues fue asesinado el 17 de julio de aquel año.

40. ¿Cuáles fueron las grandes batallas del Ejército del Noroeste?

Recién declarada la guerra contra el gobierno de Huerta, mediante una serie de hábiles maniobras, los sonorenses limpiaron de federales la frontera de Sonora y de inmediato volvieron hacia el sur, pues importantes contingentes federales habían desembarcado en Guaymas y avanzaban hacia Hermosillo.

El 8 de mayo de 1913, las fuerzas revolucionarias de Sonora, mandadas por el todavía coronel Obregón, con-

tuvieron a los federales en la estación Santa Rosa, y once días después, en Santa María, la columna federal fue despedazada. En estas dos batallas, sobre todo la segunda, apareció el genio militar de Obregón, que antes de entablar batalla había reducido fríamente las posibilidades combativas del enemigo, realizando una serie de maniobras ignoradas o imprevisibles para el mando federal. Con esas batallas, los revolucionarios aseguraron el control del estado de Sonora, salvo el puerto de Guaymas, que quedó sitiado por las fuerzas yaquis del general Salvador Alvarado, hasta la caída del régimen de Huerta.

Al frente de las columnas principales, Obregón se internó en el estado de Sinaloa y unido con los revolucionarios de ese estado, puso sitio a Culiacán. Siguiendo su costumbre, Obregón estudió cuidadosamente el terreno y las posiciones enemigas antes de ordenar que empezaran los combates, el 9 de noviembre. Cinco días después, el día 14, la capital sinaloense había caído en sus manos. Como en todas sus batallas, las bajas habían sido mínimas y esta vez la victoria fue muy bien explotada, pues el enemigo fue perseguido y diezmado por los hombres de los generales Manuel M. Diéguez y Lucio Blanco, jefe coahuilense recién incorporado a las fuerzas del Noroeste.

Tras sitiar Mazatlán que, igual que Guaymas, no sería tomada a viva fuerza debido a la protección de la artillería pesada de las cañoneras de la armada, las fuerzas de Diéguez y Blanco, junto con las del sinaloense Rafael Buena, limpiaron de federales el sur de Sinaloa y el territorio nayarita. Finalmente, ya en 1914, los revolucionarios del noroeste cruzarían la Sierra Madre para presentarse fren-

te a Guadalajara, en cuyas cercanías Obregón cosecharía una de las mayores victorias de su carrera: la batalla de Orendáin y El Castillo, librada los días 6 al 8 de julio.

41. ¿Cómo empezó la Revolución Constitucionalista en Chihuahua?

Entre los gobernadores maderistas, ninguno tenía mayor prestigio que el de Chihuahua, don Abraham González Casavantes, tanto por la importancia que su estado había tenido en la Revolución de 1910, como porque había sido secretario de Gobernación en los primeros meses del gobierno de Madero y, también, porque era de los maderistas urbanos y clasemedieros con mayor sensibilidad hacia los problemas sociales; pero aunque don Abraham intentó responder al cuartelazo de Huerta con la misma energía que Carranza, fue rápidamente neutralizado por el jefe de la guarnición federal y asesinado el 7 de marzo por los agentes de Huerta.

El presidente espurio creyó que había eliminado cualquier posible liderazgo real en aquel estado, máxime cuando Pascual Orozco se sometió al nuevo gobierno, al que ofreció toda la fuerza de su brazo y su aún grande popularidad; se creía también que el número de las fuerzas federales acantonadas en el estado (que sumaban más efectivos que las que había en ese momento en Coahuila y Sonora juntas) bastaban y sobraban para reprimir cualquier brote rebelde. Pero en dos o tres semanas había ya gruesas y beligerantes guerrillas.

Como en 1910, la rebelión surgió en el campo y muy pronto casi todas las poblaciones de cierta importan-

cia que carecían de una fuerte guarnición federal cayeron en manos de los variopintos grupos rebeldes. Estos repitieron el patrón de levantamiento popular de 1910, pero con mayor efectividad y rapidez, pues además de que ya conocían el camino y no pocos de ellos estaban encuadrados en regimientos irregulares, ahora tenían más experiencia y confiaban en sus dirigentes regionales. Pronto estaban al frente de activas y peligrosas partidas Pancho Villa, Toribio Ortega, Tomás Urbina, Maclovio Herrera, Manuel Chao y Rosalío Hernández, a quienes seguían una cauda nada despreciable de jefes de menor importancia. Cada una de estas partidas se levantó en armas por su cuenta, y por su cuenta hizo la guerra durante los primeros meses, sin que se reconociera más liderazgo que el nacional de Venustiano Carranza. Es importante señalar que, a diferencia de los de Sonora y Coahuila, casi todos estos jefes eran de extracción rural y popular.

42. ¿Cómo nació la División del Norte?

En la madrugada del 29 de septiembre de 1913, en la hacienda de La Loma, Durango, se reunieron algunos revolucionarios de Chihuahua, encabezados por Pancho Villa, Maclovio Herrera, Toribio Ortega y otros de los jefes guerrilleros que tenían bajo su control casi todo el territorio de ese estado, con los duranguenses Tomás Urbina, Calixto Contreras y Orestes Pereyra, caudillos populares que controlaban casi todo el territorio de ese estado, incluida la ciudad capital que tomaron a sangre y fuego el mes de junio. También se presentaron seis coroneles que tenían

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

el mando de los revolucionarios de la Comarca Lagunera: Eugenio Aguirre Benavides, Juan E. García, José Isabel Robles, Sixto Ugalde Guillén, Raúl Madero González y Benjamín Yurjar.

Los principales jefes se reunieron en la casa grande de la hacienda, y Pancho Villa, quien los había convocado en ese lugar para planear el ataque a la cercana ciudad de Torreón, tomó la palabra diciendo que las necesidades de la campaña exigían la unificación de todas esas fuerzas bajo un mando común, por lo que proponía que de inmediato se eligiera, de entre los presentes, a un jefe que asumiera dicha responsabilidad, para lo cual Pancho Villa se proponía a sí mismo, o a Tomás Urbina y Calixto Contreras como opciones alternativas.

Siguieron en el uso de la palabra varios de los presentes sin hacer otra cosa que darle vueltas al asunto, hasta que el coronel Juan N. Medina explicó claramente la situación, mostrando que cuanto podía alcanzarse mediante la lucha guerrillera se había alcanzado ya, y que era llegado el momento de pasar a la guerra regular o estancarse y ceder la iniciativa al enemigo, y la guerra regular, dijo, requería una organización superior y una indiscutible unidad de mando.

A la exposición de Medina siguió un instante de silencio que interrumpió el general Calixto Contreras, quien se puso de pie y tras rechazar su candidatura por no considerarse capacitado para asumir la enorme responsabilidad que el nuevo mando implicaba, resaltó, como contó después un testigo presencial, “el prestigio del general Villa, como hombre de armas y experiencia, indiscutible valor y

capacidad organizadora y pide a todos que reconozcan a Francisco Villa como jefe de la División del Norte”. Entonces terminaron las vacilaciones y todos a una voz y sin mayores discusiones, aclamaron a Pancho Villa como jefe.

Así nació la División del Norte y, con ella, apareció en escena el villismo como movimiento revolucionario autónomo y con características propias.

43. ¿Quién fue Francisco Villa?

Doroteo Arango Arámbula nació en el rancho La Coyotada, municipio de San Juan del Río, Durango, en 1878. Su padre era mediero en las haciendas de la familia López Negrete, una de las más acaudaladas de Durango, y él mismo trabajó la tierra hasta que se echó al monte a los 16 años, según la leyenda, cultivada por el mismo Villa, porque el patrón, don Agustín López Negrete, intentó violar a su hermana, aunque ya apuntaba John Reed en 1914, “es más probable que la causa haya sido la insoportable altanería de Villa”. La leyenda construida en los años de gloria de Pancho Villa lo pinta en esos años como un Robin Hood de las sierras de Durango, pero la evidencia lo muestra como un bandido de poca monta que más de una vez conoció la cárcel y que pasó unos meses como recluta en el Ejército.

Hacia 1901, luego de desertar del Ejército, Doroteo Arango, que ya se hacía llamar Francisco Villa, se trasladó al vecino estado de Chihuahua, aunque carecía ahí de la red de contactos pacientemente tejida en la región de las llanuras del centro y norte de Durango, porque su nombre empezaba a ser demasiado conocido en sus lares natales.

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

En Chihuahua realizó actividades legales, tanto la muy humilde de peón de albañil, como la audaz y respetada de conductor de metales preciosos desde la sierra hasta las estaciones del ferrocarril, combinándola con el robo de ganado vacuno, que para muchos rancheros de Chihuahua implicaba una elemental retribución de la acumulación de tierras perpetrada por los hacendados. También era gallero y criador de caballos, lo que le daba gran prestigio y le permitió tejer una tupida red de amistades y compadrazgos entre los rancheros de Chihuahua.

En 1910, cuando don Abraham González lo invitó a participar en la Revolución como capitán, Pancho Villa tenía 32 años. Era un jinete infatigable y diestrísimo, infalible tirador de pistola y magnífico conocedor de las sierras, parajes y caminos del sur y occidente de Chihuahua. Había dirigido a pequeños grupos de hombres armados, lo mismo abigeos que arrieros de las minas. Era de buena presencia y de fácil trato, salvo en sus momentos de cólera, que podían ser terribles. Odiaba con encono (de hecho, su odio por los hacendados de Durango parece ser una de las principales causas que lo llevó a la lucha armada) y apreciaba el valor y la lealtad como virtudes cardinales. Era decidido y poseía una inagotable energía. No fumaba ni bebía, pero era extremadamente mujeriego. Tenía una inteligencia natural poco común, muy aguda, pero muy escasamente cultivada: aún se discute si para 1910 sabía leer y escribir o aprendió esas artes en la cárcel, en 1912. Todo esto indica que varias de sus características como jefe militar podían presuponerse en su experiencia anterior, pero sus verdaderas cualidades carismáticas como conductor de hombres, como caudillo revolucionario, sólo aparecerían en la lucha.

44. ¿Quiénes fueron los “Dorados”?

A diferencia de lo que comúnmente se cree, los “Dorados” no eran todos los villistas, sino solamente un centenar de oficiales escogidos que integraban la escolta personal del Centauro del Norte. Los antecedentes directos de la Escolta Personal del general en jefe (“Dorados”), están en el Cuerpo de Guías de la Brigada Villa, que mandó hasta su muerte el capitán Encarnación Márquez, de San Andrés, Chihuahua. Luego fue el serrano Pancho Sáenz el jefe del Cuerpo. Ya ocupada Chihuahua, en enero de 1914 el general Villa seleccionó personalmente, de las distintas brigadas, a 99 oficiales famosos por sus hazañas en combate y que además de su valor se distinguieran por sus capacidades, resistencia y, sobre todo, por su lealtad. Con ellos se formaron tres secciones mandadas cada una de ellas por un capitán primero. El primer jefe de la Escolta, que ajustaba el número 100, fue el valiente coronel de la sierra de Chihuahua Jesús M. Ríos, y entre los oficiales escogidos para la primera hornada de “Dorados” estaban Nicolás Fernández, Candelario Cervantes, Martín López, Manuel Baca, José I. Prieto, Pedro Luján, Juan B. Vargas y otros oficiales famosos por su valor. Cuenta Juan B. Vargas:

“La misión especial de la Escolta consistía en proporcionar guardia al general Villa, general en jefe, dondequiera que se estableciera el cuartel general, y servirle de escolta personal. En campaña y principalmente en los combates desempeñaba la misión de un cuerpo de ayudantes del comandante en jefe, pero muchas veces fue lanzada como

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

catapulta sobre el enemigo para coronar el éxito de una victoria. Era algo así como una pequeña guardia imperial, semejante a la que usaba *le petit caporal* para remachar con broche de oro alguna de sus brillantes batallas”.

Los hombres que integraban la escolta eran experimentados y valientes, y de ellos surgieron generales afamados. Transmitían órdenes verbales a los jefes de las corporaciones, que se tomaban como si vinieran del propio general en jefe; cooperaban para hacer entrar en combate en orden a las fuerzas de la División; en los avances de la División se distribuían por grupos en las brigadas para formar un cuerpo permanente de enlace con el Cuartel General; y al mismo tiempo tenían como misión más delicada escoltar y darle seguridad a Villa. Eran tan eficaces y afamados que muchas veces bastaba su sola presencia para intensificar las acciones de guerra en un punto dado: eran la élite de la oficialidad villista, una verdadera punta de lanza y un cuerpo que adquirió estatura legendaria.

45. ¿Cómo gobernó Chihuahua Francisco Villa?

A la ranchera, como resume el excepcional testigo John Reed. En todo caso, tendríamos que preguntar cómo fue que un peón semi-analfabeto, antiguo bandolero, llegó a dirigir los destinos del estado más grande y uno de los más ricos de México: una brillante campaña militar le permitió a Villa derrotar a las fuerzas federales de Chihuahua y a sus aliados irregulares, mandados por el audaz y decidido Pascual Orozco. Pancho desfiló triunfalmente en la ciudad de Chihuahua el 8 de diciembre de 1913, haciéndose nom-

brar gobernador de un estado que llevaba tres años de una guerra que había destruido buena parte de sus bases económicas. Faltaban trabajo, alimento y dinero circulante.

Pancho Villa había palpado los sentimientos de desilusión y amargura que numerosos revolucionarios experimentaron tras los Acuerdos de Ciudad Juárez y por lo poco que obtuvieron durante el gobierno maderista, y sabía que tenía que ofrecer resultados concretos a las demandas populares, sin enajenarse la simpatías de los sectores maderistas de la clase media. Para enfrentar los retos que suponía la administración de un estado enorme y complejo, Villa formó su gobierno con intelectuales maderistas que resolvían los problemas prácticos, sin quitarle nunca el poder de decisión.

Una vez organizado el gobierno y resueltas las necesidades más apremiantes, el 12 de diciembre Pancho Villa publicó un documento espectacular y de hondas repercusiones, algunas de ellas inmediatas: el “Decreto de confiscación de bienes de los enemigos de la Revolución”, que entregaba al gobierno revolucionario las inmensas riquezas de la oligarquía agrupada en torno a los gobernadores porfiristas Luis Terrazas y Enrique Creel (yerno del anterior, que también fue secretario de Relaciones Exteriores).

Al triunfo de la causa, decía el decreto, una ley reglamentaria determinaría lo relativo a la distribución de esos bienes que, en tanto, serían administrados por el Banco del Estado, creado por otro decreto del mismo día, con esos bienes como garantía de capital. Esos recursos, administrados por revolucionarios de confianza, permitieron financiar el aparato militar villista así como su política so-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

cial, durante los dos años que la División del Norte dominó Chihuahua.

Pancho Villa expulsó a los españoles, persiguió la especulación y el bandolerismo, encabezó un multitudinario acto de reivindicación de Abraham González, cuyos restos fueron exhumados para enterrarlos en un mausoleo en el panteón de Chihuahua. En fin: gobernaba “a la ranchera”, convencido de que las artes y prácticas del gobierno eran “extraordinariamente innecesarias y enredosas”. Sus colaboradores, sobre todo Silvestre Terrazas, Sebastián Vargas y Manuel Chao, se encargaban de darle forma a sus decisiones. De esa manera trazó la política revolucionaria de Chihuahua, que sería la base del proyecto villista. Al mismo tiempo Chihuahua estaba recuperando la paz perdida, en parte como resultado de la popularidad de las acciones antes reseñadas y en parte también por la creciente potencia de fuego y la movilidad de las columnas villistas enviadas a perseguir a los orozquistas, magonistas y meros bandidos, que en la segunda quincena de diciembre fueron rindiéndose en masa.

El 7 de enero de 1914, poco más de cuatro semanas después de convertirse en gobernador de Chihuahua, Pancho Villa renunció en respuesta a una “sugerencia” del Primer Jefe, quien le pidió que resignara esa responsabilidad en Manuel Chao. Villa entregó el gobierno y salió a Ojinaga a acabar con el último bastión huertista del estado, para dedicarse, al regresar, a la organización del Ejército. Ahora bien, con la renuncia al gobierno del estado no cedía Villa el poder real, asegurado por su mando militar y porque había promulgado un decreto según el cual, el poder residía en última instancia en el mando militar.

46. ¿Cuáles fueron las grandes batallas de la División del Norte?

Pancho Villa fue un exitoso comandante guerrillero entre marzo y octubre de 1913, lo que le permitió convocar a varios jefes populares de Chihuahua, Durango y La Laguna para dar vida a la División del Norte, pero fue la toma de Torreón, entre el 29 de septiembre y el 1° de octubre de 1913, lo que ratificó su autoridad, puesta duramente a prueba en la campaña de Chihuahua, consistente en el fracasado intento de tomar a sangre y fuego la capital del estado, los días 5 a 8 de noviembre; la toma de Ciudad Juárez mediante su famoso “tren troyano”, en la noche del 14 al 15 de noviembre; la entrada triunfal a Chihuahua, el 8 de diciembre; y la destrucción de los últimos contingentes federales y orozquistas del estado, en la batalla de Ojinaga, librada el 10 de enero de 1914.

Con los enormes recursos expropiados a la oligarquía de Chihuahua, Pancho Villa construyó un poderoso ejército que, a diferencia de los de Sonora y Coahuila, seguía siendo un ejército revolucionario cuyos jefes estaban íntimamente vinculados a sus bases sociales. De ese modo, al frente de 20,000 entusiastas voluntarios bien armados, Pancho salió de Chihuahua en marzo para conquistar la Comarca Lagunera. Entre el 20 de marzo y el 13 de abril de 1914 los soldados villistas combatieron sin descanso en una larga batalla de posiciones que pasó a la historia con el nombre de batalla de Torreón y batalla de San Pedro de las Colonias, aunque en realidad se trató de una sola acción

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

de armas. En esos cruentos combates, los villistas derrotaron en el campo de batalla a los mejores comandantes del Ejército Federal y destruyeron dos poderosas divisiones que sumaban más de 22,000 soldados: la mayor concentración de hombres y poder de fuego hecha por el gobierno de Huerta para resistir a la Revolución.

Conquistada La Laguna, los villistas se preparaban a marchar rumbo al sur, pero Carranza les pidió que tomaran Saltillo. Los jefes populares de la División del Norte discutieron esa orden, pues veían en ella la mala fe que don Venustiano empezaba a cultivar contra ellos, pero Villa cortó de tajo la discusión diciendo:

“—Bueno, vamos a darle gusto al Jefe. El Jefe quiere que le tomemos Saltillo, pues vamos a tomársela en el acto...”

Había en la región de Saltillo 15,000 huertistas mandados por Joaquín Mass, de los que 5,000 estaban destacados en la estratégica estación de Paredón. Para el general Felipe Ángeles, ameritado y pundonoroso militar de carrera incorporado al villismo, la presencia de esos 5,000 hombres en Paredón carecía por completo de sentido, y recomendó una sigilosa marcha que permitiera a parte de los villistas caer sorpresivamente sobre las posiciones federales, mientras fuerzas de caballería ligera cortaban la retirada de los mismos.

Los movimientos previos permitieron que, el 17 de mayo de 1914, ocho mil jinetes realizaran la carga de caballería más espectacular de la Revolución, despedazando a los federales en menos de media hora. Las restantes fuerzas huertistas evacuaron Saltillo más que aprisa y el 20

de mayo el general villista José Isabel Robles entró en la capital de Coahuila sin disparar un tiro.

47. ¿Cómo fue la batalla de Zacatecas?

El 23 de junio de 1914 los revolucionarios de la División del Norte tomaron la ciudad de Zacatecas, en la que resultó ser la batalla decisiva de la Revolución Constitucionalista.

La batalla de Zacatecas es la más famosa (aunque no la mayor) de las que tuvieron lugar durante la revolución popular contra el gobierno usurpador de Victoriano Huerta. Zacatecas era una antigua ciudad minera situada en el fondo de una profunda barranca, y que impresionó por su gran belleza a los ejércitos que en ella se concentraron para defenderla o atacarla. 30,000 habitantes tenía Zacatecas, un número menor al de los soldados que iban a combatir por su posesión: unos 15,000 federales contra más de 20,000 revolucionarios.

En la vieja ciudad el gobierno apostó al último gran ejército que pudo reunir para detener el incontenible avance de la División del Norte, comandada por Francisco Villa, que en las semanas anteriores había ganado terribles batallas destruyendo a tres ejércitos federales, y que ahora se movía hacia el corazón de la República.

Los generales Felipe Ángeles y Tomás Urbina, lugartenientes de Villa, diseñaron el plan de la batalla, y el 22 de junio las fuerzas revolucionarias tomaron sus posiciones alrededor de la ciudad y frente a los cerros fortificados por los federales.

A las diez de la mañana del 23 de junio los villistas atacaron simultáneamente las posiciones federales, diri-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

giendo sus mayores esfuerzos contra los cerros de la Bufa y el Grillo, que eran los pilares de la estrategia defensiva. A la una de la tarde las alturas del Grillo cayeron en manos de los revolucionarios y los cañones que la defendían fueron volteados contra las propias posiciones federales. Poco después fue tomado el Grillo, y los defensores de las demás fortificaciones huyeron rumbo a la ciudad.

Zacatecas era indefendible y los federales intentaron huir por el camino de Guadalupe, pero las reservas villistas los coparon, obligándolos a regresar. Sólo un puñado de gobiernistas pudo escapar. Para las cinco de la tarde se había consumado la destrucción completa del último ejército huertista puesto en el camino de la hasta entonces invencible División del Norte.

Con la victoria del ejército villista se selló el destino del gobierno emanado del Cuartelazo de la Ciudadela, aunque éste tardó dos meses en caer porque las rencillas entre los revolucionarios detuvieron en Zacatecas a la División del Norte.

48. ¿Cómo contribuyeron los zapatistas a la destrucción del antiguo régimen?

El 30 de mayo de 1913, el cuartel general del Ejército Libertador del Sur dio a conocer un “Acta de rectificaciones y adiciones al Plan de Ayala”, por la que se declaraba la guerra a Huerta, un “usurpador cuya presencia en la Presidencia de la República acentúa cada vez más y más su carácter contrastable con todo lo que significa la ley, la justicia, el derecho y la moral”. También se declaraba a Emi-

liano Zapata Jefe Supremo de la Revolución, sin importarle a los surianos lo que ocurría en Coahuila, donde Carranza había llamado a un movimiento nacional contra Huerta.

Para entonces Emiliano no sólo era el jefe de los campesinos de Morelos que se habían rebelado contra el gobierno de Madero: numerosos grupos agraristas habían prolijado el Plan de Ayala y aceptaban su liderazgo en los estados vecinos de Guerrero, Puebla y México, pero también en Oaxaca, Michoacán, Hidalgo, Sinaloa, Tlaxcala, Chihuahua y otros lugares. El régimen de Huerta respondió con una feroz ofensiva contra los guerrilleros y los pueblos de Morelos, que Zapata eludió enviando la mayor parte de sus efectivos y sus apoyos a Puebla y a Guerrero, estado cuya difícil geografía aprovechó Zapata correctamente para hacerse de una nueva y sólida base de apoyo.

Una hábil campaña guerrillera, en la que empleó al máximo el escaso material de guerra de que podía disponer, le permitió a Emiliano mantener ocupados a los federales en Morelos y el sur de Puebla mientras él iba cercanando las ciudades de Guerrero. El 24 de marzo de 1914 tomó Chilpancingo y el 8 de abril Iguala, dejando a los huertistas únicamente el puerto de Acapulco. Inmediatamente después, cambió el centro de operaciones a Morelos y el sur del estado de México, donde pronto tuvo bajo su control todo el campo y las poblaciones pequeñas. A fines de mayo, Emiliano sitió Cuernavaca y arrojó la ofensiva en el sur de los estados de México y Puebla y en las poblaciones rurales del sur y el poniente del Distrito Federal.

A la vez que dirigía esta ofensiva final, que coincidía temporalmente con la que en el norte lanzaban los consti-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

tucionalistas, Zapata buscó definir cuidadosamente su posición política frente a los revolucionarios norteros, mucho más poderosos en términos militares, con los que pronto tendría que tratar. De ese modo, el 19 de julio Zapata y los principales jefes del sur redactaron un “Acta de Ratificación del Plan de Ayala”, en la que enfatizaban que el objetivo de la Revolución era la mejoría económica del pueblo mexicano y no un simple cambio del personal de gobierno. También, se comprometían a no cejar en la lucha hasta que los postulados agraristas del Plan de Ayala se convirtieran en preceptos constitucionales.

De ese modo, cuando el 13 de agosto de 1914 los restos del gobierno de Huerta y del Ejército Federal se rindieron ante los generales Álvaro Obregón y Lucio Blanco, jefes constitucionalistas que estaban al frente de su ejército a las puertas de la capital de la República, los zapatistas dominaban los estados de Morelos y Guerrero (salvo Acapulco), el sur de los estados de México y Puebla; formaban un arco de fuego en las poblaciones del sur y el oeste del Distrito Federal, desde Milpa Alta hasta Tacubaya, amenazando la capital de la República; tenían numerosos simpatizantes entre los revolucionarios de otros estados; y habían ratificado su independencia política y su firme voluntad agrarista. Emiliano no era más el charro de Anenecuilco, ahora, al frente de cerca de 30,000 hombres, era el Caudillo del Sur.

49. ¿Quiénes fueron los constitucionalistas del centro y sur del país?

La derrota total del Ejército Federal no se debió solamente a los tres grandes ejércitos que estaban formalmente in-

tegrados al constitucionalismo, es decir, los del Noroeste, Norte y Noreste, ni a la infatigable actividad guerrillera del zapatismo: la Revolución contra Huerta fue verdaderamente nacional y casi no hubo región de la República cuyos hombres no participaran en esta terrible guerra.

Además de los cuatro grandes ejércitos, los principales contingentes secundarios fueron las llamadas 1ª División del Centro, 2ª División del Centro y 1ª División de Oriente, más los revolucionarios de Puebla e Hidalgo, Michoacán y Tabasco, que no se incorporaron a ninguna de las grandes corporaciones formales del constitucionalismo.

La 1ª División del Centro estaba formada por rebeldes de Zacatecas, Jalisco y las regiones de Durango que no estaban bajo la influencia villista, y sus jefes principales eran el zacatecano Pánfilo Natera y el duranguense Domingo Arrieta. El primer jefe de la 2ª División del Centro fue Eulalio Gutiérrez, jefe coahuilense vecindado en Zacatecas que no dio tregua a las fuerzas del gobierno en los límites de ese estado con Coahuila y San Luis Potosí, y luego fue sustituido por Jesús Carranza Garza, bajo cuyo mando su hermano Venustiano unificó variopintas guerrillas de las huastecas potosina e hidalguense, cuyos jefes de mayor renombre eran Francisco Mariel, Amado Azuara, Samuel M. Santos y otros; junto con los numerosos seguidores de los caudillos agraristas Alberto Carrera Torres y Magdaleno Cedillo, además de los hombres de Eulalio Gutiérrez.

El jefe de la 1ª División de Oriente era el general Cándido Aguilar Vargas quien, con la oficialidad veracruzana del 38 Cuerpo Rural de la Federación, se trasladó desde Monclova hasta su estado natal, en donde dirigió

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

una eficaz campaña en la que brillaron jefes como Agustín Millán, Antonio Portas, Miguel Alemán, Guadalupe Sánchez, Gabriel Gavira, Heriberto Jara y Adalberto Tejeda. En Michoacán destacaron los generales Gertrudis Sánchez y Joaquín Amaro, junto con los guerrerenses de la familia Figueroa, expulsados de ese estado por los zapatistas; en el sureste Carlos Greene y Domingo Ramírez Garrido; en Puebla Gilberto Camacho; en Hidalgo Nicolás Flores... en fin, tantos hombres que dieron a la Revolución una auténtica dimensión nacional.

50. ¿Por qué desembarcó en Veracruz la infantería de marina estadounidense?

El 21 de abril de 1914 desembarcaron en el puerto de Veracruz los infantes de marina de los Estados Unidos. El general Joaquín Maas, comandante de la guarnición de la plaza y partidario del gobierno de Victoriano Huerta, que enfrentaba una poderosa revolución popular, retiró a sus tropas de la ciudad, pero contraviniendo sus órdenes, los cadetes de la Heroica Escuela Naval Militar, así como algunos soldados desertores y la gente del pueblo que había podido armarse, iniciaron una lucha contra los norteamericanos.

La batalla duró más de doce horas, hasta que el fuego de los buques de guerra estadounidenses anclados en el puerto, y la falta de ayuda del gobierno de Huerta, obligó a los defensores de Veracruz a retirarse. De ese modo, el 22 de abril, después de haber muerto 19 *marines* y unos 200 mexicanos, la bandera de las barras y las estrellas on-

deaba, por segunda vez en la historia, sobre el puerto de Veracruz.

La reacción fue inmediata: en todo México hubo grandes manifestaciones antinorteamericanas, y miles de mexicanos se ofrecieron como voluntarios para combatir al ejército invasor. El jefe de la Revolución contra el gobierno de Huerta, don Venustiano Carranza, exigió la retirada de los marines y aunque los ejércitos revolucionarios no entraron en conflicto con las fuerzas estadounidenses, la resistencia popular en Veracruz, la reacción del pueblo de México y del Jefe de la Revolución, obligaron a Wilson a detener ahí la agresión: sus soldados ocuparían por unos meses el puerto de Veracruz, pero en contra de sus planes originales, no avanzaron más.

Con ello fracasaba la política del presidente estadounidense Woodrow Wilson, quien había intentado por distintos medios y a través de los diversos grupos políticos mexicanos, dirigir de trasmano la política de nuestro país, sin encontrar en ninguna de las facciones mexicanas el resultado que apetecía.

Wilson estaba sumamente disgustado con la política del presidente Victoriano Huerta, como lo había estado su predecesor, William H. Taft, con Porfirio Díaz primero y con Francisco I. Madero después; y de la misma manera que Taft había contribuido a la caída de Díaz en 1911 y a la de Madero en 1913 (a través de su siniestro embajador, Henry Lane Wilson), Woodrow Wilson quiso acelerar el fin del gobierno de Huerta en 1914, pero no esperaba la enérgica y patriótica respuesta de Venustiano Carranza.

Contrariamente a las expectativas de Wilson, la derrota de Huerta y la victoria de los revolucionarios aumen-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

taron los problemas a los que Estados Unidos se enfrentaba en México, y la única manera que tuvo Wilson para distender las relaciones con las facciones revolucionarias fue la retirada incondicional de los marines que ocupaban el puerto de Veracruz, quedando claro que a pesar de su poderío superlativamente mayor, la gran potencia del continente no podía obtener siempre lo que deseaba, ni aun usando la fuerza.

51. ¿Cómo defendieron su ciudad los veracruzanos?

Aunque el jefe de la guarnición de Veracruz, general Gustavo Mass, tenía órdenes de Huerta de no presentar combate en el caso de un desembarco de fuerzas estadounidenses, cuando el desembarco ocurrió finalmente, el 21 de abril de 1914, ordenó a sus soldados que tomaran posiciones defensivas y repartió armas a los civiles que las pidieron y a los presos militares, a los que dejó en libertad.

Los marines no pudieron apoderarse de los ferrocarriles, pero sí ocuparon la terminal, la aduana y el telégrafo. Fue entonces cuando un grupo de soldados mexicanos y los presos liberados dispararon desde la calle Independencia los primeros tiros contra el invasor. Inmediatamente se desataron fuertes tiroteos en torno a la aduana y el muelle fiscal y, sobre todo, en la Escuela Naval, cuyos alumnos repelieron a los marines que intentaban entrar al edificio. Uno de los buques estadounidenses, anclado precisamente frente a la Escuela, disparó sus cañones pesados, matando a varios cadetes. Toda la noche del 21 al 22 de abril continuaron los tiroteos y combates aislados, mientras

Mass, obedeciendo las órdenes de Huerta, retiraba a sus soldados a Tejería.

En la madrugada del 22 de abril siguieron desembarcando los marines, hasta sumar más de 3,000 hombres. A pesar de su poder de fuego, los vecinos del puerto siguieron disparándoles desde sus casas al paso del parque Juárez, en la avenida Emparán y desde la Escuela Naval, cañoneada por media docena de navíos enemigos que, finalmente, demolieron el edificio.

Destruida la Escuela Naval, terminó la resistencia de los alumnos y los vecinos abandonados por los soldados, que desde *tejería escuchaban el cañoneo. Habían muerto 19 marines* y 47 fueron heridos. En México se aclamarían los nombres de los oficiales y cadetes muertos, elevándolos casi a la altura mítica de los niños héroes de Chapultepec.

52. ¿Cómo fue la ofensiva final contra el huertismo?

Luego de la victoria de La División del Norte en Zacatecas, el 26 de junio de 1914, el destino del huertismo quedó sellado, pero los conflictos entre los revolucionarios detuvieron durante varias semanas el avance de los ejércitos del Norte y del Noreste, por lo que el régimen todavía pudo oponer 12,000 hombres en el camino de los del Noroeste, sólo para que Obregón los despedazara en la batalla de Orendáin y El Castillo. Mientras tanto, al arreglarse provisionalmente el conflicto entre Villa y Carranza, las fuerzas que mandaba Pablo González ocuparon San Luis Potosí el 18 de julio.

Tomada Guadalajara por las fuerzas de Obregón, el resto de la campaña fue casi un paseo militar. Obregón

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

ocupó Colima y dejó a Juan Cabral sitiando Manzanillo. En los últimos días de julio la vanguardia del Ejército tomó La Piedad e Irapuato y libró en la hacienda de Temascalco un fuerte combate que terminó con los federales del estado de Guanajuato. El 1° de agosto se encontraron en Querétaro los generales Álvaro Obregón y Pablo González, jefes de los ejércitos del Noroeste y del Noreste. Fuerzas de don Pablo salieron rumbo a Pachuca y Toluca, que ocuparon casi sin combatir, mientras Obregón avanzaba directamente a la Ciudad de México, llegando el 10 de agosto a Teoloyucan. Ahí empezó a concentrar a sus 18,000 hombres, más los del Ejército del Noreste, preparando lo que pensaba que sería la batalla definitiva, pero el Ejército Federal ya no tenía fuerzas ni ganas que oponer a la revolución victoriosa. También hay que decir que los zapatistas habían tomado Cuernavaca y casi todas las poblaciones del sur y el poniente del Distrito Federal, desde Tacubaya hasta Tlalpan, rodeando la capital de la República con un semicírculo de fuego.

53. ¿Cuándo terminó la revolución política?

El 13 de agosto de 1914, sobre el guardafango de un automóvil, el general de división Álvaro Obregón Salido, jefe del Ejército del Noroeste, y el general de brigada Lucio Blanco, jefe de la División de caballería del Noroeste, firmaron con el último representante de un gobierno que se desmoronaba y con el jefe de un ejército vencido en los campos de batalla, los Acuerdos de Teoloyucan, que formalizaron la entrega del poder a los revolucionarios vencedores y la disolución del viejo ejército.

Con este acto simbólico culminó el colapso del Estado penosamente construido durante el régimen de Porfirio Díaz. La Revolución, finalmente, había subvertido todo el orden político de la nación. Habían desaparecido los tres poderes de la Unión; el personal ejecutivo de los cuatro niveles de gobierno había sido cambiado por completo, o iba a terminar de serlo al aplicarse los Acuerdos; los partidos políticos, los periódicos nacionales, las organizaciones que respaldaron a la dictadura, el Ejército Federal, la marina, los rurales de la federación, en fin, todas las instituciones del Estado, fueron barridas por el huracán revolucionario y algunas estaban siendo sustituidas por otras nuevas.

Los llamados Acuerdos son, en realidad, dos actas: una que acuerda la entrega de la capital de la República al ejército encabezado por el general Obregón, firmada por el licenciado Eduardo Iturbide, gobernador del Distrito Federal y máxima autoridad política del extinto régimen de Huerta, pues se habían fugado sucesivamente el general Victoriano Huerta y su intrascendente sucesor, el licenciado Francisco Carbajal, presidente interino de la República. El segundo documento es el acta de rendición y desarme del Ejército Federal y de la Armada de México, firmado por Obregón y Blanco en representación del Ejército Constitucionalista, el general Gustavo Salas en representación del Ejército Federal y de su comandante en jefe, general José Refugio Velasco, y por el almirante Othón P. Blanco por la Armada nacional.

En este segundo documento, se especificaba que el principal contingente del Ejército Federal evacuaría la Ciudad de México y sería desarmado a lo largo del ferrocarril

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

México-Puebla por comisionados del señor Carranza; la entrega y disolución de las guarniciones federales en el puerto de Manzanillo, Córdoba y Xalapa, así como las jefaturas de armas de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán; la sustitución de las guarniciones federales de las poblaciones del sur del Distrito Federal, que mantenían una línea defensiva contra el Ejército Libertador del Sur, del general Emiliano Zapata; y la concentración de los barcos de la Armada en los puertos de Manzanillo y Puerto México (Coatzacoalcos) para su entrega a los comisionados constitucionalistas.

Si el objetivo de una revolución política es la destrucción de las estructuras e instituciones del Estado, en ese momento había coronado sus objetivos. Faltaba, sin embargo, decidir cómo iban a ser sustituidas esas instituciones y, sobre todo, resolver lo relativo a la revolución social.

54. ¿Por qué se dividieron los revolucionarios vencedores?

En agosto de 1914 la Revolución se erguía victoriosa sobre el cadáver del antiguo régimen, pero la victoria se empañaba por las diferencias personales y de proyecto que dividían a los vencedores. La más evidente de esas diferencias, la que dividía al Ejército Constitucionalista del Ejército Libertador del Sur, aparecía incluso en los Acuerdos de Teoloyucan, donde se especificaba que fuerzas constitucionalistas relevarían a las guarniciones federales que defendían el sur del Distrito Federal frente a la ofensiva del Ejército Libertador. El movimiento suriano nunca había aceptado la premi-

nencia del Ejército Constitucionalista en la Revolución, ni el liderazgo de su Primer Jefe, y ahora, destruido el antiguo régimen, los surianos veían frente a sus posiciones militares un nuevo enemigo.

Pero también en las filas del victorioso Ejército Constitucionalista había diferencias evidentes, que se agravarían rápidamente, al grado de que fracciones de ese ejército empezaron a combatir entre sí, sobre todo en el estado de Sonora, antes de que pasara una semana de la firma de los Acuerdos de Teoloyucan y la entrada triunfal de los jefes constitucionalistas a la Ciudad de México.

Formalmente, el Ejército Constitucionalista había llevado casi todo el peso de la lucha contra el gobierno de Victoriano Huerta. Formalmente, salvo las fuerzas del Ejército Libertador del Sur, los revolucionarios de todo el país estaban incorporados de una u otra forma al Ejército Constitucionalista. Formalmente, era indiscutible el carácter de Venustiano Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo, que se había otorgado o le habían otorgado los revolucionarios de Coahuila mediante el Plan de Guadalupe. Sin embargo, en agosto de 1914 estaba más que claro que numerosos grupos habían aceptado la jefatura de Carranza únicamente mientras durara la lucha contra Huerta, y que vencido ese gobierno su jefatura, y la misma existencia del Ejército Constitucionalista, ya no tenían razón de ser. Entre las personalidades y grupos que tenían esa convicción destacaban, por su fuerza y su prestigio, los jefes de la División del Norte, que aparecía como la más poderosa de las grandes unidades militares de la Revolución.

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Para los vencedores era obvio que una vez desaparecido de la escena el Ejército Federal, no tardaría en producirse la escisión del constitucionalismo, latente desde diciembre de 1913, al menos, y bien visible desde mediados de junio de 1914. Así ocurrió en efecto, pero no de manera automática ni sencilla: los tres meses que siguieron a los Acuerdos de Teoloyucan son de los más complicados de nuestra historia y, al cabo de ellos, la guerra civil, apenas interrumpida, reinició con más fuerza enfrentando ahora a los revolucionarios victoriosos divididos en Constitucionalistas y Convencionistas.

55. ¿Por qué rompieron los villistas con Carranza?

Desde que el villismo controló el estado de Chihuahua, a don Venustiano Carranza le alarmaron la personalidad del Centauro del Norte y su estilo de gobierno, por lo que viajó a Chihuahua para someter políticamente al movimiento social norteño que formalmente lo reconocía como jefe. A Carranza le alarmó lo que vio en Chihuahua. No le gustaron ni la autonomía orgánica e ideológica del villismo, ni las medidas revolucionarias del Centauro y algunos de sus lugartenientes. Para don Venustiano y sus colaboradores, eran inadmisibles las atribuciones que Villa se había otorgado a sí mismo desde diciembre de 1913, y más inadmisibles la expropiación de la riqueza de la oligarquía chihuahuense. Durante su breve estancia en Chihuahua, Carranza descubrió que no podría someter al villismo y decidió obstaculizar su marcha y debilitarlo previendo ya la guerra entre los revolucionarios victoriosos. Fue entonces

cuando ordenó a Villa que tomara Saltillo, y mientras lo hacía, el Primer Jefe viajó a Durango para conspirar activamente contra el avance villista.

En Durango, Carranza ordenó que fuerzas no villistas de ese estado, sumadas a los zacatecanos de Pánfilo Natera, asaltaran la capital de ese estado, última plaza fuerte federal que había entre los dominios villistas y el centro del país. Pronto quedó claro para todo mundo que se trataba de una maniobra de Carranza para cerrar el paso a la División del Norte, pero cuando la flamante división de Natera fue incapaz de tomar Zacatecas, Carranza ordenó a Villa fragmentar la División del Norte para reforzar a aquél. El resultado fue un áspero intercambio telegráfico, los días 10 a 14 de junio de 1914, que terminó cuando los generales villistas decidieron desconocer la autoridad del Primer Jefe, desobedecer sus órdenes y agruparse retadoramente en torno al Centauro del Norte, arrojando el guante a Carranza, en cuyas órdenes no veían ya otra cosa que autoritarismo, malevolencia y doble juego. La escisión revolucionaria, que tantas vidas cobraría, estaba en marcha.

La División del Norte desobedeció a Carranza y tomó Zacatecas, pero no pudo continuar su marcha porque el Ejército del Noreste amenazó su flanco. Como aún vivía el régimen huertista, representantes de ambos ejércitos conferenciaron en Torreón y llegaron a un acuerdo el 8 de julio que pospuso la ruptura y permitió a los nordestinos participar en la ofensiva final contra el huertismo, mientras los villistas aguardaban en sus posiciones. Sin embargo, tan pronto cayó Huerta, quedó claro que las diferencias entre unos y otros trascendían con mucho las meras rencillas

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

personales, y tras el fracaso de varios intentos de negociación, el 22 de septiembre los jefes de la División del Norte rompieron abiertamente con Carranza, a quien señalaron como un traidor a la Revolución que estaba construyendo un nuevo despotismo centrado en su persona.

56. ¿Qué fue la Convención de Aguascalientes?

El 10 de octubre de 1914, en la ciudad de Aguascalientes, se declararon inaugurados los trabajos de la Soberana Convención Revolucionaria, que fue el último esfuerzo que hicieron los jefes de los distintos ejércitos y facciones de la revolución triunfante para tratar de solucionar las diferencias ideológicas y políticas que los separaban y preparar un proyecto de país conjunto, evitando así la guerra civil.

La idea de reunir a los representantes de los ejércitos revolucionarios en una convención, surgió durante las conferencias que en julio de ese año celebraron en Torreón los representantes de la División del Norte, mandada por Pancho Villa, y el Ejército del Nordeste, leal a Venustiano Carranza. En esas conferencias, los representantes de ambos ejércitos resolvieron posponer sus diferencias hasta la caída del gobierno usurpador de Victoriano Huerta.

El 13 de agosto se rindió el Ejército Federal, con lo que las diferencias entre los revolucionarios afloraron nuevamente a la superficie. Los conflictos entre Villa y Carranza, los existentes entre el gobernador de Sonora, José María Maytorena, y el general Álvaro Obregón, jefe del Ejército del Noroeste, y la negativa de Emiliano Zapata a reconocer la jefatura de Carranza, amenazaban con dar

inicio a una nueva guerra civil, que fue postergada por las acciones conciliatorias emprendidas por un grupo de generales que llegaron al acuerdo de citar en Aguascalientes a una convención de los jefes revolucionarios de todas las tendencias.

Cuatro grupos estuvieron representados en la convención: los carrancistas, los villistas, los zapatistas y los independientes, que debatieron acaloradamente durante largos días, sin llegar a ningún acuerdo de fondo. Como asamblea pacificadora la Convención fue un rotundo fracaso, pero como escaparate de las grandezas y miserias, las ambiciones, el idealismo y la ingenuidad de los revolucionarios mexicanos, fue magnífica. Pronto se hizo evidente que no existía conciliación posible entre los carrancistas y los villistas, aliados con los zapatistas, y cuando el 1º de noviembre los convencionistas designaron al general Eulalio Gutiérrez como presidente provisional de la República, se consumó la ruptura, pues Carranza no reconoció la autoridad emanada de la asamblea.

La Convención se mudó entonces a la ciudad de México, convertida en órgano deliberativo y legislativo de la facción villista y zapatista y, como tal, tuvo su propia historia. Sea como fuere, la Convención de Aguascalientes fue el primer gran foro en el que los revolucionarios discutieron los grandes problemas nacionales.

57. ¿Quién era Eulalio Gutiérrez?

Eulalio Gutiérrez Ortiz, que habría de ser presidente provisional de la República designado por la Convención de

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Aguascalientes, nació en el rancho de Santo Domingo, municipio de Ramos Arizpe, Coahuila, en 1881. Estudió la primaria en Ramos Arizpe y preparatoria trunca en la ciudad de Saltillo, alternando los estudios con el cuidado de los rebaños familiares.

Muy joven aún, se trasladó a Concepción del Oro, Zacatecas, donde trabajaba una pequeña mina de su propiedad, en una región que se caracterizaba por la minería marginal basada en pequeñas empresas. Casi recién llegado, en 1899, tomó parte en uno de esos motines, comunes en el norte del país, contra la imposición de nuevas autoridades municipales por el gobernador del estado. Siete años después, siendo ya distribuidor de *Regeneración*, participó en un motín magonista que terminó con el incendio del Palacio Municipal y del mercado público. Cuando el motín fue sofocado por la autoridad, se exilió unos meses en los Estados Unidos, donde trabajó directamente con la junta del Partido Liberal Mexicano, lo que no impidió que transitara al maderismo en 1909. En noviembre de 1910 se levantó en armas al frente de un pequeño grupo de rancheros y mineros de la región, cayendo preso de los federales el 11 de abril de 1911.

Liberado tras los Acuerdos de Ciudad Juárez, fue electo presidente municipal de Concepción del Oro y organizó un grupo de hombres armados con los que combatió al orozquismo y a los que condujo a partir del 19 de febrero de 1913 en la lucha contra Huerta. Eulalio fue el primer presidente municipal que desconoció formalmente al gobierno de Huerta, sin esperar a ver quién más lo hacía.

Durante la Revolución Constitucionalista dirigió una intransigente campaña guerrillera en los límites de los

estados de Zacatecas, Coahuila y San Luis Potosí y cuando el Ejército del Nordeste tomó la capital de este último estado, fue designado gobernador del mismo, carácter con el que asistió a la Convención de Aguascalientes.

Fue electo presidente por los delegados de la Convención porque muchos revolucionarios lo veían como el prototipo del ciudadano armado honesto y sin ambiciones, pero sobre todo, por la virtud negativa de no representar a nadie ni estar comprometido a fondo con nadie: cuando se eliminaron mutuamente las propuestas naturales de los generales Felipe Ángeles, candidato de los villistas, y Antonio I. Villarreal, candidato de los carrancistas y muchos independientes, el general Obregón pidió que se suspendiera la sesión, y negociando suavemente con todos los grupos, logró convencer a la mayoría de votar por Eulalio Gutiérrez, quien derrotó al sonoreense Juan Cabral, por quien votaron en bloque los villistas.

Eulalio Gutiérrez llegó a la Presidencia con los veleidosos votos de la frágil mayoría “independiente” y sin el apoyo real de los grupos y delegados que más pesaban, con la única excepción del general Obregón, cuya posición era bastante precaria y que no tardó en abandonar el barco convencionista.

58. ¿Por qué rechazó Carranza los acuerdos de la Convención?

Cuando Carranza se negó a entregar la autoridad que le confería el Plan de Guadalupe a Eulalio Gutiérrez, en la Convención de Aguascalientes se designó una comisión

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

para negociar con él y convencerlo de aceptar su cese. La Comisión estuvo integrada por los generales Álvaro Obregón, Antonio I. Villarreal, Eugenio Aguirre Benavides y Eduardo Hay, que de inmediato partieron rumbo a Puebla, donde suponían que estaba don Venustiano. Luego de varios desaires, fueron recibidos por Carranza en Córdoba, Veracruz, cuando la guerra civil era un hecho, y los miembros de la delegación, con excepción del villista Aguirre Benavides, se subordinaron al señor Carranza y ya no regresaron a Aguascalientes.

En la única entrevista que don Venustiano sostuvo con la Comisión, antes de que ésta se disolviera, expuso con toda claridad su posición: Carranza se negaba a renunciar a su jefatura porque tenía la certeza de representar el único poder legítimo de la República y la única fuerza capaz de hacer que el país retomara la senda del orden constitucional, y estaba igualmente convencido de que entregar el poder a Villa y Zapata o a un gobierno que no tuviera la fuerza suficiente para contrarrestar la de esos caudillos, sería poner al país en manos del más desbordado y atrabiliario militarismo.

59. ¿Cómo empezó la guerra civil entre los revolucionarios victoriosos?

Cuando a los convencionistas les quedó claro que Venustiano Carranza no tenía intención ninguna de resignar su autoridad, Eulalio Gutiérrez nombró a Pancho Villa jefe de Operaciones Militares contra el carrancismo, lo que sirvió de pretexto a muchos delegados, como Álvaro Obregón,

para romper sus compromisos con la asamblea, pues el acuerdo que exigía el cese de Carranza obligaba también al de Pancho Villa.

El 15 de noviembre de 1914 la División del Norte atacó las posiciones avanzadas que el general Teodoro Elizondo, de las fuerzas de Pablo González, tenía en los límites de Guanajuato con Aguascalientes. En un avance arrollador, los villistas destruyeron o pusieron en fuga a los 20,000 hombres del Ejército del Noreste que Pablo González había situado en los estados de Guanajuato, Querétaro e Hidalgo, mientras las fuerzas de Obregón y el señor Carranza se refugiaban en el puerto de Veracruz. El 7 de diciembre, las fuerzas villistas y zapatistas desfilaron triunfalmente por las calles de la ciudad de México en lo que parecía el epílogo de una breve campaña que, en realidad, apenas iniciaba.

60. ¿Cómo ocurrió el encuentro entre Villa y Zapata?

El 4 de diciembre de 1914 se reunieron en Xochimilco los dos grandes caudillos populares de la revolución victoriosa, Francisco Villa y Emiliano Zapata, para formalizar la alianza entre los ejércitos que ambos encabezaban y diseñar el plan de operaciones contra los carrancistas, en la nueva guerra civil que iniciaba en esos días. De origen humilde, hombres rudos del campo mexicano, Villa y Zapata se habían convertido en los jefes y voceros de los campesinos en armas que se rebelaron contra las grandes injusticias del régimen porfiriano.

Pero los dos caudillos campesinos no se conocían: la alianza entre sus ejércitos había sido forjada por sus re-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

presentantes y consejeros, de modo que cuando sus hombres ocuparon la capital de la República, luego de obligar a los carrancistas a retroceder hacia Puebla y Veracruz, el primer propósito de ambos caudillos fue encontrarse y consolidar la alianza.

En muestra de cortesía, ese 4 de diciembre fue Pancho Villa quien se dirigió al territorio controlado por Zapata, dejando a sus hombres en Tacuba. Al llegar a Xochimilco fue recibido con gran entusiasmo tanto por la población como por los soldados zapatistas. Los caudillos se dieron un abrazo, y tras intercambiar algunas palabras y brindar por el triunfo del pueblo en armas, se retiraron a un salón privado donde decidieron los límites territoriales de su poder y la estrategia militar para enfrentar al carrancismo.

61. ¿Cual fue el momento culminante de la revolución campesina?

El 6 de diciembre de 1914 la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur hicieron su entrada triunfal en la capital de la República. Detrás de las escoltas personales de Zapata y Villa, los Surianos vestidos de charro y los Dorados de caqui y sombrero de fieltro, venían los jefes de la columna. En el lugar de honor, ataviado con un magnífico traje de charro y montando un caballo rosillo, Emiliano Zapata. A su derecha cabalgaba el general Tomás Urbina, “el león de Durango”; junto a él marchaba el joven y audaz general sinaloense Rafael Buelna. A la izquierda de Zapata, haciendo caracolear a su soberbio alazán tostado, el general Francisco Villa, enfundado en un sobrio uniforme azul cuyos

únicos lujos eran las altas mitazas de cuero y el águila de divisionario en la gorra reglamentaria, respondía sonriente a los vítores de la multitud. Del otro lado del Centauro, soberbio y magnífico, cabalgaba el general Rodolfo Fierro. Los seguían dieciocho mil hombres de las tropas del Sur, y cerraban el desfile quince mil soldados villistas de las tres armas encabezados por el afable y desgarrado general Felipe Ángeles.

Terminada la parada, Villa, Zapata y sus estados mayores se dirigieron a Palacio Nacional, desde cuyo balcón central el presidente Eulalio Gutiérrez y sus ministros habían presenciado el desfile. Ministros y generales comieron opíparamente y por fin, alguien les mostró el Palacio a Zapata, Villa y sus acompañantes. Al ver una silla que a Villa le pareció la Presidencial, se sentó en ella y algún fotógrafo ambulante que luego vendió sus placas a Casasola, inmortalizó el momento.

Ese fue, simbólicamente, el momento culminante de la revolución campesina.

62. ¿Cuál era la situación militar de la República en noviembre de 1914?

En el momento en que Villa y Zapata desfilan al frente de sus hombres por la Ciudad de México y Carranza establece su gobierno en Veracruz, la mayoría de los historiadores afirma que casi todas las ventajas estaban del lado convencionista, dueño de un ejército mayor en número y en recursos que el de los carrancistas, y de casi todo el territorio nacional. En realidad, la situación estaba mucho más equilibrada.

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Hacia el 15 de noviembre, cuando empezó la guerra don Pablo González y los jefes del Nordeste y otros asimilados a ellos tenían casi 70,000 hombres distribuidos de la siguiente manera: Pablo González, Teodoro Elizondo y Jacinto B. Treviño tenían 20,000 hombres en los estados de Guanajuato, Querétaro e Hidalgo; Cesáreo Castro, Pancho Coss y Cándido Aguilar, 14,000 en los de Puebla, Tlaxcala y Veracruz; Antonio I. Villarreal, Luis Caballero y Eulalio y Luis Gutiérrez, cerca de 15,000 más en San Luis Potosí, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas; Francisco Murguía, 7,500 en el Estado de México; Jesús Carranza, Jesús Agustín Castro, Carlos Greene, Joaquín Mucel y Toribio de los Santos, 7,000 más en el istmo de Tehuantepec, Tabasco, Chiapas y la Península de Yucatán.

Los caudillos del Noroeste leales a Carranza tenían 10,000 jinetes a las órdenes de Lucio Blanco, y 4,000 infantes de Benjamín Hill, en la Ciudad de México; Manuel M. Diéguez, con 6,000 en Jalisco; Ramón F. Iturbe con 5,000 en Sinaloa; Plutarco Elías Calles con 2,000 en la frontera de Sonora; además de Álvaro Obregón y Salvador Alvarado, que pronto recibirían importantes comandos. Otros contingentes que optaron por el carrancismo fueron los michoacanos de Gertrudis Sánchez y Joaquín Amaro.

Por su parte, los convencionistas tenían algunos soldados más y mayor territorio bajo su control (prácticamente el resto del país, salvo Oaxaca y Baja California, dominados por grupos independientes), y la gran ventaja de que todos sus territorios estaban comunicados, de manera que podían movilizar sus soldados —como lo hicieron— de un frente a otro con relativa rapidez. Esto les daba ventajas

en el corto plazo, siempre que actuaran con decisión; pero estas ventajas se desvanecían y revertían en el mediano plazo por varias razones más económicas y políticas que militares: en primer lugar, no había unidad de mando en el bando convencionista; en segundo lugar, no es que carecieran del todo de un proyecto alternativo al constitucionalista, sino que éste, en embrión, se iría construyendo a lo largo de 1915; y en tercer lugar, los carrancistas eran dueños de las regiones que generaban más recursos vía el comercio internacional y la exportación de materias primas, sobre todo el puerto de Veracruz; Mérida, Progreso y la región henequenera; y la zona petrolera y su llave, Tampico, que además de ser una fuente segura y constante de divisas, era una gran herramienta de presión internacional en esos momentos en que la Primera Guerra Mundial y el desarrollo de los motores de explosión interna en las flotas guerreras y mercantes, en los transportes militares y en la aviación de guerra, hacían del petróleo un recurso estratégico. Esto último es fundamental, porque a mediano plazo —cuestión de semanas—, revertiría la precaria ventaja inicial de los convencionistas.

63. ¿Por qué instaló Carranza su gobierno en Veracruz?

Carranza abandonó la ciudad de México el 31 de octubre de 1914, cuando era evidente que la Convención iba a designar un nuevo presidente (lo hizo al día siguiente), porque desconfiaba de la lealtad de Lucio Blanco, que con sus 10,000 *dragones* era el hombre de la situación en la capital (efectivamente, Lucio sería partidario de la Convención,

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

pero casi todos sus hombres seguirían a lugartenientes como Enrique Estrada y Gonzalo Novoa, que se mantuvieron leales a Carranza).

En los siguientes días fue recorriendo su capital de Puebla a Orizaba, de ahí a Córdoba y finalmente al puerto de Veracruz, donde la instaló durante más de un año, al abrigo de 10,000 hombres que ahí reunió Álvaro Obregón (las divisiones de Benjamín Hill y Cándido Aguilar) y 10,000 más que tenía Salvador Alvarado en Puebla (los hombres de Cesáreo Castro y Pancho Coss).

Desde la caída de Huerta, Carranza venía exigiendo terminantemente al gobierno de los Estados Unidos que los *marines* evacuaran el puerto de Veracruz, lo que ocurrió el 23 de noviembre. Inmediatamente ocuparon el puerto los soldados de Cándido Aguilar, recibidos con delirante entusiasmo por los patriotas jarochos.

Ante el empuje aparentemente incontenible de la División del Norte, que redujo a humo los 20,000 hombres de Pablo González, el puerto de Veracruz era un refugio seguro que, además permitía a Carranza emular a Benito Juárez. En virtud de que los buques de la Armada y el ferrocarril transistmico estaban en manos de fuerzas carrancistas, Veracruz no era el último rincón del país sino la entrada a la retaguardia estratégica carrancista, formada por el Istmo y el sureste, inalcanzables para los ejércitos villistas y zapatistas.

Más de un año permaneció el gobierno en Veracruz, y durante esa temporada, mientras los ejércitos constitucionalistas derrotaban a Pancho Villa y su División del Norte en los campos de batalla, Venustiano Carranza y sus

colaboradores dieron forma a un gobierno revolucionario que empezó a recoger muchas demandas populares, lo que desembocaría en la convocatoria a un Congreso encargado de elaborar una nueva Constitución. La primera de las demandas recogidas por el gobierno de Carranza, que abrió una nueva etapa política en la Revolución, fue la ley Agraria redactada por Luis Cabrera y promulgada por decreto el 6 de enero de 1915.

64. ¿Cuáles fueron los graves errores estratégicos que Villa tomó en noviembre de 1914?

Para muchos historiadores, los caudillos campesinos no tenían ni podían tener una visión global de la guerra, por lo que su considerable ventaja inicial se diluyó por que Villa dispersó sus fuerzas de manera absurda, en vez de darle el golpe de gracia al carrancismo, acorralado en Veracruz, como les sugirió a Villa y Zapata el general Felipe Ángeles. Según muchos historiadores, ése es el primer gran error estratégico de Villa.

En lugar de avanzar sobre Veracruz, Villa atendió un urgente llamado del general Emilio Madero, jefe de armas de La Laguna, quien informó que una columna carrancista avanzaba desde Saltillo hacia Torreón. Fue entonces cuando decidió dejar a Zapata la línea de Veracruz y enviar a Ángeles, al frente de un poderoso contingente, a evitar la caída de Torreón y tomar a su vez Saltillo y Monterrey. De esa decisión se desprendió la siguiente, que implicó la fragmentación de la División del Norte en cuatro grupos principales y una fuerte reserva.

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

El primero de esos grupos operaría sobre Saltillo y Monterrey, a las órdenes de Ángeles; el segundo, a las órdenes directas de Villa con Rodolfo Fierro como segundo, sobre Guadalajara; el tercero, mandado por Tomás Urbina y Manuel Chao, sobre Tampico; y el cuarto y menos importante, mandado por José E. Rodríguez, sobre Matamoros, Tamaulipas.

Ángeles insistió de manera muy gráfica en su plan, que los historiadores han considerado como el necesariamente acertado: el plan de Villa, al dispersar las fuerzas de la División contra enemigos secundarios, convertía en desventajas todas las ventajas de su posición central y daba al debilitado centro Constitucionalista el tiempo que necesitaba para reorganizarse política y militarmente. Según los historiadores, Ángeles, que veía la guerra y el país con criterio nacional, tenía la razón desde cualquier punto de vista y la decisión de Pancho Villa resultaría en el desastre militar de la División del Norte.

Las explicaciones que de esta decisión dan los historiadores suelen coincidir en un elemento fundamental: Pancho Villa, un dirigente campesino regional, pensaba más en su prestigio como caudillo, en la defensa de las tierras que consideraba suyas, de donde procedían sus seguidores, a las que le debía su éxito y su popularidad, que en una estrategia ofensiva de alcance nacional. Es decir, Villa era un dirigente campesino regional, sin un proyecto de nación, y como tal actuó, cediendo sus ventajas al enemigo, Obregón, que sí tenía una visión nacional y una estrategia global.

Así pues, Pancho Villa estaba obligado a tomar la decisión que tomó o, dicho de otro modo, no había decisión

que tomar, no había disyuntiva ni posibilidad de elegir. Yéndonos al extremo, las leyes de la historia, las fuerzas que mueven el discurrir humano, lo obligaban fatalmente a tomar esa decisión y perder la guerra.

65. ¿En qué consistió realmente la estrategia villista?

Pero, ¿qué tal que no es así, qué tal que ante Pancho Villa se abrió, efectivamente, una disyuntiva, y de dos opciones que tenía eligió una? Cuando en diciembre de 1914 Pancho Villa tuvo que tomar esa decisión, había aprendido sobre el terreno los principios fundamentales del arte de la guerra, tenía una visión global del territorio, que había puesto en práctica en decisiones estratégicas de la campaña de 1913-1914. Conocía también los principales factores políticos, económicos, sociales y geográficos que se le presentaron, pues no sólo escuchó cuidadosamente las opiniones contrapuestas de Felipe Ángeles y Emiliano Zapata sino que prestó atención a varios de sus principales consejeros y sus más capaces generales.

Su negativa a desproteger Chihuahua y La Laguna para avanzar sobre Veracruz no se debía solamente a la querencia regional y al temor de perder el apoyo de su base social, sino también a que el elevado costo de mantenimiento de la División del Norte se pagaba con recursos salidos de esas regiones. Tenía mucho más claro que Ángeles, militar profesional enfocado a los temas puramente militares, que la Ciudad de México no podía funcionar como retaguardia estratégica.

Finalmente, aunque es posible que eso no lo supieran ni Villa ni Ángeles, aunque por poco que conocieran

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

la plástica y flexible mente estratégica de Obregón podían suponerlo, el caudillo sonorenses había previsto un vigoroso ataque sobre Veracruz y había explorado la posibilidad de retirar sus contingentes y el centro Constitucionalista al Istmo de Tehuantepec en lo militar y a Yucatán en lo político, de modo que, contra lo que Ángeles opinaba, la caída de Veracruz no equivaldría al fin del constitucionalismo, máxime si consideramos que éste no extraía sus principales recursos del puerto jarocho sino de la región petrolera y el noreste en general, hacia donde Villa lanzó los principales esfuerzos de la campaña, y del inalcanzable Yucatán.

Villa, pues, decidió dividir a su ejército para asegurarse el apoyo social y los recursos de las zonas que ya estaban organizadas como economías de guerra al servicio de la División del Norte y para asegurarse también el control de la cuenca carbonífera de Coahuila, para no volver a quedarse con los trenes parados, como le había sucedido en junio de 1914. Como segundo objetivo estaba la conquista de Tampico, Guadalajara y Monterrey, fuentes de recursos para los constitucionalistas, y con ello, la destrucción de tres grandes contingentes enemigos. El plan fracasó, pero no era un plan absurdo ni descabellado, no era un plan condenado a la derrota, no era lo que necesaria, fatalmente tenía que hacer un ignorante campesino convertido en caudillo.

Las concentraciones de tropas constitucionalistas en Jalisco y el Noreste (incluidos El Ébano y Tampico) eran bastante más importantes de lo que solemos creer, y las acciones en esos frentes también fueron fundamentales: a la postre, es posible que la defensa de El Ébano haya sido

tan importante como las batallas de Celaya para la decisión final, lo mismo que el hecho de que Pancho Villa no hubiese podido destruir los contingentes que Manuel M. Diéguez y Francisco Murguía tenían en Jalisco.

Fracasada esta estrategia, a veces por márgenes muy estrechos, Villa tuvo que pasar a la defensiva y adaptarse a las iniciativas de Obregón, pero ésa es otra historia: a partir de abril de 1915, quien proponía los teatros de operaciones y los ritmos de la guerra ya no era, ya no podía ser Pancho Villa.

66. ¿Cómo se desarrolló la primera fase de la guerra civil?

Dos de las tres columnas villistas obtuvieron de inmediato sonadas victorias parciales, pero no lograron acabar con sus enemigos respectivos: el 8 de enero Felipe Ángeles despedazó en Ramos Arizpe, N.L., la columna que mandaba Antonio I. Villarreal, y ocupó Saltillo y Monterrey, pero importantes contingentes carrancistas lo sitiaron en esa plaza. Por su parte, Pancho Villa y Rodolfo Fierro tomaron Guadalajara y derrotaron a Diéguez y Murguía en la Cuesta de Sayula, el 18 de febrero, pero esos jefes se refugiaron en Colima y recibieron hombres y armas por el puerto de Manzanillo, regresando a Jalisco rápidamente. La tercera columna, mandada por Tomás Urbina y Manuel Chao, nunca llegó a Tampico: fue detenida por Jacinto B. Treviño en el campo atrincherado de El Ébano, S.L.P., donde se combatió intermitentemente por más de tres meses.

Además, la guerra ardía en multitud de frentes secundarios: el carrancista Iturbe combatía al convencionis-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

ta Buelna en los límites de Nayarit y Sinaloa; el gobernador Maytorena atacaba al general Calles en las ciudades fronterizas de Sonora; Salvador Alvarado penetraba a territorio yucateco para llevar la revolución a la Península; zapatistas guerrerenses sitiaban el puerto de Acapulco. Se combatía en Chiapas y en Oaxaca, donde fue asesinado Jesús Carranza; en Tamaulipas y Nuevo León; en La Paz y en Mexicali... el país entero ardía en las llamas de la guerra civil.

Mientras tanto, Álvaro Obregón recibió el mando del Ejército de Operaciones, que se integró con diversas fuerzas del Noroeste y del Noreste y otras recién reclutadas, e inició una ofensiva sobre el centro del país. El 5 de enero, después de seis días de combates, arrebató Puebla a los zapatistas y el 28 ocupó la capital de la República, evacuada sin combatir por los zapatistas. Una serie de circunstancias extra militares sacaron a los principales contingentes zapatistas de la lucha, que durante el resto de la campaña se limitarían a ser meros espectadores, efectuando sólo de vez en vez algún ataque aislado sobre las líneas de comunicación de Obregón con Veracruz. De ahí para adelante, en esa campaña Obregón no tendría más enemigo que Villa.

El caudillo sonorenses estuvo en la capital de la República el menor tiempo posible, apenas para tratar de poner en orden la caótica ciudad que le dejaron los zapatistas, para mal traer a algunos curas y ricos del antiguo régimen, para firmar un importante pacto con la Casa del Obrero Mundial, y para recibir refuerzos en hombres y recursos de Veracruz. El 11 de marzo las tropas salieron rumbo al norte, en busca del ejército villista. La hora de la verdad se acercaba.

Como otras veces, Obregón se veía obligado a avanzar dejando a su espalda importantes contingentes enemigos (esta vez, los zapatistas) que podían cortar sus líneas de comunicación, pero también como otras veces, trató de reducir estos riesgos al mínimo, avanzando con lentitud y dejando bien asegurados los puntos cruciales del camino. Así, casi sin combatir, ocupó Celaya el 4 de abril, enviando sus avanzadas hasta Estación Guaje (hoy Villagrán), a la vista de la vanguardia villista mandada por el general Agustín Estrada: estaba a punto de ocurrir el encuentro frontal entre los dos soldados más formidables de la revolución.

67. ¿Cómo fue electo Roque González Garza presidente de la Convención?

En la batalla de Ramos Arizpe, Felipe Ángeles capturó el tren personal del general Villarreal, en el que había importantes cartas cruzadas entre ese general y Eulalio Gutiérrez, en las que el presidente convencionista intentaba convencer a hombres como Villarreal y Obregón de volvérselo a unir para deshacerse de Zapata y Villa. Ángeles las envió de inmediato al Centauro, que tuvo un tormentoso encuentro con Gutiérrez, en el que quedó claro que el general coahuilense no quería ni podía seguir siendo el jefe nominal de la facción convencionista. La ruptura se consumó en la madrugada del 16 de enero de 1915, cuando Gutiérrez, acompañado por los generales Lucio Blanco, José Idabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides y otros, abandonó la ciudad de México al frente de unos pocos soldados, tras publicar un

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

violento manifiesto en el que denunciaba los abusos de Villa y Zapata y los removía de su mando.

Gutiérrez creía que podía confiar en sus soldados, de guarnición en San Luis Potosí, en las divisiones de su hermano Luis y de Antonio Villarreal, en el Noreste, y en la poderosa división de caballería, de Lucio Blanco, y creía también que si se ubicaba en la capital potosina al frente de 20,000 hombres, Obregón lo secundaría: en realidad, Eulalio no representaba ya a nada ni a nadie y, salvo un puñado de leales, se quedó solo.

Mientras tanto, en la Ciudad de México, el general Roque González Garza, cercano colaborador de Pancho Villa y su representante personal en la Convención, logró reunir de emergencia a la comisión permanente de esa asamblea y tomaba el control militar de la capital. Controlada la situación, se reunió el pleno de la Convención que esa misma tarde, por 83 votos contra uno, destituyó a Eulalio Gutiérrez como presidente de la República, designando en su lugar a Roque González Garza.

68. ¿En qué consistió el pacto de la Revolución Constitucionalista con la Casa del Obrero Mundial?

El 17 de febrero de 1915, en la Ciudad de México, firmaron una trascendental alianza la Revolución Constitucionalista y la más activa de las organizaciones obreras del país, la Casa del Obrero Mundial.

La Casa del Obrero, a la que después se le agregaría el adjetivo “Mundial”, fue fundada el 22 de septiembre de 1912, al calor de la Revolución y aprovechando las liberta-

des de opinión y asociación de que disfrutaba el país bajo el presidente Madero. La nueva organización obrera reunía a diversas agrupaciones sindicales y mutualistas de la capital de la República, y recogía la rica experiencia que los trabajadores mexicanos habían acumulado en la defensa de sus derechos.

En su primera etapa, la Casa del Obrero fue plural, admitiendo en su seno lo mismo a los trabajadores anarquistas que propugnaban por la supresión de la propiedad privada y del Estado, que a los sindicalistas católicos y a los mutualistas que luchaban por una conciliación entre trabajo y capital; pero cuando el régimen de Madero fue derribado por un cuartelazo, y el presidente fue asesinado, fueron imponiéndose en la Casa del Obrero los elementos más radicales que repudiaban al nuevo gobierno militar, que persiguió a la organización y a sus dirigentes y terminó cerrándola. Cuando en agosto de 1914 Álvaro Obregón desfiló triunfalmente en la Ciudad de México, uno de sus primeros actos públicos fue permitir la reapertura de la Casa del Obrero.

Mientras la organización obrera reiniciaba sus actividades, los revolucionarios triunfantes se dividieron en dos facciones irreconciliables, y en diciembre de 1914 empezó la nueva lucha, esta vez de constitucionalistas contra convencionistas. En el seno de la Casa del Obrero se dieron intensos debates entre quienes rechazaban la participación de la misma en la lucha, y los que apoyaban a una u otra de las facciones rivales. En ese contexto, las fuerzas de Obregón recuperaron la Ciudad de México por unos días y el propio caudillo se presentó en la Casa. Sus argumentos

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

y los del pintor Gerardo Murillo (“Dr. Atl”), convencieron a la mayoría de los dirigentes de la Casa de aliarse con la Revolución Constitucionalista.

De esa manera, el 17 de febrero de 1915 se firmó la alianza entre la Casa del Obrero y Mundial y la Revolución Constitucionalista, que comprometía a la primera a aportar voluntarios a las filas constitucionalistas (los batallones rojos que se hicieron famosos en las batallas del Bajío), y a la segunda a convertir en leyes las demandas de los obreros organizados.

69. ¿Qué fueron las batallas de Celaya?

El 6 y 7 de abril se enfrentaron, por vez primera, los dos más formidables soldados de la revolución, Álvaro Obregón y Pancho Villa, en una batalla por el control de Celaya que terminó con una victoria parcial de los carrancistas. Una semana después, entre el 13 y el 15 de abril, se libró la segunda batalla de Celaya, en la que los villistas recibieron un golpe demoledor. Y aunque no fueron estas las batallas definitivas de la guerra, sí fueron las que inclinaron la balanza del lado carrancista.

La intención de Villa al atacar Celaya era clara: en esos momentos se combatía en muchos frentes, y la situación militar estaba muy equilibrada. Si la columna de Villa lograba poner en fuga al ejército de Obregón, podrían capitalizarse los triunfos de Ángeles en el Noreste y reforzar las columnas de Fierro y Urbina, empantanadas en las líneas de Jalisco y Tamaulipas frente a los carrancistas. Pancho Villa comenzaba a darse cuenta de que el tiempo jugaba en

su contra y que los recursos económicos se le agotaban, por lo que con una pequeña columna trató de forzar la situación en Celaya.

En la primera batalla, el Ejército de Operaciones, fortificado en Celaya, era fuerte en 12,000 hombres, y el ejército atacante en algunos menos. La lucha fue durísima a lo largo de todo el frente, y las primeras líneas de defensa, comandadas por el general Francisco R. Manzo, tuvieron que replegarse con orden y sólo una situación fortuita decidió la batalla. Los villistas se retiraron tras sufrir numerosas bajas, pero con sus columnas ordenadas y toda su artillería, y en Salamanca se concentraron, para preparar nueva ofensiva. Villa recibió refuerzos que aumentaron sus efectivos hasta los 15 o 18,000 soldados.

Entre tanto, en el campo obregonista se recibieron importantes refuerzos, entre los que destacaban los michocanos de Joaquín Amaro y los veracruzanos de Gabriel Gavira, que hicieron subir los efectivos de la columna a 18,000 soldados. Obregón dispuso de tiempo para distribuir la infantería en un círculo atrincherado dividido en tres sectores, dejando la caballería a retaguardia, fuera de Celaya. El plan era muy sencillo: consistía en hacer que los villistas se agotaran en sucesivos ataques contra los tres sectores de la defensa, para luego pasar a la ofensiva mediante un contraataque de la infantería y un movimiento envolvente de la caballería, que no participaría en la batalla sino hasta ese momento.

El combate empezó en la tarde del 13 de abril, con ataques villistas contra todos los sectores de la defensa, y la batalla siguió esa pauta durante más de 38 horas, aun-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

que lo más señalado del día 14 fue un prolongado duelo de artillería. Agotado el brío del enemigo, siguiendo el plan original, las caballerías del general Fortunato Maycotte cargaron sobre el flanco izquierdo villista, mientras las infanterías sonorenses contraatacaban. Los villistas resistieron los primeros embates, pero al atardecer del día 15 sus líneas fueron penetradas por los carrancistas, y la derrota se convirtió en desastre: abandonando toda la artillería y numerosos prisioneros, los villistas huían en desbandada, y sólo la serenidad del general Villa, que reunió con sus “Dorados” algunos contingentes de caballería que enfrentaron a Maycotte poniendo fin a la persecución, evitó la total destrucción de la columna.

Más que el parte oficial del general Obregón, que exagera hiperbólicamente tanto sus méritos como los efectivos enemigos, lo que muestra la rudeza del combate y la dificultad con la que alcanzó la victoria son los angustiosos telegramas que el general en jefe envió al señor Carranza durante el transcurso de la batalla.

70. ¿Cómo fue la mayor acción de armas de la Revolución?

Tras ser derrotado en Celaya, Pancho Villa se retiró con sus maltrechas columnas a León y empezó a concentrar ahí a lo más granado de sus soldados y generales. Urbina y Chao se retiraban del campo de batalla de El Ébano, Fierro y Seañez dejaban Jalisco en poder de Diéguez y Murguía, José Rodríguez ponía fin a su ofensiva sobre Matamoros, Felipe Ángeles fue llamado con urgencia... por todas par-

tes, como resultado de las batallas de Celaya, los frentes villistas se hundían, pero el infatigable Centauro reunía un formidable ejército para intentar detener el avance de Obregón.

Por su parte, el caudillo sonoreense agregó a sus tropas victoriosas, los contingentes de Manuel M. Diéguez, Francisco Murguía, Enrique Estrada y otros generales de menor importancia, haciendo subir el número de sus efectivos a cerca de 30,000 hombres, con lo que la siguiente batalla volvería a darse entre fuerzas más o menos equilibradas en número. Obregón estableció un cuadro defensivo de 20 kilómetros de largo, con la Estación Trinidad (entre Silao y León) como centro, y esperó ahí los ataques villistas.

Entre el 27 de abril y el 31 de mayo hubo una serie de combates parciales en los que ambos ejércitos se movían con extremada cautela buscando que el enemigo se debilitara y mostrara un punto débil sobre el cual golpear con decisión. Finalmente, el 1° de junio empezó a romperse el equilibrio, cuando Pancho Villa concibió una audaz maniobra envolvente tratando de forzar el fin de la batalla. El 2 de junio el ejército de Obregón quedó rodeado por el enemigo y aunque algunos generales, Murguía sobre todo, insistían en tomar la contraofensiva desde luego, Obregón se negó a escucharlos, esperando para hacerlo a que el enemigo agotara su empuje y debilitara sus líneas.

El día 3, Obregón, acompañado de su Estado Mayor y de los generales Diéguez y Cesáreo Castro, visitó la posición de Murguía, fortificado frente al enemigo en la hacienda de Santa Ana del Conde. En el campanario de la

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

hacienda el general Obregón explicó al bravo e impaciente Murguía el plan del contraataque que empezaría al día siguiente y consistía en una ofensiva emprendida por rumbos opuestos y combinada con un ataque a la retaguardia villista efectuado por las tropas que Maycotte y Amaro tenían en Irapuato. Habiendo ajustado el plan para la decisiva acción del día siguiente, Obregón, con los oficiales de su Estado Mayor, avanzó hacia la línea del frente, donde una granada villista le arrancó de cuajo el brazo derecho.

Benjamín Hill tomó el mando de las operaciones y el día 5 de junio dio la orden de pasar a la ofensiva de acuerdo con el plan trazado por Obregón, luego de una junta de jefes en la que Serrano, Sáenz y Garza lo explicaron en detalle a los cuatro comandantes del ejército, los generales Hill, Murguía, Diéguez y Castro. La operación se hizo con tal pulcritud, aprovechando la debilidad de las líneas enemigas prevista por Obregón, que antes de que terminara el día León estaba en manos de Murguía y los villistas huían en desorden hacia Aguascalientes.

71. ¿Cómo desapareció la División del Norte?

En Celaya y Trinidad quedó vencido el villismo, y aunque por todas partes sus tropas retrocedían, el Centauro se fortificó en Aguascalientes decidido a presentar batalla otra vez y envió una fuerte columna de caballería, a las órdenes de Rodolfo Fierro, a la retaguardia enemiga para desarticular las líneas de abastecimiento del Ejército de Operaciones. Fierro tuvo éxito en su misión, pero no evitó con ello que en la batalla de Aguascalientes, librada entre el 7 y el

10 de julio de 1915, la División del Norte fuera batida otra vez.

La batalla de Aguascalientes fue el último esfuerzo en gran escala realizado por el villismo para detener la marcha triunfal del Ejército de Operaciones a lo largo de septiembre tres columnas mandadas por Obregón, Francisco Murguía y Jacinto B. Treviño recuperaron las ciudades del noreste y la propia plaza de Torreón, tan cara al villismo. Parecía que la campaña contra Villa había terminado, que sólo faltaba avanzar hasta Chihuahua derrotando a los últimos núcleos enemigos donde estos quisieran resistir, pero Pancho Villa, que nunca aceptó la realidad amarga de la derrota, concibió un plan audaz e inteligente, que revivió por unas semanas las esperanzas de sus partidarios: la campaña de Sonora.

Una serie de movimientos realizados a mediados de octubre llevaron a las últimas columnas operativas del villismo a las llanuras de Sonora, donde los esperaba su aliado, José María Maytorena; pero los carrancistas movieron con la misma rapidez dos columnas: una a las órdenes de Francisco Serrano, que se trasladó por ferrocarril de Eagle Pass, Texas, a Douglas, Arizona, y llegó a Agua Prieta justo a tiempo de impedir que Plutarco Elías Calles fuera despedazado por Villa; y otra que llegó por mar de Manzanillo a Guaymas, a las órdenes de Manuel M. Diéguez, que batió al Centauro en una sangrienta batalla librada los días 18 al 20 de noviembre. Pancho Villa tuvo que regresar a Chihuahua por el difícil camino de la Sierra, que causó muchas muertes de hambre y de frío a la última columna de la División del Norte.

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

El 15 de diciembre Pancho Villa estaba de regreso en Chihuahua al frente de sus mermadas huestes. Todavía quiso resistir, pero ya era imposible: Francisco Murguía había ocupado las principales plazas del estado de Durango, donde los últimos villistas leales se habían remontado a la sierra como guerrilleros; y el general villista Cruz Domínguez venía retrocediendo desde Ciudad Jiménez, sin pensar siquiera en poder resistir a la poderosa división que avanzaba desde Torreón a las órdenes de Jacinto B. Treviño. El Centauro, amargado por las derrotas y las deserciones, desocupó Chihuahua y el 25 de diciembre, en la hacienda de Bustillos, disolvió la División del Norte (terminaba la epopeya, empezaba la leyenda), retirándose a la sierra con sus “Dorados”: la campaña de 1915, la más cruenta y reñida de la historia militar de México, había terminado.

72. ¿Qué fue la “comuna de Morelos”?

Mientras los villistas se batían a muerte con los carrancistas, Emiliano Zapata se retiró a Morelos para formalizar el reparto agrario prometido en el Plan de Ayala. En diciembre de 1914 uno de los principales compañeros y asesores de Zapata, Manuel Palafox, fue nombrado secretario de Agricultura de la Convención. Un periodista le preguntó si pensaba “estudiar la cuestión agraria” y él replicó: “No señor. La cuestión agraria la tengo ampliamente estudiada. Me dedicaré a resolverla”. Y así lo hizo: de inmediato fundó un banco de crédito rural, ordenó el establecimiento de escuelas técnicas de agricultura y abrió oficinas para el reparto de tierras en regiones fuera de Morelos.

En enero de 1915 llegaron a Morelos las Comisiones Agrarias formadas por unos cuarenta estudiantes de la Escuela Nacional de Agricultura y representantes de los pueblos, que se encargaron de hacer los deslindes de los terrenos que serían devueltos a los pueblos o repartidos conforme al Plan de Ayala, cuyos artículos 6º, 7º y 8º tenían ahora fuerza de ley para los convencionistas. Los jóvenes agrónomos tuvieron que revisar los viejos títulos de propiedad, mediar en las disputas entre pueblos vecinos y finalmente, atender las voces de los ancianos y los hombres con autoridad, e incluso las del propio Zapata, para adjudicar a cada uno de los pueblos las tierras que les correspondían. En el mes de marzo, Emiliano escribió al presidente de la Convención, Roque González Garza: “Lo relativo a la cuestión agraria está resuelto de manera definitiva, pues los diferentes pueblos del estado, de acuerdo con los títulos que amparan sus propiedades, han entrado en posesión de dichos terrenos”.

En 1915, los zapatistas fueron más radicales en la práctica del agrarismo de lo que propusieron en el Plan de Ayala, en 1911. Muestra de su nuevo radicalismo, resultado de la práctica revolucionaria, fueron acciones como la distribución de muchas tierras de las haciendas en función no sólo de los viejos títulos sino de las necesidades de los pueblos, la expropiación sin indemnización de ingenios y destilerías de los “enemigos de la Revolución” y su administración militar. Los recursos obtenidos de estos ingenios se destinaban a los gastos militares del Ejército Libertador del Sur y a la atención de viudas y huérfanos de revolucionarios.

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Cuando llegó la época, por primera vez en años todos los campos de Morelos fueron sembrados, pero no con la caña o el arroz de los hacendados, sino con el maíz y el frijol de los pueblos. Emiliano trataba de convencerlos de que también sembraran caña para los ingenios pero lo logró en muy pequeña escala. Sin embargo, el nivel de vida y las relaciones sociales mejoraron notablemente, gracias a la abundancia de comida, a la ausencia de conflictos entre los pueblos y a la inexistencia de los hacendados, que habían huido en masa del estado.

Durante varios meses, el ambiente de Morelos fue el de una utopía aldeana, donde todos hacían alarde de pobreza sin serlo del todo, donde las fiestas campiranas convocaban a la gente y donde Emiliano dirigía la vida pública y dirimía los escasos conflictos desde el pequeño pueblo de Tlaltizapán. Parecía tan buena la vida que cuando aparecieron en el norte del país los anuncios de la ruina de la revolución campesina, nadie en Morelos quiso entenderlos, hasta que fue demasiado tarde. Pancho Villa fue derrotado en el Bajío entre abril y junio; la poderosa División del Norte fue echada de Jalisco, de la Huasteca y del noreste, y los carrancistas ocuparon definitivamente la Ciudad de México. Sólo entonces, Zapata consideró la necesidad de volver a la acción, pero sería demasiado tarde.

73. ¿Qué querían los villistas para el país?

En el texto del decreto de expropiación de los bienes de los enemigos de la Revolución, dictado por Pancho Villa el 12 de diciembre de 1913, y en “el sueño de Pancho Villa”, es-

tán las líneas principales del proyecto agrario del villismo, que habría de ser complementado por otros documentos promulgados en abril y mayo de 1914 por los gobernadores que sucedieron a Pancho Villa, el general Manuel Chao y el general Fidel Ávila, y que pasando por la Ley General Agraria de julio de 1915, habría de alcanzar su expresión más acabada, luego de la confluencia del villismo con el zapatismo, en el Programa de reformas políticas-sociales de la Convención. En el decreto del 12 de diciembre no sólo se expropiaban los latifundios, también se prometía restituir “a sus legítimos dueños, las propiedades que valiéndose del poder les fueron arrebatadas por dichos individuos, haciéndose así plena justicia a tanta víctima de la usurpación”. Pronto se entendió que esta promesa rezaba con las tierras de los pueblos despojados durante los últimos años del porfiriato, como puede verse en el decreto relativo al deslinde y adjudicación de los terrenos expropiados a los soldados en servicio activo, sus deudos y “los pobres”, publicado por el gobernador Chao el 5 de marzo de 1914.

Aparecen así los pueblos como sujetos activos, y esos pueblos son los pueblos del norte, base de la concepción democrático-militar del “sueño de Pancho Villa”: la república de pequeños propietarios independientes, armados, agrupados en pueblos o “colonias militares” autárquicos y autosuficientes. La legislación villista posterior trató de dar forma no tanto a esta utopía, pero sí al ideal de la pequeña propiedad agraria, productiva e independiente, como base de la riqueza del país, un ideal, dicho sea de paso, constante en los clásicos del liberalismo mexicano. Las disposiciones villistas estaban encaminadas a impul-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

sar por todos los medios la pequeña propiedad: tras la expropiación de los latifundios vinieron otros decretos sobre compra de terrenos, fraccionamiento de tierras municipales y baldías y expropiación “por causa de utilidad pública”: todas las figuras legales posibles para, sin violentar el derecho a la propiedad, poder repartir tierras entre los campesinos o “los pobres”.

Pero no se proyectaba repartir las tierras y dejar a los nuevos propietarios a su suerte, pues entre las responsabilidades y funciones del Banco del Estado estaban las de otorgar créditos de avío a estos agricultores e impulsar las obras de irrigación y otras mejoras. Por su parte el gobierno se comprometía a construir escuelas en los núcleos rurales y dar vida a escuelas agrícolas y a laboratorios de experimentación con semillas e insumos. Según las leyes agrarias, las adjudicaciones de tierras no serían gratuitas, sino en cómodos y módicos pagos, y la venta o enajenación de las tierras adjudicadas encontraba innumerables obstáculos o prohibiciones.

Este programa agrario era uno de los dos pilares principales del proyecto villista. El otro, el de la democracia política, herencia directa del maderismo insertado en las filas villistas. La democracia universal y directa, la restauración del orden constitucional, la división de poderes, el federalismo y la autonomía municipal, que conjuntaban tanto los ideales de Madero (muchos de cuyos colaboradores y parientes militaban en las filas villistas) como la vocación de autonomía pueblerina y democracia plebeya de los jefes populares del villismo, fueron los grandes temas articuladores de este ideal democrático, que por hoy sólo dejaremos así enunciado.

En torno a esos dos principios, la reivindicación agraria y el ideal democrático, se fue construyendo el proyecto de nación del villismo en el verano y el otoño de 1914, en el que además de desarrollarse y decantarse lo relativo a la redistribución de la propiedad raíz y la restauración del orden constitucional, se añadieron proyectos sobre la conducción económica del Estado, el federalismo y el municipio libre; sobre las condiciones de vida de los obreros y el carácter del Estado como árbitro entre las clases.

74. ¿A qué se le llama “el canto de cisne de la Convención”?

El Programa de reformas político-sociales de la Revolución, publicado por la Soberana Convención Revolucionaria en Jojutla, Morelos, el 18 de abril de 1916, fue el resultado del amplísimo debate sobre los problemas de México, que durante más de un año tuvieron los representantes del villismo y del zapatismo, con el problema de que, al terminar de redactar el programa, no tenían ya posibilidad ninguna de llevarlo a la práctica, pues habían perdido la guerra.

Las reformas propuestas son numerosas y muchas de ellas incluyen las formas de instrumentarlas, como la destrucción del latifundio y la creación, mediante restituciones, expropiaciones y dotaciones, de la comunidad y la pequeña propiedad; el fomento de la agricultura; la reglamentación de las explotaciones mineras y petroleras y la adjudicación al Estado de parte de las mismas; legislación laboral y otras de corte social, pero también importantes y novedosas propuestas políticas, como la instauración del

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

voto universal, directo y secreto; supresión del senado, la vicepresidencia y las jefaturas políticas; y adopción del régimen parlamentario como forma de gobierno.

Tras publicar el Programa, la Convención se disolvió.

75. ¿Por qué Villa atacó Columbus?

El 9 de marzo de 1916, una fuerza invasora mexicana de 500 hombres, a los gritos de ¡Viva Villa! y ¡Viva México!, atacó el pueblo de Columbus, Nuevo México. El general revolucionario Francisco Villa envió a los invasores y observó el combate desde un cerro cercano. Los villistas fueron rechazados por fuerzas del ejército estadounidense después de una batalla que duró seis horas y que causó grandes destrozos al poblado. Los Estados Unidos respondieron a este ataque rápidamente, enviando a México una expedición punitiva formada por 4,800 soldados, más tarde aumentada hasta 10,000, que invadió el estado de Chihuahua con la intención de capturar a Villa muerto o vivo, y destruir sus tropas.

La expedición punitiva fue un desastre militar y político para los Estados Unidos, porque Pancho Villa no fue capturado ni sus fuerzas destruidas, provocó una hostil reacción en el pueblo mexicano y amargó las relaciones con el gobierno de Venustiano Carranza. Finalmente, salió del país once meses después de su entrada.

Pero, ¿por qué Villa atacó Columbus? A lo largo del año anterior, el ejército revolucionario puesto a sus órdenes, la poderosa División del Norte, había sido destruida

en una serie de terribles batallas libradas contra el Ejército Constitucionalista, que mandaba el general Álvaro Obregón. Antes de que terminaran esas batallas, pero cuando la balanza se inclinaba claramente a favor de los Constitucionalistas, los Estados Unidos reconocieron al gobierno constitucionalista encabezado por Venustiano Carranza, lo que sumado a una serie de hechos posteriores convenció a Pancho Villa del que Carranza había firmado un pacto con el gobierno de los Estados Unidos que terminaría reduciendo a México de nación soberana a mero protectorado estadounidense, y decidió impedir semejante iniquidad mediante un acto de provocación que causara una guerra que salvara a la patria.

En realidad, no había tal pacto, aunque Villa tenía sobrados motivos para creer en su existencia, y si la reacción del gobierno estadounidense sólo redundó en su desprestigio y su alejamiento del gobierno de Carranza, Pancho Villa quedó ante los ojos de muchos mexicanos como el simbólico vengador de la intervención estadounidense de 1847.

Otros efectos importantes del ataque a Columbus fueron la debilidad crónica del gobierno de Carranza, que nunca pudo extender su control efectivo a todo el territorio nacional, lo que a la postre facilitó su caída, y el fortalecimiento de los sentimientos nacionalistas en el pueblo y gobierno de México.

76. ¿Qué fue la Expedición Punitiva?

El 15 de marzo de 1916, 4,800 soldados estadounidenses, a las órdenes del general John J. Pershing, entraron a terri-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

torio mexicano, para castigar a Pancho Villa por el ataque a Columbus, una acción enormemente simbólica que buscaba debilitar al gobierno de Venustiano Carranza y echar por tierra una supuesta entrega del territorio nacional que Villa creía —erróneamente— que Carranza había pactado.

Las instrucciones que dio a Pershing el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, consistían en aprehender a Pancho Villa o, por lo menos, destruir sus fuerzas, pero Pershing no logró ni lo uno ni lo otro, aunque llegó a tener más de 10,000 hombres en territorio mexicano: el Centauro del Norte no fue capturado por los norteamericanos, y sus fuerzas no sólo no fueron derrotadas ni dispersadas, sino que aumentaron en forma fenomenal durante la permanencia de los estadounidenses; si al atacar Columbus Pancho Villa sólo contaba con 500 hombres, los restos de la gran División del Norte derrotada por las fuerzas constitucionalistas en sangrientas y memorables batallas, a fines de 1916 mandaba otra vez un ejército de cerca de 10,000 soldados, que lo consideraban un símbolo de la resistencia nacional contra la intervención extranjera.

Además de pensar que los hombres de Pershing derrotarían fácil y rápidamente a Pancho Villa, el presidente Wilson suponía que Venustiano Carranza aprobaría la ayuda que se le brindaba para acabar con su infatigable enemigo, pero ahí también fallaron lamentablemente los cálculos de los gobernantes estadounidenses, porque Carranza no estaba dispuesto a permitir la intervención ni, mucho menos, a aplaudirla. Y aunque lo que menos quería Carranza era una guerra formal con los Estados Unidos, exigió de manera terminante la salida de las fuerzas expedicionarias.

El 20 de junio estuvo a punto de provocarse la guerra entre ambas naciones, cuando fuerzas carrancistas del coronel Félix U. Gómez, enfrentaron a un destacamento estadounidense en El Carrizal, Chihuahua, y aunque en el combate murió el jefe Gómez, los invasores fueron derrotados. Las negociaciones subsiguientes entre ambos gobiernos no condujeron a ningún lado, y por fin, ante las dificultades crecientes de los Estados Unidos con Alemania, que presagiaban su entrada en la Primera Guerra Mundial, el 28 de enero de 1917 Wilson ordenó a la expedición punitiva salir de territorio mexicano, operación que terminó con la salida de las últimas tropas el 6 de febrero.

El señor Carranza no había cedido a ninguna de las desmesuradas exigencias de los norteamericanos, consiguiendo que las tropas intervencionistas se retiraran incondicionalmente, cerrando una de las páginas más difíciles de las siempre complejas relaciones entre nuestro país y el poderoso vecino del norte.

77. ¿Cómo empezó la campaña carrancista contra el zapatismo?

A fines de noviembre de 1915 Carranza anunció el inicio de la “campaña definitiva” contra el zapatismo y aunque las primeras operaciones fueron rechazadas por Emiliano y sus generales en los límites de Morelos, en abril de 1916 el general carrancista Pablo González llegó hasta Cuernavaca al frente de más de 20,000 hombres.

Don Pablo, militar eficaz y sistemático pero poco brillante, reeditó en Morelos la campaña de exterminio ins-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

trumentada en 1912 por los federales, con la diferencia de que no mandaba al ejército de un régimen en declive, sino a los soldados de un Estado emergente y vigoroso. Sus hombres se portaban como conquistadores y los fusilamientos, deportaciones, incendios y saqueos, volvieron a despoblar los campos de Morelos, cuyos habitantes, aterrorizados, se refugiaron en las montañas de Guerrero o en las ciudades bajo control carrancista.

Cuando las fuerzas de Pablo González tomaron el risueño pueblecito de Tlatizapán, la capital zapatista, en junio de 1916, todo parecía indicar que la revolución agraria del sur había fracasado completamente y que lo que los campesinos habían hecho para cambiar su país y su realidad había sido un sangriento error. Creyéndose dueño de Morelos, don Pablo inició el saqueo sistemático del estado y reprimió con saña a los pueblos.

78. ¿Cómo resistió Zapata la ofensiva carrancista?

Cuando por tercera vez un ejército llegado de fuera pareció haber destruido las bases del zapatismo, en julio de 1916, Emiliano recurrió otra vez a la estrategia guerrillera que antaño le había dado buenos resultados y sacó a sus hombres de Morelos, atacando a las fuerzas del gobierno en Guerrero, Puebla y el Estado de México. Trenes, ingenios, fábricas y minas fueron los blancos favoritos de los zapatistas. Y cuando acabó 1916, los carrancistas tuvieron que reconocer su fracaso: fuera de tres o cuatro ciudades, Morelos era tan zapatista como siempre. En enero de 1917 don Pablo y sus soldados, cargando todo lo que habían sa-

queado, abandonaron el estado y Emiliano pudo reorganizar la vida de los pueblos como en 1915.

Otra vez hubo paz en Morelos, pero la lucha seguía en Puebla y Guerrero y el gobierno preparaba cuidadosamente una nueva ofensiva, iniciada en noviembre de 1917. Treinta mil soldados carrancistas rodearon Morelos y desmontaron las defensas construidas por Emiliano. Don Pablo había aprendido de sus errores y avanzó mucho más lentamente, ocupando Cuautla y el oriente del estado, buscando no la destrucción de las guerrillas zapatistas, sino la reducción sistemática de sus bases de apoyo. La pobreza de los pueblos se convertía en miseria y en 1918 no hubo semilla para sembrar los campos. Los carrancistas pensaban ahora acabar por hambre al zapatismo.

Desesperado, Emiliano intentó alianzas nacionales que aflojaran la presión que asfixiaba a Morelos. Buscó a su viejo aliado Pancho Villa, negoció con anticarrancistas de varios estados, intentó comprar a oficiales pablistas, tendió puentes de entendimiento con los políticos y militares cercanos a Álvaro Obregón, el vencedor de Pancho Villa que cada vez tomaban mayor distancia de Carranza, cuya política agraria parecía reducirse al restablecimiento de la situación anterior a 1910. En vano. Pasó 1918 y don Pablo no avanzó, pero sí lo hicieron la asfixia y el hambre, que aumentaban junto con la angustia de Zapata.

En 1919 el hambre trajo una epidemia de influenza que devastó al estado con más eficacia que los soldados enemigos. Los cadáveres se acumulaban en los pueblos. Cuernavaca y Cuautla parecían ciudades fantasmas. Patrullas pablistas descubrían pueblos enteros completa-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

mente abandonados. Y don Pablo aprovechó esas circunstancias para avanzar. Con once mil hombres recuperó Cuernavaca, Yautepec, Jojutla, Tetecala y Tlaltizapán, poniendo fuertes guarniciones por todos lados. Pero la resistencia zapatista continuó en todo el sur.

79. ¿Cómo se convirtió Villa en un guerrillero implacable?

La expedición punitiva, que entró a México en 1916 para destruir a Pancho Villa, fue un desastre militar y político para los Estados Unidos, porque Pancho no fue capturado, provocó una hostil reacción en el pueblo mexicano y amargó las relaciones de los Estados Unidos con el gobierno de Venustiano Carranza. Finalmente, salió del país once meses después de su entrada. Pancho se referiría así a la expedición y a su jefe: “Ese Pershing vino aquí como un águila y se fue como una gallina mojada”.

Ahí nació la figura de Pancho Villa como símbolo de la resistencia nacional contra la penetración imperialista. El caudillo de Durango resurgió de sus cenizas para conducir durante cuatro años y medio una sangrienta y amarga resistencia guerrillera contra un gobierno al que consideraba traidor a la patria —lo que era falso— y opuesto a las demandas sociales que habían provocado la Revolución —lo que era cierto en muchos sentidos. Pancho era un guerrillero inigualable, prácticamente indestructible en esa clase de lucha, pero nunca volvió a tener la posibilidad de convertir a sus guerrillas en un ejército capaz de amenazar seriamente al nuevo Estado. Arrinconado, perseguido,

peleando en circunstancias muy adversas, los peores rasgos de su personalidad salieron a la luz, llegando a cometer en esta etapa actos de crueldad y violencia que dan sentido a la leyenda negra.

En 1919 Emiliano Zapata, su antiguo aliado al que seguía admirando, fue asesinado. Unos meses después murió en combate su mejor lugarteniente en la etapa guerrillera, Martín López, y fue fusilado el valiente y leal general Felipe Ángeles, que luego de tres años de exilio volvió a México para intentar hacer de Pancho el eje de una alianza nacional anticarrancista. Esas tres muertes agudizaron sus rasgos de crueldad, y creía vengarlas en cada prisionero carrancista, cada antiguo compañero al que agarraba. Así que cuando en 1920 Carranza fue asesinado y ocupó provisionalmente la presidencia don Adolfo de la Huerta, representante de un grupo político mucho más sensible a los problemas sociales de la Revolución, un Pancho Villa vencido y cansado, feroz y acosado, de 42 años, jefe de una guerrilla sin esperanza, decidió rendirse.

80. ¿Por qué se dice que a Yucatán la Revolución llegó desde fuera?

Porque la llevó el general sonorenses Salvador Alvarado, nacido en Culiacán, Sinaloa, criado en Pótam, Sonora y que en 1915 era uno de los más ameritados jefes revolucionarios del Noroeste. Hijo de un tendero, Alvarado cursó los estudios elementales y se formó por su cuenta en la lectura de grandes reformadores sociales, y desde 1906 se convirtió en opositor decidido de la dictadura porfiriana.

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Se levantó en armas en 1910 al frente de un grupo de indios yaquis, y durante el periodo maderista fue uno de los políticos más influyentes de Sonora y de los que con mayor ahínco exigía el cumplimiento de las promesas agrarias del Plan de San Luis. En 1913 y 1914, su rivalidad con el general Álvaro Obregón frenó su carrera militar, aunque cosechó algunas victorias importantes.

En 1915 llegó al punto más alto de su trayectoria, cuando Venustiano Carranza lo designó gobernador de Yucatán, ocupado por fuerzas contrarrevolucionarias. Al frente de un pequeño ejército conquistó Yucatán y estableció un laboratorio de la Revolución, poniendo en práctica medidas que después serían instrumentadas a nivel nacional, como la intervención del estado en la economía, la regulación de la producción henequenera, la construcción de organizaciones políticas y el diseño de un ambicioso programa educativo que pasaba por la construcción de un millar de escuelas, el combate al analfabetismo y la introducción de ideas tan novedosas como la educación sexual y la liberación femenina.

También logró acabar con el peonaje por deudas y la adscripción a las haciendas, que convertían a los peones en verdaderos esclavos, y lo hizo sin golpear la producción henequenera, de la que obtuvo recursos que contribuyeron a la victoria militar del carrancismo.

Aunque esta labor lo hizo muy popular en otras regiones del país, su actuación era lo bastante polémica para que fuerzas poderosas se opusieran a su posible candidatura presidencial en 1920, y Alvarado terminó apoyando a su paisano y rival, Álvaro Obregón. Durante el gobierno

de este último, Alvarado fue un vigoroso periodista que vigilaba celosamente los actos de la administración pública, a la vez que difundió sus ideas sociales y su actuación en Yucatán, como modelo a seguir por los gobiernos revolucionarios.

A fines de 1923, como muchos otros revolucionarios, se levantó en armas contra el gobierno de Obregón, oponiéndose a la candidatura oficial del general Plutarco Elías Calles. Derrotado en Jalisco por las fuerzas de Obregón, Alvarado continuó la lucha en el sureste y trató de regresar a Yucatán, pero el 10 de junio de 1924 fue aprehendido y asesinado en las cercanías de Palenque. Seis meses antes había sido asesinado en Yucatán (paradójicamente por rebeldes delahuertistas) el continuador de su obra, el gobernador Felipe Carrillo Puerto, ex coronel zapatista al que Alvarado encomendó en 1916 la dirección de las comisiones agrarias, encargadas de estudiar el reparto de tierras en Yucatán.

81. ¿Qué fue el “soberanismo” oaxaqueño?

En el estado de Oaxaca, una modesta élite regional, oriunda de los valles centrales, se las ingenió para mantener el control del gobierno del estado desde 1911 hasta 1914, cuando rebeldes de la sierra mixteca derribaron al gobernador huertista, sólo para aliarse políticamente con la élite de los valles a través de Guillermo Meixuiero, serrano y porfirista, enlace ideal entre ambos grupos.

De manera que en la revuelta oaxaqueña, que en el verano de 1915 asumió el nombre de “soberanista”, con-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

fluían en un principio los miembros de la antigua élite porfirista local, muchos de los cuales fueron partidarios de Félix Díaz desde 1912, con los pueblos de la sierra, llegados a la revuelta con sus estructuras tradicionales. Ciertamente que a partir de 1916 la élite de los valles empezó a desligarse del soberanismo, y que el carácter comunitario de la revuelta le permitió resistir —como a la zapatista— hasta 1920.

Aunque Oaxaca no se había beneficiado mucho con la modernización porfirista, los miembros de la élite habían sido beneficiados por nombramientos como oficiales y funcionarios en otros lados. Díaz, caudillo de la sierra mixteca, elevó a muchos de sus antiguos compañeros. Así pues, y dado que en general las estructuras agrarias de la sierra y los valles no habían cambiado mucho, no es raro que en 1914-20 se haya repetido el esquema militar de 1858-67: los pueblos en lucha, mandados por sus caudillos tradicionales. No es rara, tampoco, la vinculación con el felicismo.

Meixuero y los caudillos soberanistas resistieron hasta 1920 enarbolando la bandera del “soberanismo”, según la cual, Oaxaca reasumía su soberanía mientras la nación no recuperara el rumbo. En los años siguientes se aliaron a veces con grupos contrarrevolucionarios de otras entidades, pero sin perder nunca sus características locales.

82. ¿Por qué se dice que por Chiapas no pasó la Revolución?

Porque un grupo de finqueros (hacendados) encabezados por los generales Tiburcio Fernández Ruiz, Alberto Pineda

y Ángel María Pérez, se opusieron exitosamente a las fuerzas enviadas a Chiapas por los revolucionarios nortños, manteniendo la resistencia hasta 1920, cuando a cambio de someterse y reconocer al nuevo Estado, obtuvieron de los sonorenses la promesa de que respetarían en lo fundamental las estructuras sociales y agrarias del estado. Los seguidores de Fernández Ruiz, llamados “mapaches” lograron contener los ímpetus del general Jesús Agustín Castro, que intentó repetir en Chiapas lo que Salvador Alvarado estaba haciendo en Yucatán, pero nunca tuvo la capacidad militar ni política para someter a los “mapaches” ni a los zapatistas locales que encabezaba el general Rafael Cal y Mayor.

83. ¿Qué fue el telegrama Zimmermann?

La Revolución Mexicana coincidió temporalmente con la notoria tensión política entre las grandes potencias que precedió a la Primera Guerra Mundial, y con la guerra misma, gracias a lo cual las potencias imperialistas se vieron sumamente limitadas para intervenir en nuestros conflictos internos en defensa de sus intereses, como habrían hecho en otro momento. Sin embargo, México no fue ajeno a las intrigas diplomáticas y bélicas de aquel, sangriento conflicto, y los representantes de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Francia y Japón hicieron de México uno de los escenarios diplomáticos de la guerra.

El momento más espectacular de estas intrigas diplomáticas que envolvían o asediaban a los dirigentes mexicanos fue el telegrama Zimmermann, que envió el

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

subsecretario de Relaciones del Reich para Asuntos Latinoamericanos, de ese apellido, al embajador alemán en México. El telegrama instruía al embajador a proponer una alianza al gobierno mexicano contra los Estados Unidos y, al ser interceptado por los servicios secretos británicos, provocó la entrada de los Estados Unidos en la guerra, en contra de Alemania. Copiamos el telegrama:

“Nos proponemos comenzar el primero de febrero la guerra submarina, sin restricción. No obstante, nos esforzaremos para mantener la neutralidad de los Estados Unidos de América.

“En caso de no tener éxito, proponemos a México una alianza sobre las siguientes bases: hacer juntos la guerra, declarar juntos la paz; aportaremos abundante ayuda financiera; y el entendimiento por nuestra parte de que México ha de reconquistar el territorio perdido en Nuevo México, Texas y Arizona. Los detalles del acuerdo quedan a su discreción.

“Queda usted encargado de informar al presidente de todo lo antedicho, de la forma más secreta posible, tan pronto como el estallido de la guerra con los Estados Unidos de América sea un hecho seguro. Debe además sugerirle que tome la iniciativa de invitar a Japón a adherirse de forma inmediata a este plan, ofreciéndose al mismo tiempo como mediador entre Japón y nosotros.

“Haga notar al presidente que el uso despiadado de nuestros submarinos ya hace previsible que Inglaterra se vea obligada a pedir la paz en los próximos meses”.

La guerra submarina total a la que aludía Zimmermann, combinada con una poderosa ofensiva alemana, es-

taba pensada para destruir la capacidad de resistencia de británicos y franceses que para librar la costosa guerra de materiales que se libraba en el frente occidental dependían, sobre todo los primeros, de los enormes recursos de sus colonias y los de su socio comercial, los Estados Unidos, que aún no intervenía directamente en la guerra. Al proponerse hundir todos los cargueros que se dirigieran a puertos británicos, sin discriminar banderas neutrales, los alemanes sabían que terminarían por empujar a los estadounidenses en contra suya, pero confiaban en ganar la guerra antes de que los estadounidenses pudieran llevar efectivos importantes a suelo europeo.

En ese contexto, la propuesta de Zimmermann era una apuesta que nada costaba a los alemanes: si el presidente Carranza caía en el garlito y entraba en guerra con los estadounidenses, estos probablemente no pudieran intervenir en el teatro europeo en que se estaba decidiendo el destino del mundo. Nada garantizaba, y la lógica elemental dictaba lo contrario, que los alemanes, desgastados y desangrados tras vencer a los franceses y los ingleses, tuvieran ánimos para trasladar del otro lado del Atlántico los millones de soldados que harían falta para vencer a los Estados Unidos. Carranza, que estudió el asunto, lo entendió con claridad y rechazó la descabellada propuesta teutona.

Pero, entre tanto, los servicios secretos británicos lo entregaron al gobierno estadounidense, que lo usó para convencer a una opinión pública reacia, de la necesidad y justicia de declararle la guerra al imperio alemán.

84. ¿Por qué convocó Carranza a un Congreso Constituyente?

La Revolución Constitucionalista empezó con el propósito explícito de restablecer la legalidad constitucional emanada de la Constitución de 1857, por lo que puede resultar paradójico que, una vez triunfante, su Primer Jefe convocara a un Congreso que tendría que discutir y aprobar una nueva Carta Magna. Sin embargo, desde el principio ésta se presentó como una reforma de aquélla, y se hizo explícito que había una continuidad legal y no una ruptura entre la ley suprema de 1857 y la de 1917.

No se sabe cuándo y cómo fue que don Venustiano decidió convocar a un Congreso Constituyente en lugar de reformar la Constitución por las vías previstas en ella misma: la idea fue naciendo al calor de la situación revolucionaria y conforme el Primer Jefe expedía decreto tras decreto, transformando la legislación del país. En esas condiciones, se convenció, como se convencieron otros, de que para pacificar el país, abrir paso a la reconstrucción y consolidar el programa de la revolución la mejor opción política era convocar a un Congreso Constituyente, previó a la realización de las elecciones constitucionales.

Fue así que el 14 de septiembre de 1916, el Primer Jefe convocó a elecciones para el Congreso Constituyente, que se celebraron el día 22 de ese mes, instalándose el Congreso el 21 de noviembre, en la ciudad de Querétaro.

85. ¿Cómo se integró el Congreso Constituyente?

La convocatoria al Congreso Constituyente fue emitida por el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista el 14 de septiembre de 1916. Ese mismo día se publicó un decreto que reformaba el Plan de Guadalupe para darle cabida a la idea de redactar una nueva Constitución; y el día 19, también por decreto, la “Ley Electoral para la formación del Congreso Constituyente de los Estados Unidos Mexicanos”.

Estas y otras disposiciones tenían por objeto asegurar que el Congreso lograra coronar el propósito para el que se le convocaba, para lo cual el Primer Jefe puso sumo cuidado en establecer de antemano quiénes podrían ser electos, cuál era el mandato expreso que tendría el Constituyente, cuál su duración, cuál sería el método de discusión y aprobación del Proyecto de Constitución reformada y en dónde se celebraría el Congreso Constituyente. Todo esto respondía a la situación de violencia interna que aún vivía el país, pero también a que Carranza quería evitar que se repitieran las para él caóticas y desgastantes experiencias del Congreso Constituyente de 1856-1857 y de la Soberana Convención revolucionaria, que se había disuelto apenas cinco meses antes.

Según esas disposiciones, no podrían ser electos diputados constituyentes, “los que hubieren ayudado con las armas o sirviendo en empleos públicos a los gobiernos o facciones hostiles a la causa constitucionalista” lo que excluía a los huertistas, pero también y sobre todo, a los villistas y zapatistas. Además, el Congreso sólo podría discutir

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

el proyecto de Constitución enviado por el Primer Jefe y no podría elaborar un proyecto alternativo; y su única misión sería precisamente ésa: la de discutir, artículo por artículo y no en lo general, el proyecto de Constitución, tarea que debería terminar forzosamente en un plazo de dos meses, quedando disuelto al término de dicho plazo. Para darle fuerza a las reglas, los diputados constituyentes tendrían que protestar cumplir con la normatividad de excepción establecida en el Plan de Guadalupe, en sus adiciones y reformas, lo que quería decir que no estaba a discusión el camino trazado por el Primer Jefe para el regreso al orden constitucional.

A pesar de las rígidas condiciones impuestas en la convocatoria al Constituyente, éste distaba de ser monolítico y en su seno afloraron los conflictos internos de los revolucionarios. Por un lado estaban los diputados más cercanos a Carranza, dirigidos por Félix F. Palavicini, Luis Manuel Rojas, José N. Macías y Alfonso Cravioto, liberales clásicos llamados “renovadores”. Aunque estos diputados fueron derrotados en la mayoría de las votaciones polémicas, lograron que se aprobaran dos tesis centrales: la fuerza del Estado y el vigor, dentro de él, de la institución presidencial, en detrimento del Poder Legislativo.

Por el otro, un grupo de jóvenes revolucionarios denominados “jacobinos” o “radicales”, que hicieron de la nueva Carta Magna la más avanzada de la época en materia social, imponiendo la forma que adquirieron artículos que por sí mismos se convirtieron en símbolos del nuevo Estado y banderas de la Revolución, como el 3º, el 27 y el 123. Los principales “jacobinos” fueron Francisco J. Múgi-

ca, Esteban Baca Calderón, Amado Aguirre, Juan de Dios Bojórquez, Pastor Rouaix, Heriberto Jara, Luis G. Monzón y Enrique Colunga. El ala radical quiso ir más allá de la propuesta enviada por Carranza, reconociendo la huella de las demandas sociales. Fue el ala reformadora y verdaderamente creadora. Impulsado por los jacobinos, el Congreso fue mucho más allá de la propuesta de Carranza en materia de libertad de educación y relaciones Iglesia-Estado (artículos 3º y 130) y fue novedoso y original en materias agraria y obrera (artículos 27 y 123).

86. ¿Cuál fue la novedad política de la Constitución de 1917?

El proyecto de Constitución entregado por don Venustiano al Congreso, el 1º de diciembre de 1916, era un proyecto liberal restaurador, que miraba a la Constitución de 1857, aunque buscando suprimir los errores de funcionamiento de aquella Carta. La única reforma fundamental del proyecto de Carranza era que la Constitución de 1857 preveía un Ejecutivo débil, condición que, según una convicción generalizada, había desembocado en la dictadura. Tanto Juárez y Lerdo como Díaz no habían encontrado otra forma de gobernar que violentarla en el fondo aunque respetándola en la forma.

Carranza propuso en lugar de eso un Ejecutivo fuerte, capaz de sortear las emergencias del momento y de garantizar, por consecuencia confiada de su propia fuerza, la existencia real de los otros poderes, la soberanía de los estados y las libertades municipales. Estos temas, que

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

obtuvieron el respaldo de los radicales y quedaron consagrados en el artículo 80, que depositaba el “Supremo Poder Ejecutivo de la Unión en un solo individuo”, el presidente; y sobre todo, en el artículo 89, que daba al presidente 19 facultades y obligaciones específicas, entre las que destacan las de nombramientos y remoción, libre o condicionada de los miembros del gabinete, los diplomáticos y los oficiales superiores del Ejército y la Armada; la de “Disponer de la totalidad de la fuerza armada permanente [...] para la seguridad interior y defensa exterior de la Federación”; y la de “Dirigir las negociaciones diplomáticas y celebrar tratados con las potencias extranjeras, sometiéndolos a la ratificación del Congreso federal”.

El artículo 115, que consagraba los alcances del federalismo y del municipio libre, era en realidad un golpe a lo que muchos críticos consideraban el excesivo federalismo de la Carta de 1857. Los artículos 117 y 118 limitan las facultades de los estados. El 120 los obliga a cumplir las leyes federales.

87. ¿Cómo se elevaron a rango constitucional los derechos laborales?

El Artículo 5° de la Constitución de 1857 establecía la libertad de trabajo y prohibía los trabajos forzados, cosa que mantenía casi sin cambios el proyecto de Carranza, aunque el artículo 72 concedía al Congreso de la Unión facultades para legislar en materia laboral. Este generó creciente insatisfacción, hasta que el diputado Héctor Victoria propuso que se formara una comisión que redactara un ar-

título que sí atendiera las demandas revolucionarias. Los “renovadores” intentaron oponerse con purismos jurídicos, argumentando que las constituciones sólo deben contener lineamientos generales, pero fueron derrotados por argumentos políticos contundentes.

Finalmente, la libertad de trabajo, como una de las garantías individuales, quedó tal como la propuso Carranza en el artículo 5º, pero se añadió un largo y detallado artículo 123 que por sí solo formaba un título de la Constitución : “Del trabajo y la previsión social:”

Pastor Rouaix y José N. Macías encabezaron la comisión encargada de redactar el nuevo artículo, que elevó a rango constitucional los derechos de los trabajadores, estableciendo y regulando el derecho de huelga, la jornada de ocho horas, la fijación de un salario mínimo, reparto de utilidades, medidas de seguridad, despido sólo por causas justificadas, protección a las madres, abolición del peonaje por deudas, mecanismos de arbitraje para dirimir los conflictos entre trabajo y capital y otras estipulaciones que hicieron del artículo 123 constitucional el más avanzado de la época.

88. ¿Cuál es el artículo más importante de la nueva Constitución?

Sin duda, el 27, en cuya redacción participaron, entre muchos otros, Francisco J. Múgica, quien diseñó el simbólico reparto agrario instrumentado por Lucio Blanco en 1913; y Pastor Rouaix, quien como gobernador de Durango expidió ese mismo año la primera Ley Agraria de la Revolución

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

que tuvo efectos prácticos. Rovaix y Múgica impugnaron el texto del proyecto de Carranza y, con la experiencia del artículo 123 discutido previamente, lograron que se integrara una comisión, asesorada por los licenciados Andrés Molina Enríquez y José Inocente Lugo.

El proyecto redactado por la comisión establecía que la propiedad de las tierras y aguas correspondía originariamente a la Nación, la cual tenía el derecho de transmitir su dominio a los particulares, constituyendo la propiedad privada, que podía ser expropiada por causa de utilidad pública y mediante indemnización. La Nación tenía el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dictara el interés público, por lo que se fraccionarían los latifundios para desarrollar la pequeña propiedad, y se dotaría de tierras y aguas a los pueblos que carecieran de ellas.

El mismo artículo establecía que corresponde a la Nación el dominio directo del subsuelo; que sólo los mexicanos tienen derecho a adquirir el dominio directo de tierras y aguas, pero el Estado puede concederlo a extranjeros cuando renuncien a la protección de sus gobiernos. También declaraba nulas todas las operaciones de deslinde y concesión de tierras, hechas a partir de 1856, que hubieran privado de sus bosques, tierras y aguas a los pueblos, comunidades y demás colectividades de población. Las reglas y mecanismos para la explotación de las riquezas del subsuelo permitieron regular y poner límites a las todopoderosas compañías extranjeras que las explotaban.

De ese modo, los campesinos derrotados en los campos de batalla triunfaron en el artículo 27 constitucio-

nal que, además concilió los intereses de los norteños, inclinados a la pequeña propiedad individual, y los del centro y sur, partidarios del ejido, como la Constitución llamó a la totalidad de las tierras de los pueblos o comunidades, de propiedad común o colectiva, abandonando el anterior sentido del término, que refería únicamente a ciertas tierras de uso común para los ganados.

Pero una cosa era haber elevado a rango constitucional la principal demanda agraria y otra muy distinta, convertirla en realidad, sobre todo si consideramos que el artículo 27 fue obra de los diputados radicales o jacobinos del Congreso Constituyente, cuyas aspiraciones y proyectos diferían de los del señor Carranza, que en mayo de ese 1917 dejó de ser Primer Jefe para convertirse en presidente constitucional de la República.

89. ¿Cómo fue la presidencia de Carranza?

Un artículo transitorio de la Constitución ordenaba a Carranza a convocar a elecciones, y así lo hizo, gobernando de 1917 a 1920 como presidente constitucional, con un Congreso dividido (había casi una mitad de diputados obregonistas) y ya no como Primer Jefe con facultades extraordinarias.

Carranza removió a Obregón de la Secretaría de Guerra y dio los mandos militares mas importantes a caudillos en los que confiaba (Pablo González, Manuel M. Diéguez, Francisco Murguía, Cándido Aguilar y Jacinto B. Treviño) e inició una política restauradora, con ánimo de reactivar la economía pero, también, de hacer como si la re-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

volución popular hubiese sido un mal sueño. Donde pudo, devolvió las tierras a los hacendados y entró en pacto con ellos, o entregó las haciendas y fábricas a los militares leales, para mantenerlos así y formar una nueva burguesía. Su política frente al zapatismo fue de exterminio y, frente a los obreros, anuló en la práctica los derechos de asociación y huelga consagrados en el flamante artículo 123. Esto lo fue aislando y volviendo cada vez más impopular, mientras crecía la figura de Obregón, aparentemente retirado de la vida política en sus negocios de Sonora.

Buena parte de esta política se debía a que la mayor parte de los recursos del erario se gastaban en la principal tarea política del régimen que era el sometimiento de los rebeldes que sustraían comarcas enteras del dominio del Estado: revolucionarios populares como Zapata y Villa; contrarrevolucionarios como los seguidores de Félix Díaz, los “mapaches” chiapanecos o los “soberanistas” oaxaqueños; y hasta meros bandidos sin otra bandera que el robo y la violación, como el michoacano José Inés Chávez García.

Por supuesto, la institución encargada de someter a los rebeldes era el Ejército Constitucionalista convertido en Ejército Nacional, cuyos jefes, de origen revolucionario, no contribuyeron, precisamente, a centralizar el poder. Si los generales más importantes ya eran, de por sí, caudillos revolucionarios con importantes bases locales y autónomas de poder, la fuerza que por necesidad hubo que darles les permitió echar anclas en determinadas regiones y convertirse en poderosos caciques. No está de más mencionar a Salvador Alvarado, quien extendió su poder de Yucatán a todo el sureste; Jesús Agustín Castro, que paseó su escasa

capacidad militar por Chiapas y Oaxaca; Francisco J. Múgica, que sentó las bases del posterior cacicazgo *garridista* en Tabasco; Esteban Cantú, amo y señor del territorio de Baja California; Manuel M. Diéguez, que ausente o presente, dominaba Jalisco; Francisco Murguía, que se hizo de un enorme poder durante su estancia como jefe de las operaciones contra el villismo; y así por el estilo Enrique Estrada en Zacatecas, Pablo González y Jacinto B. Treviño en todo el centro, Cándido Aguilar en Veracruz, Benjamín Hill y Plutarco Elías Calles en Sonora, y otros de menor envergadura.

Para 1919, casi todo mundo estaba harto del Primer Jefe y lo único que deseaban era la finalización de su gobierno.

90. ¿Quién fue Manuel Peláez?

Como casi todos los jefes maderistas de la Huasteca, Manuel Peláez era un próspero ranchero, mejor dicho un mediano hacendado, que armó a sus peones y clientes en la Revolución contra Díaz, al término de la cual fue electo presidente municipal de El Álamo, Veracruz, una de las principales zonas productoras de petróleo, el valioso aceite que durante la Revolución, habría de convertirse en la principal exportación de México.

En 1912, Peláez respaldó la rebelión de Félix Díaz y al fracasar ésta, se exilió en los Estados Unidos, de donde volvió en abril de 1913, convirtiéndose en el principal operador político-militar del régimen huertista en la huasteca veracruzana, región que producía casi todo el petróleo

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

mexicano. Desde entonces se fue convirtiendo en el hombre que necesitaban las compañías petroleras de capital británico y estadounidense para mantener la paz en la región.

A sueldo de las compañías petroleras, Peláez se declaró villista en octubre de 1914, para oponerse al general carrancista Cándido Aguilar, conocido por su nacionalismo, que controlaba casi todo el estado de Veracruz. Desde entonces y hasta 1920, gracias a los recursos de las compañías, Peláez controló militarmente la Huasteca, rechazando los tibios intentos de control carrancistas. Fue una época dorada para las compañías petroleras cuya ley imperaba en toda la región.

Uno de los subordinados de Peláez, que recientemente se había rendido al caudillo carrancista huasteco Francisco de P. Mariel, el general Rodolfo Herrero, se encargó a sí mismo asesinar al presidente Venustiano Carranza. En el nuevo orden de cosas, Peláez negoció rápidamente con los sonorenses, pero el presidente Obregón lo mandó a Estados Unidos en una comisión militar sin importancia, en octubre de 1921 y, en su ausencia, desarmó y disolvió sus tropas: terminaba la época de la impunidad de las compañías.

91. ¿Cómo fue asesinado Emiliano Zapata?

Luego de casi cuatro años de una campaña sangrienta y desalentadora, Pablo González entendió que no había manera de acabar con la organización zapatista ni con la voluntad de los pueblos. Nadie estaba dispuesto a entregar a

Emiliano y éste no pensaba entrar en negociaciones con un gobierno que rechazaba los principios del Plan de Ayala y cuyo agente en Morelos, Pablo González, estaba regresando a los hacendados sus tierras y sus ingenios. Pero no era una lucha del todo desesperada: se acercaban las elecciones presidenciales de 1920 y muchos revolucionarios que criticaban abiertamente la ausencia de política social del carrancismo, se agrupaban en torno a la candidatura de Álvaro Obregón, cuyos operadores políticos negociaban en secreto con los zapatistas. Ante la incapacidad de erradicar la lucha campesina y la cercanía de tan compleja coyuntura, don Pablo decidió acabar con Zapata a traición.

Un oficial *pablista*, Jesús Guajardo, fue arrestado por un acto de indisciplina. En su desesperada búsqueda de aliados, Emiliano le envió una carta invitándolo a unirse a su causa. Don Pablo interceptó la carta y concretó su decisión: ordenaría a Guajardo que le siguiese el juego a Zapata hasta conseguir atraparlo muerto o vivo. Carranza autorizó el plan y Guajardo lo puso en práctica declarándose en rebelión contra el gobierno y fusilando a algunos zapatistas traidores cuya ejecución pidió Emiliano en prueba de buena fe.

Y entonces, Emiliano aceptó la invitación de su nuevo aliado. Se reunieron el 9 de abril cerca de Tepalcingo y acordaron encontrarse al día siguiente en la hacienda de Chinameca, para ultimar los detalles de un plan de operaciones militares contra Jojutla y Tlaltizapán. Al amanecer del día siguiente Zapata, con 150 hombres, salió de su escondite en las montañas y cabalgó hacia aquella hacienda. Se reunió con Guajardo afuera de la hacienda y durante

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

varias horas le dio instrucciones precisas. A la hora de comer, Guajardo invitó a Zapata a pasar a la hacienda. A la entrada había un grupo de soldados que presentaron armas cuando el clarín tocó tres veces llamada de honor. Al apagarse la última nota, los soldados dispararon a quemarropa, matando instantáneamente al jefe Zapata y a tres de sus acompañantes.

92. ¿Cómo nació el mito de Zapata?

El 10 de abril de 1919 Pablo González montó un gran espectáculo en Cuautla y miles de personas llegaron desde los pueblos vecinos para ver el cadáver de Emiliano. Muchos lloraron, pero muchos más se negaron a aceptar el hecho: “Ése no es Zapata —decían los campesinos—. *Miliano* tenía verruga en la mejilla derecha y este no la tiene”. “Este no es Zapata —afirmaban los pobres—. Yo lo vi cabalgando hacia las montañas de Guerrero”. “Éste no es Zapata —decían otros—. Mandó a su primo, que se le parece, a *palabrear* con el traidor Guajardo y él sigue escondido en las montañas”.

Muchos revolucionarios oficiales reaccionaron con ira. Para hombres como Salvador Alvarado, Francisco J. Múgica o Aarón Sáenz, los premios dados a Guajardo eran una deshonra para el Ejército, y el asesinato a mansalva del caudillo agrarista demostraba que el régimen de Carranza no tenía remedio. Sólo trece meses después don Venustiano seguiría el camino de Zapata y sus enemigos victoriosos reivindicarían la figura del Caudillo del Sur y se aliarían con sus herederos.

Por lo pronto, estos herederos continuaron la lucha. Sólo cinco días después de la emboscada de Chinameca se hizo público un manifiesto a la nación en el que se llamaba a consumar la obra de Zapata, “vengar la sangre del mártir y seguir el ejemplo del héroe”, y firmaban treinta y cuatro generales zapatistas, entre los que destacaban Gildardo Magaña, Genovevo de la O, Francisco Mendoza, Jesús Capistrán, Fortino Ayaquica y otros, irreductibles compañeros de Zapata desde 1911.

Un año más siguió la lucha de los desesperados, hasta que los revolucionarios de Sonora se levantaron en armas contra Carranza, secundando la candidatura de Obregón. Los zapatistas se aliaron a este movimiento y en mayo de 1920 estaban otra vez, como en 1914, del lado de los vencedores, pero esta eran unos vencedores definitivos. Por fin volvió la paz a Morelos. Los soldados y oficiales zapatistas que así lo quisieron fueron asimilados al Ejército Nacional. Genovevo de la O fue nombrado comandante militar de Morelos y era, de hecho, la máxima autoridad del estado. Varios secretarios y consejeros de Emiliano, encabezados por Antonio Díaz Soto y Gama, fundaron el Partido Nacional Agrario, uno de los bastiones políticos del obregonismo e instrumento permanente de presión agrarista. Y, sobre todo, el gobierno de Álvaro Obregón legalizó buena parte de los repartos agrarios hechos por las Comisiones Agrarias en 1915. Siete años después, sólo cinco haciendas funcionaban en Morelos y más de 120 pueblos cultivaban las tierras de sus ejidos: parecía que Emiliano había triunfado después de muerto y que miraba la nueva realidad de su terruño desde el frío pedestal de las estatuas.

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Pero el triunfo había sido a medias: faltaban las instituciones educativas y financieras para hacer próspera la tierra repartida; faltaban la democracia política y la justicia social; la corrupción y la desidia oficial convirtieron a los campesinos en sirvientes amarrados a deudas impagables con los bancos estatales; y pronto los campesinos de Morelos y del resto del país retomaron la lucha por otras vías, bajando a Emiliano de las estatuas y convirtiéndolo en bandera de lucha y mito popular. El “¡Zapata vive!” no expresaba solamente el sueño de que *Miliano*, en carne y hueso, siguiera vivo, sino, sobre todo, la nueva voluntad de resistencia que acompañó la lucha del “agrarismo rojo” de los años veinte; el apoyo a la reforma agraria cardenista en los treinta; el movimiento de Rubén Jaramillo en los cuarenta y los cincuenta; las guerrillas de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en los sesenta y setenta; el nuevo agrarismo de organizaciones que se llamaban Coordinadora Nacional Plan de Ayala, Unión de Comuneros Emiliano Zapata, Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata y tantas otras, en los setenta y ochenta; y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en los noventa.

93. ¿Quién fue Felipe Ángeles?

Siete meses después del asesinato de Zapata cayó bajo las balas de un pelotón de fusilamiento otro de los caudillos simbólicos de la revolución popular: el general Felipe de Jesús Ángeles Ramírez, el único general del Ejército Federal que se negó a secundar el cuartelazo de Huerta y actuó conforme a sus principios y no al espíritu de cuerpo.

Nacido en Zacualtipán, Hidalgo, en 1869, Ángeles ingresó a los 14 años al Colegio Militar, donde sobresalió en matemáticas y ciencias físicas. Estudió técnicas militares en Europa y en vísperas de la Revolución se le consideraba uno de los oficiales más preparados del Ejército. En 1911 el presidente Madero lo nombró director del Colegio Militar y un año después comandó la campaña contra los rebeldes zapatistas, en la que evitó los excesos y crueldades que caracterizaron a sus antecesores y sucesores.

Cuando importantes jefes del Ejército Federal traicionaron a Madero, Ángeles se mantuvo leal hasta el fin y fue encarcelado con el presidente. Luego del asesinato de Madero, Ángeles pasó por la cárcel y el destierro antes de lograr incorporarse a la Revolución, primero como subsecretario de Guerra en el gabinete de Carranza y, posteriormente, como jefe de la artillería de la División del Norte. Al lado de Pancho Villa, Ángeles alcanzó enorme fama y prestigio, al mismo tiempo que se convertía en un ideólogo revolucionario, transmitiendo los principios democráticos del maderismo al movimiento villista.

Ángeles acompañó al villismo en el triunfo y en la derrota, como jefe de artillería, como lugarteniente del general en jefe y como jefe de una columna autónoma que operó en el noreste, al frente de la cual obtuvo resonantes victorias. Cuando la columna principal de la División del Norte fue derrotada en los campos del Bajío, Ángeles participó en el lento repliegue villista, en medio de crecientes deserciones y traiciones. Él hubiera querido quedarse, pero Villa lo envió a Estados Unidos a tratar de evitar que el gobierno de ese país reconociera a Carranza.

Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

En esa labor, Ángeles se reveló como un diplomático de primera fuerza, pero sus afanes fracasaron y el reconocimiento formal del gobierno de Carranza permitió a los constitucionalistas dar el golpe final a la División del Norte. Ángeles no pudo regresar a México antes de ese hecho, pero cuando resurgieron las guerrillas villistas, se convirtió en su vocero en el exterior, y trabajó afanosamente por conseguirles recursos y aliados.

En 1918 unificó a numerosos opositores al gobierno de Carranza, por lo que regresó a territorio nacional con la intención de hacer de las guerrillas villistas el foco catalizador de una gran insurrección popular, pero en los tres años que duró su exilio Pancho Villa se había convertido en un guerrillero terrible y sanguinario y las aspiraciones democráticas y humanistas de Ángeles no cuadraban con las nuevas acciones del Centauro. Aunque colaboraron durante unos meses durante los cuales se mantuvo el profundo respeto y la añeja amistad que se tenían entre sí, Ángeles finalmente decidió abandonar a Villa y, con una pequeña escolta, buscó la frontera.

Capturado en el camino, fue conducido a Chihuahua, juzgado sumariamente y fusilado, terminando así la vida de uno de los caudillos más honestos y humanistas de la gesta de 1910.

94. ¿Cómo nace el mito de Pancho Villa?

El 20 de julio de 1923, ocho asesinos emboscados mataron a mansalva al caudillo que había sobrevivido a más de veinte batallas campales, a infinidad de escaramuzas y

acciones guerrilleras, a numerosos atentados y al ejército de los Estados Unidos. El atentado contó con el apoyo del gobierno de la República, a través del secretario de Gobernación, Plutarco Elías Calles, y del gobernador de Durango, general Jesús Agustín Castro, así como varios vecinos acomodados de Parral y Chihuahua, que veían con temor que el general Villa, física y moralmente derrotado en 1920, empezaba a levantar la cabeza e interesarse en la vida regional y nacional.

La reacción del pueblo de Parral mostró que no estaban equivocados los hombres del poder y del dinero al temer el regreso de Villa: un multitudinario desfile encabezado por los cincuenta “Dorados” que vivieron con el Centauro en su exilio interior, en la hacienda de Canutillo, acompañaron el cortejo, y en la oración fúnebre se dijo bien claro que había sido un crimen político.

Durante muchos años la historia oficial mostró a Villa como un bandolero inescrupuloso y un asesino despiadado. Su tumba fue profanada, sus seguidores acorralados políticamente. Se intentó borrar su memoria. Pero siempre hubo quienes rescataron al Villa defensor de los pobres y nacieron y crecieron infinidad de mitos y leyendas sobre el personaje, sus tesoros enterrados, sus pistolas, sus hazañas guerreras y sexuales, hasta que adquirió una estatura mítica que rebasó ampliamente el silencio oficial.

95. ¿Cómo se construyó la candidatura presidencial de Álvaro Obregón?

Desde la aprobación de la Constitución de 1917 eran cada vez más notorias las diferencias entre don Venustiano

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

Carranza y el general Álvaro Obregón, quien desde 1915 empezó a convertirse en el jefe natural de los jóvenes revolucionarios que pugnaban por la aplicación de las reformas sociales exigidas por la Revolución, que Carranza intentaba frenar, de tal modo que mientras el de Huatabampo se batía contra los villistas, a su sombra y cobijo hombres como Gerardo Murillo ("Dr. Atl"), Rafael Zubarán Capmany, Salvador Alvarado, Francisco J. Múgica, Jesús Urueta, Juan de Dios Bojórquez y otros, publicaban periódicos revolucionarios, creaban lazos entre los caudillos y las organizaciones obreras y campesinas (principalmente con la Casa del Obrero Mundial), presionaban al gobierno de Carranza para que promulgara avanzadas leyes sociales y comenzaban a instrumentarlas en las regiones que controlaban. Por esa razón y aunque así no fuera, durante las sesiones del Congreso Constituyente se vio a Obregón, entonces secretario de Guerra y Marina, como el verdadero jefe, desde fuera, del ala jacobina del Congreso.

Aprobada la Constitución y electo Carranza presidente constitucional de la República para el periodo 1917-1920, Obregón renunció a su cargo y se retiró a la vida privada, mientras su pariente Benjamín Hill mantenía con vida un partido político que sólo esperaba que llegaran las elecciones de 1920 para suplantarlo. Aunque la agitación electoral era muy clara desde los últimos meses de 1918, fue hasta el 1° de junio de 1919 que la lucha arrancó formalmente. Ese día, el general Obregón, desde Nogales, Sonora, lanzó un Manifiesto a la Nación, en el que hacía claras y explícitas las distancias que tenía respecto al gobierno de Carranza, se declaraba candidato a la Presi-

dencia sin compromisos con ningún grupo, y esbozaba los problemas de orden político y moral que el nuevo presidente debía enfrentar.

La candidatura de Obregón suscito diversas reacciones, la más importante de las cuales fue la de Pablo González, único caudillo militar que podía pretender oponerse al sonorenses. Don Pablo rompió el silencio el 23 de junio, y su candidatura, de la que se hablaba desde tiempo atrás, empezó a cobrar fuerza, principalmente en las regiones dominadas por sus tropas.

Por un tiempo, hubo quienes veían en don Pablo el candidato de Carranza, pero éste no sólo buscaba un sucesor susceptible de ser controlado, también impulsaba la idea de que era necesario que quien llegara a la Presidencia fuera civil y no militar. En el fondo, bregaba afanosamente buscando un continuador de su política. Todo eso hizo que se descartara al más capaz y prestigiado de los civiles de su gobierno, el licenciado Luis Cabrera, secretario de Hacienda, hombre que, si bien civil, tenía demasiada independencia de criterio y suficiente fuerza propia como para desligarse del de Cuatro Ciénegas una vez en el poder, y finalmente, la candidatura oficial recayó en el ingeniero Ignacio Bonillas, embajador de México en Washington, que no tenía más relevancia política que la que don Venustiano quisiera prestarle.

A fines de octubre, arrancando desde Sonora, el general Obregón, que pudo haberle apostado a un cuartelazo, empezó su larga y agotadora gira electoral que lo llevaría por medio país hasta el próximo mes de abril, en que la situación tomó otro cariz. Para el caudillo no sólo se

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

trataba de darse a conocer y provocar el entusiasmo popular. También era cosa de ir tejiendo alianzas vitales con los jefes militares, los grupos regionales de poder, las organizaciones obreras y campesinas; e incluso, con los antiguos revolucionarios desterrados o levantados en armas contra el gobierno, contándose entre los primeros hombres como Antonio I. Villarreal, Eulalio Gutiérrez y José Vasconcelos y, entre los segundos, fundamentalmente a los zapatistas.

De ese modo, para abril de 1920 estaba claro que no había manera pacífica de impedir que Obregón llegara al poder, y en un arranque de ceguera política don Venustiano trató de impedirlo por la fuerza, arrestando al caudillo y orillando a los que garantizaban su base fundamental de poder regional —el gobernador y el jefe de Operaciones Militares de Sonora, Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles— a declarar la guerra al gobierno. Pero Obregón eludió la trampa y los otros no entraron solos a la vía armada.

96. ¿Qué fue el Plan de Agua Prieta?

El 23 de abril de 1920, el gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, promulgó el Plan de Agua Prieta, mediante el cual desconocía al presidente de la República, Venustiano Carranza, por haber violado la soberanía de Sonora y por intentar imponer a su sucesor en la Presidencia, conculcando aquella libertad de sufragio que había sido el lema de la Revolución de 1910.

El Plan de Agua Prieta recibió la adhesión inmediata de numerosos jefes revolucionarios, consumándose así la ruptura entre el presidente Carranza y el llamado “Grupo

Sonora”; ruptura latente desde 1916, y que ambos grupos habían logrado posponer hasta 1920, cuando dos candidaturas presidenciales rivales polarizaron a la clase política y a la opinión pública.

Los dos candidatos, que estaban en campaña desde el año anterior, eran Ignacio Bonillas, hombre del presidente Carranza; y Álvaro Obregón, el más exitoso caudillo de la Revolución, el invencible militar que luego de adquirir enorme fama en la lucha contra Huerta había destruido a la poderosa División del Norte, y que era la cabeza de un grupo de revolucionarios que exigía la aplicación de las reformas sociales demandadas por la Revolución.

Pudiendo dar cuartelazo, como el prestigiado caudillo que era, Obregón prefirió imitar a Francisco I. Madero, lanzando públicamente su candidatura a las elecciones de 1920, organizando un partido político y recorriendo el país en una agotadora campaña electoral, a sabiendas de que todos esos actos eran desaprobados por el ejecutivo federal.

Carranza intentó frenar la creciente popularidad de Obregón involucrando al caudillo en un enredado juicio militar que lo obligó a presentarse en la Ciudad de México. Pero Obregón burló la celada que le tendían los partidarios de Carranza y escapó al estado de Guerrero, donde el jefe de operaciones militares, el general sonorenses Fortunato Maycotte, se puso a las órdenes de Obregón, iniciándose así, de hecho, la rebelión.

Esa situación se mezcló con una serie de conflictos entre el gobierno federal y los hombres que gobernaban Sonora, que simpatizaban abiertamente con la candidatura

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

de su paisano Obregón. Esos conflictos empujaron al gobernador De la Huerta y al jefe de armas Plutarco Elías Calles, a levantarse en armas contra Carranza, promulgando el Plan de Agua Prieta tan pronto se enteraron de la fuga de Obregón a Guerrero.

Lo que siguió ha sido llamado “la huelga de generales”, porque la mayor parte de los jefes con mando de tropas, en lugar de combatir a los rebeldes o de perseguir a Obregón, se fueron pasando a las filas de la rebelión. Carranza se negó a entregar el poder a enemigos superiores, y se defendió con terquedad y desesperación en compañía de sus últimos leales, pero en vano: murió asesinado el 21 de mayo, menos de un mes después de la proclamación del Plan de Agua Prieta.

Adolfo de la Huerta ocupó la Presidencia provisional de la República, y durante los seis meses que gobernó logró pacificar al país luego de diez años de guerra ininterrumpida, por la que su breve mandato marcó el final de la etapa armada de la Revolución. El 1° de diciembre de ese año de 1920, De la Huerta entregó el poder al general Obregón, quien iniciaría la reconstrucción del país y el lento y difícil tránsito a una vida política institucional.

97. ¿Cómo murió don Venustiano Carranza?

Con la misma integridad, con la misma terquedad con la que vivió, en la madrugada del 21 de mayo de 1920, siendo de hecho y de derecho el presidente constitucional de la República.

Carranza intentó frenar la candidatura de Obregón, cada vez más popular entre el pueblo y los militares, cau-

sando que el 23 de abril de 1920 Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles promulgaran el Plan de Agua Prieta, mediante el cual desconocían a Carranza. La mayor parte de los generales con mando de tropas en todo el territorio nacional se sumaron al Plan de Agua Prieta o se declararon neutrales, pero Carranza, en lugar de rendirse, reunió a sus últimos partidarios y, al frente de ellos marchó rumbo a Veracruz, donde en 1915 había resistido a las fuerzas aparentemente superiores de Villa y Zapata.

El 7 de mayo, en medio de un desorden espantoso, cuarenta trenes intentaron abandonar la Ciudad de México con toda la impedimenta del gobierno, pero no lo lograron, pues una máquina loca cargada de explosivos dislocó el largo convoy. Luego los trenes avanzaron lentamente, sin agua ni combustible, por los llanos de Puebla, hasta Aljibes, una pequeña estación del ferrocarril, sus partidarios fueron derrotados, y teniendo atrás de sí un poderoso contingente rebelde, don Venustiano, con sus más cercanos amigos y una pequeña escolta, decidió refugiarse en la intrincada sierra de Puebla, en donde creía que encontraría amigos leales.

Durante varios días marchó por la sierra, acompañado de civiles siempre leales como Luis Cabrera y Manuel Aguirre Berlanga, y militares como Francisco Murguía, Francisco L. Urquizo, Juan Barragán y Francisco de P. Mariel. Sus enemigos le hacían el vacío, como si nade quisiera tener el deshonor de matarlo, porque todos sabían que don Venustiano no era de los que se rendían. Fue finalmente un sujeto insignificante, un *pelaecista* recién rendido llamado Rodolfo Herrero, quien lo traicionó, ordenando a sus hom-

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

bres que acribillaran la humilde choza donde el hombre que seguía siendo presidente de la República descansaba, luego de largas y agotadoras jornadas, en la madrugada del 21 de mayo de 1920.

98. ¿Cómo se estableció la paz?

Asesinado Carranza, el Congreso de la Unión designó presidente interino al jefe de la rebelión de Agua Prieta, don Adolfo de la Huerta, quien durante los seis meses de su gobierno, terminó con los diez años de guerra que asolaban al país. Los zapatistas y otros rebeldes, como los “mapaches” chiapanecos, ya estaban comprometidos secretamente con Obregón, y sólo fue cosa de formalizar los acuerdos. Pancho Villa ofreció poner punto final a su implacable resistencia y pidió y obtuvo las garantías de seguridad que le parecieron suficientes, así como la incorporación de sus leales al Ejército Nacional, y marchó al exilio interior en la remota hacienda de Canutillo. Félix Díaz y Pablo González fueron capturados y condenados a muerte, pero ambos fueron indultados por el presidente y se les permitió exiliarse (el que sí fue fusilado fue Jesús Guajardo, el asesino material de Zapata). Se pusieron ultimatus a Manuel Peláez y a los soberanistas de Oaxaca que, advirtiendo la nueva situación, aceptaron la paz. Se permitió el regreso al país de numerosos revolucionarios anticarrancistas y algunos de ellos obtuvieron importantes puestos en el gobierno, como Antonio I. Villarreal y José Vasconcelos. Y así, el 1° de diciembre de 1920, con el país en paz luego de diez años de guerra, Adolfo de la Huerta entregó la banda presidencial a su paisano y amigo, Álvaro Obregón.

99. ¿Cambió al país la Revolución Mexicana?

Indudablemente: en las tres décadas que siguen al fin de la lucha armada, México dejó de ser un país casi despoblado, con 72% de analfabetismo y 85% de población rural; un país exportador de materias primas baratas e importador de bienes de producción y consumo caros; una semicolonía de las grandes potencias en que imperaban el privilegio, la desigualdad y en el que había condiciones de trabajo cercanas a la verdadera esclavitud humana, para duplicar su población, abatir el analfabetismo, reducir de manera visible los abismos sociales y lanzar a México por la vía de la modernización capitalista. Sólo quienes no estudian los hechos concretos de la historia nacional, los números y las estadísticas, pueden seguir afirmando que se revolucionó todo para no cambiar nada, o peor aún, que México perdió 75 años.

El primer resultado, el primer impulsor de otros cambios fue el reparto agrario: entre 1915 y 1934 los gobiernos de los vencedores de la Revolución entregaron a los campesinos entre siete y medio y diez millones de hectáreas, casi siempre en respuesta a presiones de los campesinos organizados, en una reforma agraria tibia y parcial, que entregó a los campesinos parcelas demasiado pequeñas (en promedio nueve hectáreas por cabeza) y avanzó muy poco en la creación de infraestructura de apoyo a los ejidos. Pero entre 1935 y 1939 se repartieron más de 18,000 millones de hectáreas a poco más de un millón de jefes de familia. El reparto agrario sacó de la pobreza y el trabajo servil a casi

————— Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana

todas las familias del campo y de inmediato se vieron sus frutos en el aumento palpable, espectacular incluso, de la producción agrícola.

Aunque gobiernos posteriores detuvieron el reparto de tierras y abandonaron al ejido a su suerte, el reparto cardenista alteró profundamente las relaciones sociales en el campo y tuvo un impacto directo en el crecimiento exponencial de la producción agrícola y del consumo popular, reduciéndose de manera drástica y significativa los índices de miseria y desnutrición en el campo mexicano. El crecimiento de la producción agrícola y de la población permitió a su vez la transferencia creciente de recursos y mano de obra del campo a la ciudad, lo que a su vez permitió la acelerada industrialización y modernización de México e índices de crecimiento sostenido de la economía que llegaron a rebasar el 6% anual. Treinta años después del reparto agrario cardenista, México era un país moderno, industrial y urbano; desigual y atado al furgón norteamericano; con un sistema político de eficacia y disciplina porfirianos; y no más el país rural, despoblado, desnutrido y analfabeto de la Revolución. Nuevos problemas y nuevos desafíos llamaban a la puerta de ese país, de sus balcones luminosos y sus sótanos oscuros.

100. ¿Hay que celebrar la Revolución?

Celebremos el país que tenemos, el país que somos, con sus balcones luminosos y sus sótanos oscuros. Sin olvidar que ése fue el país que quisieron los vencedores y que hubo una utopía popular y democrática que fue derrotada en los

campos de batalla. Celebremos también esa utopía, porque la quisieron y lucharon por ella.

Celebremos la lección de los mexicanos de 1910: la convicción de que somos actores, sujetos de la historia y de nuestro destino; no adjetivos ni accidentes.

Celebremos cómo nos enseñaron los mexicanos de hace cien años la manera en que enfrentaron y resolvieron los problemas que les tocaban; para que aprendiendo de ellos, enfrentemos los problemas que nos tocan.

Celebremos, en fin, la capacidad de indignación, es decir la dignidad, del pueblo de México.

Pedro Salmerón Sanginés.

Mexicano, licenciado, maestro y doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es profesor e investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y profesor del Instituto Tecnológico Autónomo de México.

Es autor de una docena de trabajos académicos sobre la historia política y social del siglo XX mexicano. Entre sus obras están: *La División del Norte: la tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo* (Planeta, 2006), *La Revolución popular en Durango y La Laguna: Calixto Contreras y Benjamín Argumedo* (Editorial UJED, 2008), *Juárez: la rebelión interminable* (Planeta, 2007) entre otras.

**Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.

- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo**, de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra**, de Armando Bartra.
- 18. El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- 21. No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- 22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- 23. Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- 23. El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- 24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- 25. Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 26. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
- 27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- 28. De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- 29. El exilio rojo**. Antología literaria.

30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
32. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
33. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
35. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
36. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
37. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
38. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
39. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
40. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
41. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
42. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
43. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
44. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
45. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
46. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
47. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.

48. **Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
49. **México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.
50. **68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
51. **Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes**. Varios autores.
52. **1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
53. **3 años leyendo en libertad**. Antología literaria.
54. **El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
55. **El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
56. **Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
57. **No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
59. **Sin novedad en el frente**, de Eric Maria Remarque.
60. **Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
61. **Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
62. **La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
63. **Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
64. **En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
65. **Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.

- 66. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
- 67. El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.
- 68. Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
- 69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013.** Antología literaria.
- 70. Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños.** Antología.
- 71. Padrecito Stalin no vuelvas.** Antología.
- 72. En un descuido de lo imposible**, Enrique González Rojo.
- 73. Tierra Negra.** Cómics (no descargable)
- 74. Memorias Chilenas 1973**, de Marc Cooper.
- 75. Ese cáncer que llamamos crimen organizado.** Antología de relatos sobre el narcotráfico.
- 76. Lázaro Cárdenas: el poder moral**, de José C. Valadés.
- 77. Canek**, de Ermilo Abreu.
- 78. La línea dura**, de Gerardo de la Torre.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de abril del año 2014.

El tiraje fue de 2,000 ejemplares para su distribución gratuita y es cortesía de la Rosa Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.